

Nobles y sirvientes 7

RESCATADA POR EL DESTINO



ENCARNA MAGÍN

Selecta 

Rescatada por el destino

SERIE

Nobles y sirvientes 7

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Londres, septiembre de 1814

Londres en septiembre olía a carbón, a río y a cosas que era mejor no identificar. Jake Nerby lo sabía porque llevaba doce años moviéndose por sus calles a horas en que la nobleza dormía y los malhechores trabajaban. Había aprendido que la ciudad tenía estratos igual que la geología: en la superficie, salones iluminados por arañas de cristal, carruajes lacados de negro y oro, caballeros enfundados en levitas de paño fino y damas cuyos collares de diamantes brillaban como estrellas. Debajo estaban todos los demás: los que trabajaban de sol a sol y morían sin que a los que estaban arriba les importara.

Esa jornada había sido intensa. Había estado en los muelles de Wapping, pues un comerciante había denunciado el robo de un cargamento de sedas orientales. El ladrón resultó ser su propio socio, un caballero con casa en Mayfair y deudas de juego que triplicaban sus ingresos. Jake había firmado la orden de arresto con la certeza de saber que los títulos no compraban la decencia. Era algo que había visto tantas veces que ya no le sorprendía.

Había salido tarde de Bow Street, y estaba demasiado inquieto

para subir al *chaise* que lo esperaba junto a la acera. El vehículo, oscuro y cerrado, prometía resguardarlo del viento y una vuelta rápida a su hogar en Montagu Square. Sin embargo, Jake necesitaba caminar y despejar la cabeza antes de regresar a casa.

El frío se le clavaba en las mejillas; aun así, siguió avanzando hacia el río, atraído por una corazonada que sus años de investigador le habían enseñado a no ignorar. La luna llena iluminaba el camino, y escudriñó el paisaje. No entendía qué le pasaba, ya que notaba en el ambiente una pesadez que oprimía sus pulmones, y se encontró buscando algo que no sabía ni qué era.

Pensó en la chimenea ardiendo en la biblioteca, en la cena que Mrs. Nell Barrow, su ama de llaves, le tendría preparada, y en la cama a la que después regresaría. Una cama que, con el paso del tiempo, se había vuelto cada vez más fría. Siempre había considerado el matrimonio una bendición, la unión sagrada de dos almas que se reconocían al encontrarse. Él había creído encontrar la suya tres años atrás. Sin embargo, ella llevaba años enamorada de otro, que cuando regresó a Londres y sus corazones se reencontraron, comprendió que nunca había habido lugar para él. Desde entonces, algo se apagó en su interior, y cada día que pasaba se sentía más a oscuras.

Estaba a punto de darse la vuelta para regresar al vehículo cuando, de pronto, algo lo alertó. Primero fue un movimiento: una figura encaramada al pretil de espaldas y de cara al río, con el pelo oscuro y suelto azotado por el viento. Luego, el vestido era demasiado claro y demasiado fino para la temperatura de la noche. Y después, la postura: una inclinación hacia el vacío que Jake había aprendido a reconocer en doce años de trabajo. Era el instante antes de que todo se volviera irreversible.

No pensó y echó a correr.

Llegó cuando ella ya se tiraba. El agua del Támesis en septiembre era negra y fría; nunca perdonaba. Jake se lanzó sin quitarse el abrigo; no había tiempo para ello, y el impacto fue como golpear contra una enorme piedra. La encontró bajo la superficie, el vestido se le había enredado en las piernas y se dejaba arrastrar hacia el fondo para no salir al exterior nunca más. Jake la agarró por la cintura y empujó hacia arriba con todas sus fuerzas.

Cuando sacó la cabeza del agua, ella también sacó la suya, tosió y respiró con agitación, pero no dijo nada. Jake la arrastró hasta los escalones de piedra del pretil, que bajaban al río, y la sacó como pudo. Ambos estaban empapados, jadeaban, tenían el sabor del Támesis en la boca, que era tan desagradable como su olor.

La mujer no dijo nada, se sentó en el escalón más alto y se abrazó las rodillas a fin de que su cuerpo dejara de temblar.

—¿Está herida? —preguntó Jake, agachado a su lado, buscando algún signo visible de daño a la luz de la luna llena.

Ella negó con la cabeza, los dientes le castañeaban.

—¿Su nombre?

El silencio fue su respuesta.

—Soy magistrado jefe —explicó Jake—. No voy a hacerle daño. Necesito saber cómo se llama.

La mujer lo miró por primera vez. Tenía los ojos del color del coñac y una expresión que no era lo que Jake esperaba en alguien que acababa de intentar ahogarse. No se trataba de desesperación, ni alivio ni vergüenza. En realidad, lo estaba evaluando, igual que él lo hacía con ella, decidiendo cuánto podía fiarse.

—No importa cómo me llamo. —Su voz era baja y clara, sin el acento de los barrios bajos.

Jake entrecerró los ojos. La muchacha tenía modales refinados. El vestido, aunque empapado, estaba confeccionado con un tejido

de calidad. Y sus manos, ahora que las veía de cerca, no pertenecían a una mujer acostumbrada al trabajo duro.

—Creo que sí que importa —matizó él—, porque si no me dice su nombre, tendré que conducirla a mi despacho en Bow Street y hacer allí las preguntas. Y le aseguro que será mucho menos cómodo para los dos.

Ella lo miró un momento y supo que hablaba en serio, lo advertía en la dureza de su mirada turquesa y en la tensión de su rostro. De inmediato apartó la vista hacia el río.

—Lléveme a cualquier sitio que no sea ese —pidió—, y le prometo que no intentaré nada más esta noche.

No era la respuesta que Jake buscaba. Pero era algo. Cada vez ella temblaba con más fuerza; estaba muerta de frío y temió que enfermara. Solo se le ocurrió una solución.

—Mi carruaje está aquí cerca —repuso—, con un par de mantas para el camino. Poco más de media hora y tendrá chimenea encendida y la cena que mi ama de llaves seguramente me habrá dejado. Es lo máximo que puedo ofrecerle.

Ella asintió. No aceptó la mano que él le ofreció y se puso de pie sola. El vestido empapado se pegó a su silueta y reveló algo que cambió el semblante de Jake: estaba embarazada, poco, apenas visible, pero lo estaba.

Caminaron hacia el *chaise* unos cinco minutos en silencio y fueron los más largos que Jake recordaba. Los pasos de la muchacha eran algo torpes y tenía ciertas dificultades para acomodar la respiración debido a los temblores. Llegaron al vehículo, él se detuvo primero y abrió la portezuela; de inmediato la ayudó a subir sin decir nada. Ella obedeció con una docilidad inerte, sin voluntad propia, parecía una muñeca de trapo mojada.

Jake la instaló en el asiento con más cuidado del que la situación

quizá merecía, pero cómo no hacerlo cuando la veía tan vulnerable, tan perdida, tan triste. Tomó las mantas de lana y la envolvió con ellas sin preguntarle. Comenzó por los hombros y fue bajando hasta cubrirle los pies.

Ella no protestó, de hecho no hizo nada. Se dejó hacer como un niño cuando está demasiado cansado para resistirse. Jake se sentó a su lado, golpeó el techo del carruaje dos veces y el *chaise* se puso en marcha con un crujido y el golpe seco de los cascos sobre el empedrado.

La luna lo iluminaba todo con una claridad fría y sin sombras. Ella miraba por la ventanilla, o fingía observar, pero Jake no estaba seguro de que viera nada, en realidad. Tenía las manos juntas sobre el regazo, dentro de las mantas, y no se había movido desde que arrancaron. Él no podía dejar de contemplarla de reojo, en el fondo temía que huyera, porque si había sido capaz de tirarse a las aguas oscuras del Támesis, era capaz de cualquier cosa. Lo que la había empujado a cometer esa barbaridad seguía en la línea recta de su espalda y en el silencio con que ocupaba el espacio.

El viento sacudía el carruaje de vez en cuando. Ninguno de los dos hablaba. Londres pasaba afuera, oscura y ajena, y Jake pensó que había muy pocas cosas más solitarias que compartir un silencio con alguien que deseaba no estar vivo.

Ya casi habían llegado. Antes de ser magistrado jefe, Jake había trabajado como investigador para particulares y había hecho fortuna aceptando encargos discretos. Tres años atrás compró una enorme casa de piedra con ventanas blancas a cuadraditos con la intención de formar una familia con la mujer que amaba. Pero cuando lo rechazó la vendió y se compró otra vivienda en Montagu Square. No tenía la arrogancia de una residencia de Mayfair, pero sí la solidez de una fortuna ganada a pulso. Era la clase de hogar que hablaba de

respetabilidad, aunque no dijera nada del trabajo duro con el que había lidiado para ser dueño de ella.

La casa emergió entre la niebla: ladrillo oscuro, ventanas altas que apenas dejaban escapar una luz dorada y una puerta negra impecable, alzada sobre escalones de piedra húmeda. La verja de hierro del semisótano brillaba bajo la luna como una línea de tinta.

El *chaise* se detuvo, no con brusquedad, sino con esa delicadeza que separaba a los cocheros expertos de los mercenarios de alquiler. Jake fue el primero en deslizarse fuera del habitáculo. El viento frío, junto a sus ropas mojadas, fue una intensa bofetada. El caballo negro resopló por el esfuerzo y dejó escapar un vaho espeso que se arremolinó en el aire helado de la noche.

Él extendió la mano para ayudarla a bajar, la muchacha tenía el rostro demacrado, sus labios amoratados y los ojos enrojecidos por un llanto que se negaba a abandonar sus ojos. Ella miró esos dedos, tuvo la extraña sensación de que en ese instante estaba decidiendo su destino inmediato y un futuro posible. Sin embargo, el miedo por ese futuro le impedía salir; en ese pequeño espacio se sentía segura, aislada de un mundo del cual no quería formar parte. Alzó el rostro, y en el cruce de miradas la resistencia de ella se rompió.

Jake sintió el temblor apenas perceptible del brazo de la joven cuando apoyó la mano en la de él. Después advirtió otro tipo de temblor que nada tenía que ver con el frío: era la resignación de una persona que no tiene qué perder. La muchacha descendió, las mantas se arrastraban por el adoquinado húmedo. Se sostuvo en un brazo de Jake, porque caminar en línea recta requería de toda su voluntad.

Al llegar al pie de la escalinata de la entrada, ella se detuvo. Jake la observó de perfil, la curva de los pómulos estaba ensombrecida por la noche; aun así, advirtió en los ojos avellana cómo descendían

las primeras lágrimas. Su barbilla empezaba a vibrar con la fragilidad de un cristal a punto de rajarse. La dignidad en la que se había refugiado empezaba a hacerse añicos. Él contuvo el impulso de decir algo, frases hechas sobre la esperanza, la valentía o la fe, pero sabía que solo empeoraría la situación.

No pidió permiso, bastó un gesto breve, apenas un roce de la mano en su antebrazo, y luego la conducción decidida pero cuidadosa hacia la puerta principal de la casa. La aldaba, un león de bronce ya sin brillo, parecía mirarlos con la misma compasión muda que Jake sentía por la joven a su lado.

Él abrió la puerta con suavidad y, sin decir palabra, la condujo al interior. Cerró tras ellos con cuidado, sin apenas hacer ruido. En ese instante deseó que el mundo que quedaba al otro lado —ese mundo que tanto parecía haberla herido— no pudiera alcanzarla bajo su techo.

La casa de Jake estaba en silencio a esa hora, como correspondía. El *hall* no era muy grande, tenía el suelo ajedrezado, paredes claras decoradas con grabados de Londres enmarcados, un mapa antiguo de la ciudad y una escalera que ascendía hacia los pisos superiores. Sobre la consola de caoba aguardaba una nota doblada con pulcritud, colocada junto a la bandeja de plata destinada a las tarjetas de visita. Él la cogió y la desplegó, sin duda la letra apretada era de Mrs. Barrow: «El fuego de la biblioteca está encendido. La cena y el té están en la cocina. No llegue tarde mañana».

Jake acompañó a la joven a la biblioteca, y le fue a buscar mantas secas. No tenía ropa femenina, así que le ofreció una de sus camisas y una sábana para que se la enrollara en la cintura a modo de falda. Después, él desapareció para quitarse sus prendas mojadas y ella aprovechó para cambiarse con rapidez. Dejó su ropa en el

respaldo de una silla, que colocó cerca del fuego para que se secara.

Se sentó en una de las dos butacas que había frente a la chimenea. Agradeció el calor que desprendía, entonces su cuerpo dejó de temblar. Se permitió, por primera vez en semanas, el lujo de no pensar en lo que iba a pasar después. Empezó a mirar a su alrededor, la casa del magistrado era lo que ella esperaba de un hombre así: funcional, austera, sin ninguna pretensión decorativa más allá de la utilidad. Libros por todas partes y expedientes apilados con una lógica que dedujo que solo él entendía.

Jake tardó apenas diez minutos en ponerse ropas secas, pero antes de regresar a la biblioteca, fue a la cocina. Estaba en el semisótano, al fondo de la casa, donde el calor del hogar vencía incluso al frío más intenso de Londres. La estancia tenía las losas gastadas bajo los pies; y había, ordenados por tamaños, cazos de cobre relucientes en los estantes de la pared. En un aparador, se hallaban los platos, tazas y vasos.

La cocina de hierro estaba encajada en la chimenea, donde una tetera esperaba en la superficie, y soltaba un hilo pálido de vapor. No había lujo, pero sí orden, limpieza y ese toque que solo una buena ama de llaves sabía imponer. Mrs. Nell Barrow llevaba cuatro años anticipándose a sus necesidades con eficiencia silenciosa. Era una cualidad que él valoraba, y más cuando su vida no había sido un camino de rosas. Su capacidad de salir del pozo en el cual cayó era digna de admirar.

En la mesa larga del centro de la estancia, tapado con un paño de lino, había unos bollos del día, y al lado, una bandeja con un plato de sopa de buey y otro con queso Stilton con nueces.

Jake colocó dos tazas y la tetera en una bandeja y fue a la biblioteca. Ella lo observó mientras le servía la taza de té. Tenía el cabello rojizo, corto y sin ningún intento de seguir la moda, y un

rostro de líneas firmes, que acentuaba la dureza de unas facciones que estaban siempre vigilantes. Sus ojos turquesa, claros y directos, parecían verlo todo sin necesidad de prestar atención. Se había despojado del abrigo empapado y llevaba una camisa limpia — abierta apenas en el cuello— y pantalones oscuros. El conjunto no tenía nada de descuidado; incluso en la intimidad de su casa, el magistrado conservaba esa sobriedad casi severa que parecía formar parte de él y de su hogar.

Él se sentó en el sillón de enfrente con su propio té, mirándola con una expresión que era difícil de descifrar. No era la amabilidad fingida que la joven detectaba en los hombres de la nobleza. Advertía honestidad en el brillo turquesa de su mirada, y de alguna forma la incomodaba. Agradeció que no le preguntara por su nombre otra vez, eso la había sorprendido. En cambio, le dijo:

—Hay una habitación libre en el piso de arriba. Puede quedarse esta noche.

La joven lo miró, era demasiado tarde y estaba cansada; aun así, trató de discernir la verdad en su petición, pero no halló nada.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones —prometió él—. Mañana ya veremos.

Ella no esperaba tal respuesta. Estaba acostumbrada a que los hombres de su mundo no ofrecieran nada sin requisitos, aunque estos tardaran en aparecer. En cambio, Jake le estaba procurando una noche de tregua sin pedir nada a cambio, y ella llevaba meses aprendiendo a no fiarse de la generosidad. ¿Dónde estaba la trampa? Quizá no había trampa y ese hombre era distinto.

—Gracias —susurró.

Él asintió.

—Si tiene hambre puedo servirle la cena que mi ama de llaves ha dejado preparada.

Lo cierto era que ella tenía el estómago encogido. Tantas emociones, tantas decepciones, le estaban pasando factura.

—No, gracias, tengo suficiente con el té.

Él no dijo nada, se levantó, fue al escritorio, abrió un libro y empezó a leer como si ella no estuviera. Era la forma correcta de darle espacio sin abandonarla.

Mientras, Caroline miró el fuego y dio un sorbo a su té. La calidez entró en su cuerpo como una ola reconfortadora y suspiró de agrado. Pensó en el río. En el frío. En el momento exacto en que había decidido que cualquier cosa era mejor que volver a Retliden House. No tenía fuerzas para enfrentarse a la expresión de su padre ni para soportar la mirada de su madre calculando el daño y cómo contenerlo. Se había equivocado, porque Rupert Clayne le había dicho que la amaba y ella había sido estúpida al creerle. No entendía cómo había podido caer en su trampa de seducción. No era ingenua, o al menos no lo había sido antes de él.

Pero Rupert tenía un don: sabía qué decir en cada momento, cuándo rozarle la mano, cómo sonreírle. Había despertado en ella una sed que no sabía que existía, y cuando consiguió lo que deseaba la apartó de su lado como si ella no valiera nada; ni tan solo le dio una explicación. Ahora lo veía todo tan claro: las promesas que nunca llegaban, los silencios que ella interpretaba como profundidad, los planes de futuro que él dibujaba con palabras hermosas. Nada fue verdad.

Y lo peor no era que él la hubiera engañado. Lo peor era que ella misma se había encargado de justificarlo cada vez que algo en su interior le advertía que no estaba bien. «Está ocupado. No es su intención. El amor verdadero no exige», se había repetido esas mentiras hasta creérselas, hasta que una mañana despertó con una verdad tan pesada que apenas le cabía en el pecho: él nunca la

había amado. Aun así, a ratos, todavía extrañaba la trampa. No a Rupert, sino la ilusión de creer que era especial para que un hombre, a quien había creído excepcional, la hubiera elegido y estuviera dispuesto a amarla.

Bajó una mano y la apoyó sobre su vientre, ese gesto que había empezado a hacer sin pensarlo en un intento de protegerlo del futuro. Pero no lo había, jamás lo habría. A menos que encontrara una forma de cambiar lo que venía, claro. Algo imposible, solo un milagro los salvaría a ella y a su hijo.

Miró al magistrado, que seguía leyendo. Tragó saliva, él no sabía quién era, por lo que no la llevaría a Retliden House, donde le esperaba algo peor que la cárcel. Desde luego que no le diría que era lady Caroline Retliden. Y mientras no lo supiera estaría a salvo.

La joven se terminó el té y dejó la taza en la mesita auxiliar. Su cuerpo había recuperado el calor, y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. Estaba tan cansada que los párpados descendieron solos. Cerró los ojos, se prometió que solo serían unos segundos. Sin embargo, se quedó dormida de inmediato.

Jake se dio cuenta y se acercó a ella procurando no hacer ruido. Su respiración era lenta y honda, como un oleaje suave que subía y bajaba sin prisa. El pecho se le elevaba con un ritmo casi musical, y en cada pausa —entre inhalación y exhalación— parecía flotar en un silencio absoluto. No había esfuerzo, solo abandono.

Él quiso despertarla y alargó la mano, pero se detuvo a medio camino. Se fijó en sus pómulos delicados, en la nariz fina, en los labios bien definidos. La melena oscura, casi negra, ya se le había secado. Las llamas iluminaban las hebras y devolvían pequeños destellos de luz. Era bella y parecía tan inocente que se le encogió el corazón. Sus pequeñas manos descansaban sobre el vientre, protegían la vida que crecía en su interior. Ese gesto lo confundió

aún más: no entendía cómo había intentado ahogarse en el río con un bebé en su seno, un bebé que habría perecido con ella.

No dudó más. La levantó con sumo cuidado: pasó un brazo por debajo de sus hombros y el otro, por sus rodillas. Ella pesaba menos de lo que él esperaba, o quizá era la fragilidad de ese cuerpo lo que le hacía sentir que sostenía algo que podía quebrarse en cualquier momento. La cabeza cayó contra su pecho, y él contuvo el aliento, pues temía que el movimiento la despertara. Pero solo exhaló un suspiro leve y se hundió un poco más en el sueño.

Subió la escalera con pasos lentos, midiendo cada crujido de la madera. La casa estaba en silencio, roto apenas por el crepitar ocasional del fuego en la planta baja y el viento que silbaba contra los ventanales. En el primer rellano, la luz de una vela moribunda temblaba sobre una mesa de caoba. Desvió la mirada, no quería ver su rostro iluminado otra vez, le provocaba un sentimiento de ternura, y no quería sentir nada.

La habitación de invitados estaba al fondo del corredor. La puerta cedió con un leve gemido. La cama, enorme y vestida con sábanas de lino blanco, parecía haberla estado esperando. Se acercó con infinito cuidado y fue depositando su cuerpo sobre el colchón: primero los hombros, luego la espalda, por último los pies, que asomaban bajo la sábana enrollada en su cintura. Le quitó las zapatillas de satén, arruinadas por el barro y el agua. Ella no se movió, era tan delgada que el colchón ni tan solo había crujido bajo su peso. Sus manos seguían sobre el vientre, incluso en el sueño más profundo recordaba lo que llevaba dentro.

Él retrocedió un paso, después otro. Permaneció unos segundos mirándola. La respiración era lenta, profunda, apenas un rumor que se perdía entre las sábanas. Parecía una miniatura en medio de ese lecho inmenso, una figura de porcelana que alguien había olvidado

allí.

Apartó la vista de inmediato. No entendía por qué le dolía contemplarla así. Había visto demasiada miseria en doce años de trabajo como para conmoverse con facilidad, y aun así había algo en esa joven —en su silencio, en la forma en que parecía abrazar la vida de su vientre— que le resultaba insoportable. Tal vez fuera compasión. O quizá una necesidad absurda de protegerla antes incluso de saber quién era.

Cabeceó y se sacó tales pensamientos mientras se dirigía a la ventana para cerrar las cortinas de damasco carmesí, pero se detuvo. La luna de Londres apenas se colaba entre las nubes bajas, y en la calle, allá abajo, un coche de caballos pasó con un ruido sordo de cascos sobre el adoquín.

Cerró las cortinas, después fue a buscar el fino vestido que ella había dejado en el respaldo de una silla. Estaba seco, y se lo dejó en la butaca que había frente del lecho. Salió de la habitación sin hacer ruido y dejó la puerta entornada.

Desde el corredor, todavía pudo oírla respirar.

Capítulo 2

Jake bajó las escaleras antes de que el sol hubiera terminado de abrirse paso entre las cortinas. El sueño le duró poco, y además había dormido mal. La imagen de ella sumergiéndose en el río volvía cada vez que cerraba los ojos. Se frotó la nuca y se dirigió a la cocina. El cuerpo le pesaba, y los pies apenas se despegaban de la madera fría.

Allí estaba Mrs. Nell Barrow, como cada mañana desde hacía ocho años. Menuda y resistente, se movía entre el fogón y la despensa con una eficacia que solo la experiencia le había otorgado. Su delantal blanco relucía en la penumbra.

El agua ya burbujeaba en la tetera sobre los aros de hierro de la cocina, que temblaba apenas con el hervor. Sobre la mesa, una hogaza y mantequilla recién batida.

—Buenos días, señor —dijo ella sin volverse, adivinándolo por el paso.

—Buenos días, Nell.

—Acabo de encender la chimenea de la biblioteca, señor, y ya le he dejado *The Times* y el *Morning Post* sobre el escritorio, como cada mañana.

Jake se apoyó en el marco de la puerta un momento. La observó

revolver con tanta energía los huevos en un cuenco de barro que su cuerpo se sacudía. Tenía las manos enrojecidas y ásperas; manos que una vez robaron un frasco de láudano del boticario para un marido moribundo. Ahora le preparaban el té con una lealtad que nunca había necesitado nombrar. Él había visto esa misma espalda encorvarse de dolor cuando su esposo murió a pesar de sus esfuerzos, y luego enderezarse poco a poco, hasta volverse la columna invisible de su hogar. Las buenas personas merecían una segunda oportunidad, y ella la había aprovechado cuando se la ofreció.

—Nell —dijo al fin—. Necesito que prepares el desayuno para dos.

Ella se detuvo. Su mano quedó suspendida a medio camino, de la punta del tenedor goteaba huevo. Con lentitud, giró el rostro hacia él. Sus ojos castaños, siempre observadores, parpadearon una sola vez. Era la única muestra de sorpresa que se permitía.

—¿Para dos, señor?

—Para dos.

Jake ya conocía ese tono. No era una pregunta, sino una invitación a que él explicara algo que ella jamás pediría a las claras. Así funcionaba Nell: veía todo, archivaba todo y decidía qué comentar. Las arrugas de su cara honrada se tensaron apenas un segundo.

—Tengo una invitada —añadió él, antes de que Nell terminara de sacar conclusiones.

La boca del ama de llaves se apretó. En ella, ese gesto minúsculo, casi imperceptible, era su equivalente a un silbido de asombro. Pero no dijo nada, se limitó a dejar el tenedor en el cuenco y a agarrar un paño para limpiar la superficie de la mesa — que ya estaba impecable— mientras lo asimilaba. Por fin, con la voz

más neutra que pudo reunir, preguntó:

—¿Y cómo se llama la invitada, señor?

Jake se quedó en silencio unos segundos. Luego suspiró.

—No lo sé.

El paño se detuvo. Nell levantó la vista, esta vez no pudo disimular del todo. Sus cejas, grises y tupidas, se arquearon un milímetro. La boca se le apretó de nuevo, pero más fuerte. Era la expresión de alguien que, aun sin decir una palabra, ya había empezado a reorganizar el mundo a su manera. Una mujer en la casa del señor. Una invitada a la que servía desayuno. Y el señor no sabía ni su nombre.

—Ya veo —musitó ella, sin saber muy bien qué decir.

Volvió a la mesa y tomó el cuchillo con un suspiro contenido. Partió una rebanada de pan, luego una segunda. Añadió otro plato, otros cubiertos, otra taza del aparador. Lo hizo todo en silencio, con movimientos medidos, sin una palabra de más. Pero cuando cruzó junto a Jake para alcanzar una sartén de un estante, rozó su brazo con el codo. Un gesto pequeño, casi casual, que en ella equivalía a decir: «Esto lo hablaremos más tarde, aunque no ahora».

Jake se llevó la mano a la nuca otra vez.

—Está arriba durmiendo —informó, como si eso aclarara algo—. No la despiertes.

Nell asintió. Llevaba ocho años sin hacer preguntas innecesarias. Pero mientras seguía batiendo los huevos en el cuenco de barro, sus ojos se posaron en la escalera de servicio que llevaba a la planta superior. Se preguntó qué clase de mujer llegaba a una casa de madrugada, dormía en una cama que no era la suya y conseguía que el señor Nerby bajara con ojeras y un nombre que no sabía.

Se preguntó, también, si esa mujer era la razón por la que él no había cenado la noche anterior. Sin embargo, no dijo nada y se

dispuso a preparar el mejor desayuno que sus manos enrojecidas pudieran ofrecer.

Jake la dejó con sus quehaceres y fue a la biblioteca. Había pasado media noche despierto con detalles que no encajaban: el vestido caro, las manos finas, el acento educado, el embarazo en sus primeras semanas. Una mujer de clase, sola, de noche en el río Támesis. Las posibilidades se reducían solas; sin embargo, no quería sacar rápidas conclusiones.

Cogió los periódicos de los últimos tres días que tenía apilados sin leer sobre la mesa. Se sentó en la butaca de detrás del escritorio y empezó a ojear el *Morning Post*. Y allí, en la segunda página, estaba la respuesta a todas sus preguntas:

UN INCIDENTE DE LO MÁS SINGULAR

No ha pasado inadvertida entre quienes frecuentan los salones de la capital la ausencia de lady Caroline Retliden, hija de los duques de Retliden. Aunque la familia ha procurado envolver el asunto en la reserva propia de su rango, ciertos detalles han bastado para despertar una curiosidad que difícilmente podrá contenerse por mucho tiempo...

Jake no quiso seguir leyendo. Estaba todo demasiado claro. Oyó pasos arriba: Caroline estaba despierta. Esperó a que bajara mientras su mente ordenaba lo que sabía, lo que no sabía y lo que tendría que hacer con ambas cosas.

Cuando ella apareció en el umbral de la biblioteca, llevaba el vestido de la noche anterior. Estaba seco pero arrugado, y se había recogido el pelo con bastante precisión a pesar de no tener a su doncella esa mañana. Era evidente que incluso en circunstancias

extremas quería conservar algo de dignidad.

Jake señaló la butaca.

—Siéntese, lady Caroline Retliden.

Ella se detuvo. No había miedo en su semblante, sino la resignación al comprender que había sido descubierta.

—¿Cuándo lo supo? —preguntó.

—Esta mañana. Los periódicos hablan de usted, milady. Solo hizo falta juntar las piezas.

Jake le entregó el *Morning Post* y ella bajó la mirada hacia la página. Él supo que no estaba leyendo; era la forma que había encontrado de ganar tiempo.

—Sé cómo se llama y quién es su padre —manifestó, sentándose en la otra butaca—. El resto puede contármelo usted, o puedo deducirlo solo, pero preferiría escucharlo.

Caroline lo miró durante un largo momento. Luego, con la voz completamente plana, como si hablara de otra persona, dijo:

—Estoy embarazada de un hombre que mintió sobre quién era. Mi familia lo descubrió hace casi un mes. Han decidido enviarme lejos y encerrarme en algún sitio discreto hasta que nazca el bebé, me lo quitarán, y el resto de mi vida transcurrirá de la manera que ellos consideren más conveniente para el apellido. Tienen la idea de encerrarme en un convento. —Hizo una pausa—. Anoche busqué al padre de mi hijo para pedirle ayuda... —la voz se le quebró apenas—, pero me dijo que negaría que el bebé fuera suyo. Decidí que el río era la solución.

Jake la escuchó sin interrumpir.

—¿Y esta mañana ha decidido que el río sigue siendo la solución? —preguntó cuando terminó.

Caroline lo miró con algo que él tardó un momento en reconocer como sorpresa.

—Esta mañana —repuso despacio estrujando el periódico— he decidido que lucharé por mi hijo. No permitiré que me lo quiten.

Jake asintió. Miró el vientre de Caroline, después alzó la vista y posó sus ojos en los de ella. Esa joven vivía en un mundo que él despreciaba y, sin embargo, estaba sentada en su biblioteca hablando con una honestidad brutal, nada típica en los de su clase social.

Lo que dijo a continuación lo sorprendió incluso a él.

—Tengo una propuesta —dijo—. Escúchela antes de responder.

Caroline dejó el periódico sobre la mesita.

—La escucho.

Ella tenía los ojos avellana muy abiertos. Jake habló sin rodeos, con la misma economía de palabras con que parecía hacer todo: le propondría matrimonio esa misma tarde ante su familia. No había amor, eso lo dejó claro; sin embargo, era la única solución que resolvía el problema: ella conseguía un escudo legal, un apellido que no sería el de su padre, pero que era respetable, y la certeza de que nadie podría arrebatarse al bebé.

La propuesta del magistrado duró dos minutos exactos. Caroline lo sabía porque había un reloj sobre la repisa de la chimenea y lo había mirado al principio y al final. No era impaciencia, sino la necesidad de aferrarse a algo que le demostrara que no estaba inventando lo que acababa de oír. Giró la cabeza hacia él en cuanto terminó.

—¿Por qué? —inquirió.

Nerby la miró.

—Ya se lo he explicado.

—Me ha explicado la propuesta. No por qué lo hace. Creo que hay una diferencia.

Él consideró eso con una seriedad que no pretendía seducirla ni

tranquilizarla. Quizá por eso a Caroline le resultó tan refrescante, porque los hombres de su mundo no razonaban sus preguntas, más bien las ignoraban.

—Porque —explicó despacio— llevo demasiados años viendo lo que les pasa a las mujeres sin recursos legales en esta ciudad. Y usted tiene un problema que tiene solución si alguien actúa rápido. —Hizo una pausa—. Y porque anoche alguien tomó una decisión cobarde y estuvo a punto de no estar aquí esta mañana, y eso me parece un desperdicio considerable.

No, no era una declaración de amor, ni siquiera le brindaba palabras cálidas. Era algo más parecido a la honestidad directa de alguien que decía lo que pensaba sin adornos. Y Caroline, que llevaba meses nadando en adornos y falsedades, lo recibió como agua fría en el rostro. En verdad necesitaba ese golpe, por muy desagradable que fuera.

—Habría condiciones —sentenció ella.

—Por supuesto.

—Habitaciones separadas.

—Acordado.

—El bebé llevará su apellido, pero usted no tiene ninguna obligación sobre él. Si en algún momento decide que el acuerdo no le conviene, puede disolverse con discreción. Encontraré la manera.

Jake la miró durante un momento.

—El bebé llevará mi apellido —sentenció— y punto. No hay condiciones sobre eso.

Algo en la forma en que lo dijo, sin negociación posible, sin dureza, pero con una firmeza que no admitía réplica hizo que Caroline sintiera algo que tardó en identificar. Quizá era alivio, o gratitud; aun así, no quiso pensar en ello.

—¿Y mi familia? —preguntó.

—Los visitaré esta tarde. Usted puede venir o puede quedarse aquí. Yo lo prefiero sin público, pero es su familia y es su decisión.

Caroline pensó en su padre y en su madre. En la expresión que tendrían cuando Jake Nerby cruzara la puerta de Retliden House, en Grosvenor Square, con su traje sin florituras, sus modales directos y una propuesta de matrimonio que ningún salón de Londres habría sabido clasificar.

Decidió que no quería perderselo. Era su futuro, después de todo. Y, por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación de haber tomado una decisión antes de que otros la tomaran por ella. Quizá sus padres sentirían alivio al verse libres de una hija que, a sus ojos, ya los había deshonrado. Pero lo envolverían en palabras más elegantes, desde luego, aunque el resultado sería el mismo.

—Iré —manifestó.

—Bien.

En ese momento fueron interrumpidos.

—Señor, el desayuno está listo —informó Nell desde el umbral.

El ama de llaves tenía la mirada fija en Caroline. No de forma insolente, nunca habría cometido una torpeza semejante, pero sí con la atención meticulosa de una persona que ya había empezado a sacar conclusiones.

Jake se levantó, y Caroline hizo lo mismo.

—Mrs. Nell Barrow —dijo él—, le presento a lady Caroline Retliden, hija de los duques de Retliden, la futura señora de esta casa.

Durante un segundo, Nell no se movió. Luego sus cejas grises se arquearon apenas, y la boca se le apretó en una línea tan severa que en cualquier otra mujer habría equivalido a una exclamación. Miró a Jake, después a Caroline. Y, por fin, hizo una inclinación impecable.

—Milady, es un placer conocerla.

Caroline inclinó un poco la cabeza.

—Mrs. Barrow.

La respuesta pareció satisfacer al ama de llaves, si bien no lo bastante como para borrar la sombra de alarma de sus ojos. Nell volvió a mirar a Jake con una pregunta que no se permitió formular.

—Desayunaremos en la cocina —informó.

Si Nell consideró impropio que la hija de unos duques tomara asiento en la cocina de su casa antes siquiera de convertirse en la esposa de Jake, tuvo la decencia de no mencionarlo. Solo apretó los labios, giró sobre sus talones y echó a andar por el pasillo con rigidez. Sin duda, ya estaba reorganizando mentalmente cada armario, cada habitación y cada regla doméstica que acababa de quedar obsoleta.

Caroline siguió a Nell hacia el pasillo. Al pasar junto a Jake, mantuvo la espalda recta, erguida a pesar del vestido arrugado, del cansancio y de todo lo que acababa de confesar. Él la observó en silencio. Había algo en esa forma de caminar —una dignidad maltrecha pero no vencida— que le cerró una mano invisible alrededor del pecho.

Al cruzar el umbral de la cocina, Caroline pensó en Retliden House, en sus salones impecables, en la sonrisa fría de su madre y en la voz de su padre decidiendo el resto de su vida sin consultarla. La luz de la mañana se filtraba desde el patio inglés por las ventanas altas del semisótano y ofrecía una buena iluminación en la estancia. Contempló el desayuno que aguardaba sobre la mesa larga: té, pan tostado, mantequilla, mermelada, huevos revueltos y una pequeña fuente de carne fría. No era una mesa elegante, no en el sentido que ella había conocido toda su vida. Sin embargo, había una clase de cuidado que no necesitaba porcelana fina para hacerse entender.

Jake apartó una silla para que se sentara, se miraron unos segundos antes de tomar asiento. Por primera vez desde que había salido de casa la noche anterior, Caroline tuvo la extraña sensación de que quizá había encontrado un lugar desde el que empezar a luchar.

Capítulo 3

Por la mañana había habido sol, una claridad fría pero limpia. En ese momento, en cambio, la tarde se cerraba sobre Londres con nubes bajas y un viento de septiembre que levantaba hojas secas alrededor de las ruedas del *chaise*.

Retliden House estaba en Grosvenor Square, era donde Jake habría esperado encontrarlo: en el corazón del Londres que él evitaba cuando podía y frecuentaba cuando no tenía más remedio.

Su fachada era imponente, de piedra gris con columnas y ventanas altas y esa expresión general de los edificios ricos de querer dejar claro, desde lejos, que dentro vivía gente importante. Jake había visto tantas veces ese lujo desmedido en tantas casas que nunca le había impresionado. Tampoco esa vez.

El carruaje se detuvo. Él ayudó a Caroline a descender y ella sintió que el frío que la envolvió no venía solo del aire. El mayordomo abrió la puerta tan deprisa que sorprendió a Jake. Los hizo pasar a un salón de espera donde todo era dorado y azul marino. Olía a cera de abejas y dinero viejo, y en menos de dos minutos apareció el duque de Retliden en persona, lo cual decía algo sobre el estado de nervios de la familia desde la desaparición de su hija.

Reginald, duque de Retliden, era un hombre de unos sesenta años, con el pelo blanco, los ojos grises y la postura de alguien que no necesitaba alzar la voz para recordar a los demás su lugar. Su expresión pertenecía a una clase de hombres acostumbrados a que los problemas se resolvieran a su favor. Miró a Jake con una evaluación rápida: reparó en el traje sin florituras, en la ausencia de condecoraciones, en las manos grandes y ásperas, y colocó cada detalle en una categoría que el magistrado habría preferido no escuchar en voz alta. No era, sin embargo, ignorancia lo que había en esa mirada. Reginald sabía muy bien quién era él. La aristocracia conocía a Jake Nerby: lo buscaba cuando necesitaba discreción, lo elogiaba cuando resolvía sus problemas y lo invitaba a salones a los que él jamás acudía. Pero ser admirado y reconocido por la nobleza no lo convertía en uno de ellos. Eso lo tenía clarísimo.

Entonces el duque miró a Caroline y la máscara se le resquebrajó. Solo fue un instante, un parpadeo, una tensión nueva junto a la boca. Jake vio algo parecido al dolor antes de que el orgullo lo cubriera de nuevo.

—Caroline... —Su voz fue un susurro de emoción—. Gracias a Dios.

Ella permaneció inmóvil ante su padre y el duque de Retliden tampoco se movió.

—Padre —saludó la hija.

Jake reconoció el esfuerzo en el tono. Tuvo la tentación de tomarle la mano para tranquilizarla. Sin embargo, no lo hizo. No delante de ese hombre. No todavía. Caroline había entrado en Retliden House con la espalda recta, y él no le arrebataría el mérito de sostenerse por sí misma. Porque lo que más necesitaba en ese momento era valor y entereza para no derrumbarse.

Apareció la duquesa Cecily Retliden por la puerta lateral con la

velocidad típica de una madre que llevaba horas esperando ese momento. Era una mujer delgada y elegante, de cabello oscuro mezclado con canas, ojos avellana, que irradiaba esa energía específica de las personas que organizaban el mundo a su alrededor con la misma naturalidad con que otros respiraban. Abrazó a Caroline y miró a Jake por encima de su hombro con una expresión interrogativa más que evidente.

—Reginald —propuso la duquesa—, quizá deberíamos sentarnos.

Su esposo estuvo de acuerdo y se ubicaron. Jake no se anduvo por las ramas, su talante directo le impedía hacerlo, así que expuso el caso con la misma brevedad con que había hablado esa mañana con Caroline. Explicó que había encontrado a lady Caroline en circunstancias que requerían discreción y que su propuesta resolvía el problema de la manera más limpia posible para todas las partes. No dio detalles sobre el río, no era necesario, pues no era útil y no quería que ella se sintiera incómoda.

Reginald lo escuchó con los dedos entrelazados sobre el regazo y una expresión que Jake no supo descifrar del todo.

—En la actualidad es magistrado jefe, ¿y antes? —preguntó cuando Jake terminó.

—Me dediqué a investigaciones privadas. Después fui agente de Bow Street.

El duque asintió despacio. Entornó los ojos grises mientras calculaba su próximo movimiento. Era consciente de que Jake poseía información suficiente para causar un escándalo, si decidía utilizarla. No tenía ninguna de las cualidades que él habría elegido para un yerno: plebeyo, sin título, sin fortuna heredada ni apellido antiguo que amortiguara el golpe. Sin embargo, estaba siendo discreto, rápido y resolutivo.

La duquesa, detrás de una expresión inmóvil, había procesado la

información con la misma velocidad.

—¿Cuándo propone que se celebre la ceremonia? —inquirió Cecily.

—Cuanto antes —contestó Jake—. Una semana. Diez días como mucho.

—¿Tan pronto? —murmuró Reginald.

—Cuanto más esperemos, más preguntas habrá —repuso Jake—. El bebé nacerá en unos seis meses.

Hubo una pausa. Cecily contemplaba a su marido; Reginald, a Jake. El magistrado le sostuvo la mirada sin esfuerzo visible, porque llevaba doce años observando a hombres más peligrosos que ese sin pestañear.

Caroline, que no había dicho nada desde que se sentaron, habló entonces:

—Padre, es la mejor solución para todos.

Reginald contempló a su única hija. Después giró la cabeza hacia Jake.

—Señor Nerby, mi hija está acostumbrada a un nivel de vida que no sé si usted será capaz de proporcionarle.

Jake hizo una mueca apenas perceptible. De refilón vio cómo Caroline estrujaba la tela del vestido y apretaba los labios. Estaba conteniendo las ganas de replicar a su padre.

—Excelencia, tengo recursos suficientes para que mi futura esposa disfrute de una casa cómoda, criados a su servicio y vestidos nuevos cada vez que los pida o los necesite.

Intentó controlar el tono, pero no pudo evitar que sus palabras sonaran duras. Sintió la mirada de Caroline y giró el rostro hacia ella. La encontró serena, con una sonrisa leve, casi satisfecha. Acababa de descubrir que alguien estaba dispuesto a responder por ella sin aprovechar la ocasión para humillarla por su caída.

—Bien —sentenció el duque—. Hablaremos con el vicario mañana.

Jake se levantó. Estrechó la mano que Reginald le ofrecía con la frialdad exacta que requería el momento: sin un ápice de cordialidad, pero que tampoco se viera como una ofensa.

La duquesa lo acompañó hasta la puerta. Su sonrisa permanecía intacta, tan impecable y calculada como el resto de ella.

—Es usted un hombre muy práctico, señor Nerby —mencionó Cecily al llegar al umbral.

—Es lo que me ha dado de comer todos estos años, excelencia.

Por primera vez desde que había entrado en Retliden House, algo pareció moverse detrás de los ojos de Cecily, y no se trataba de simpatía. Jake habría apostado su fortuna a que esa dama no desperdiciaba simpatía con desconocidos.

—Bienvenido a la familia —manifestó ella.

Sus palabras parecían envueltas en terciopelo, pero él detectó el filo enmascarado entre tanta suavidad. Jake sonrió solo con la boca, después inclinó apenas la cabeza.

—Será un honor.

Salió a Grosvenor Square y respiró el aire de septiembre, que olía a carbón y a hojas húmedas y a todo lo que no era ese salón dorado y azul marino. Sintió algo que no fue del todo alivio, pero se le parecía. Sonrió al pensar que Thomas iba a tener mucho que decir sobre esto.

La oficina de Jake Nerby en Bow Street no estaba decorada para impresionar a nadie. Era una estancia rectangular, austera, con una mesa pesada de roble situada frente a la ventana, dos sillas

incómodas para los visitantes y una pared ocupada, casi por completo, por estantes cargados de legajos.

Sobre el escritorio había una escribanía, un tintero, varias carpetas atadas con cinta y un mapa de Londres extendido bajo un pisapapeles de hierro. La chimenea estaba encendida, aunque apenas lograba apaciguar el frío que se colaba por los cristales. El ambiente olía a leña, papel viejo y tinta.

Thomas Briggs estaba de pie junto a la puerta, con el sombrero entre las manos y una expresión paciente; había aprendido a no hacer preguntas antes de tiempo. Thomas era agente de Bow Street, aunque ese título decía poco de lo que hacía en realidad. Para Jake era, sobre todo, sus ojos en las calles: un hombre capaz de escuchar sin parecer interesado y de desaparecer antes de que nadie recordara haberlo visto.

Jake terminó de firmar un documento, dejó la pluma en su sitio y cerró la carpeta.

—Voy a casarme —soltó de golpe.

Thomas parpadeó una vez, y otra.

—Buf, vaya. —Se atusó el cabello rubio en un gesto de sorpresa.

Jake alzó la vista.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—No, señor. Es todo lo que me ha dado tiempo a decir sin quedar como un idiota.

Jake no sonrió, pero algo de humor se movió en su mirada. El agente avanzó un paso y dejó el sombrero sobre una de las sillas.

—¿Con alguien que conozca?

—Se llama lady Caroline Retliden.

El silencio que siguió fue más largo. Esta vez Thomas no parpadeó, se quedó muy quieto, como si acabaran de colocar una pistola cargada sobre la mesa y estuviera evaluando en qué

dirección apuntaba.

—La hija del duque de Retliden —repuso al fin.

—Sí.

—La misma de la que hablaba el *Morning Post*.

—Sí.

Thomas bajó su mirada oscura hacia los papeles del escritorio. No los leyó, en verdad no era muy hábil con las letras; sin embargo, leía a las personas mejor que nadie. Y a Jake lo conocía desde hacía demasiados años para confundir esa calma con tranquilidad.

—¿Y cuándo será la boda? —preguntó.

—Antes de diez días.

El agente alzó una ceja, bien sabía lo que significaba una boda a toda prisa.

—Entiendo —manifestó—. La muchacha está en problemas.

Jake apoyó ambas manos sobre la mesa: grandes, ásperas, demasiado marcadas para el puesto que ocupaba. Eran la prueba de que en el pasado había corrido sin desfallecer por callejones, forzado puertas, sujetado criminales contra adoquines húmedos y desenterrado verdades que otros habían intentado mantener ocultas hasta podrirse.

—No saque conclusiones apresuradas —comentó Jake.

—Entonces dígame lo que puedo saber.

Jake sostuvo su mirada un momento. Thomas no era curioso por crueldad ni por entretenimiento. Si preguntaba era porque ya estaba pensando en cómo ayudar, pero Jake no quería contar más de lo necesario.

—Lady Caroline Retliden necesita protección. Su familia ha aceptado el matrimonio.

—Y el hombre responsable de que la dama necesite protección ¿qué piensa hacer al respecto?

La pregunta espesó el ambiente.

Jake no apartó la vista. Lo cierto era que quería saber quién había engañado a Caroline con una violencia fría, precisa, clara. De hecho lo tenía marcado en sus facciones, que apenas se tensaron, pero lo suficiente para que Thomas lo viera.

—No hará nada —aseguró.

La dureza se reflejó en cada sílaba.

—Dígame su nombre —pidió Thomas entre dientes.

Jake supo entonces que no era el único que deseaba encontrar al hombre que la había arrastrado hasta el río y hacerle lamentar cada paso.

—No se lo voy a dar.

Thomas asintió despacio, aceptando el límite. No era sumisión, sino respeto.

Jake tomó otra carpeta, la abrió sin leerla y volvió a cerrarla de inmediato. Alzó la cabeza y miró al agente.

—Lo cierto es que no sé su nombre. Y no pienso obligarla a confesarme quién la engañó.

—Puedo ayudarle a averiguarlo —sugirió Thomas, enderezando la espalda.

Jake no respondió enseguida. En el fondo, reconocía que no era mala idea. Su deber era proteger a su futura esposa, y no podía permitir que el hombre que la había lastimado volviera a acercarse a ella.

—Durante los próximos días habrá comentarios —repuso—. Quiero saber quién habla, quién pregunta y quién muestra más interés del razonable.

—Eso puedo hacerlo.

—Pero sin acercarse a lady Caroline Retliden.

Thomas alzó las cejas, tan rubias como su cabello.

—No pensaba asustar a la muchacha, señor.

—Ella no se asusta con facilidad. Ha decidido luchar.

Jake se dio cuenta demasiado tarde de que había respondido con excesiva rapidez. Thomas también lo notó, por supuesto. Su cara honrada no cambió, pero sus ojos oscuros sí; apenas lo suficiente para dejar claro que había registrado el dato.

—Está bien —comentó el agente—. No me acercaré a ella.

Jake se levantó y apartó la mirada hacia la ventana. Bow Street seguía su curso habitual: ruedas sobre adoquines, voces, pasos; una ciudad llena de vida y miseria a la vez.

—No quiero que esto se convierta en un espectáculo —manifestó.

—Se casa con la hija de un duque, señor.

—Soy consciente.

—Entonces ya es espectáculo. La cuestión es cuántos asientos se venden antes de que baje el telón.

Jake volvió la cabeza despacio. Thomas levantó una mano, no en disculpa, sino para contener una verdad que ambos conocían.

—Solo digo que no podrá controlarlo todo.

—Puedo controlar lo suficiente.

—Eso dice siempre.

La frase no sonó desafiante, sonó cansada, casi triste. Jake se quedó inmóvil. Thomas recogió el sombrero de la silla, pero no se lo puso.

—Usted siempre ayuda a quien lo necesita —declaró—. Y más todavía si cree que lo merece. Es una buena costumbre, mejor que la mayoría de las que tienen los hombres. Pero a veces... —Soltó el aire por la nariz—. A veces no se puede salvar a todo el mundo.

La chimenea crujió en el silencio.

Jake miró el mapa de Londres extendido sobre la mesa: calles,

puentes, plazas, callejones. Había aprendido hacía mucho que una ciudad podía tragarse a una persona en menos tiempo del que se tardaba en encender un farol.

—No estoy intentando salvar a todo el mundo —manifestó.

Thomas lo observó con una paciencia que a Jake le resultó irritante.

—No. Solo a ella.

Jake dejó la carpeta, con más fuerza de la necesaria, sobre las otras apiladas en la esquina.

—Eso será todo, Briggs.

Thomas aceptó la despedida con una inclinación breve. Ya tenía la mano en el picaporte cuando se detuvo.

—Señor...

Jake levantó la vista.

—Si la dama necesita protección, la tendrá. De mí no saldrá una palabra. Y si alguien pregunta más de la cuenta, lo sabrá usted antes de que ese alguien termine la frase.

Jake sostuvo su mirada.

—Gracias.

Thomas pareció incómodo con la palabra, sentía que le quedaba demasiado fina para un agente como él.

—Sí, bueno. Procure no casarse con hijas de duques todos los meses. Complica la agenda.

Esta vez Jake casi sonrió. Casi.

—Haré lo posible.

Thomas abrió la puerta. El ruido de Bow Street entró en la oficina junto a una bocanada fría de aire.

Antes de salir, miró una última vez a Jake.

—Y, señor...

—¿Qué más?

—Espero que también deje que alguien lo salve a usted.

Jake no respondió, tampoco Thomas esperaba que lo hiciera.

Cuando la puerta se cerró, el magistrado permaneció de pie tras el escritorio, con las manos apoyadas sobre la madera y la mirada fija en el mapa. Retliden House quedaba al oeste, con un lujo impecable y distante. Su propia casa al norte, sobria y silenciosa. Entre ambas, Londres se extendía como un tablero lleno de trampas.

Pero él solo podía pensar en una cosa: lady Caroline Retliden había decidido luchar por su hijo y él había decidido que no lo haría sola.

Capítulo 4

La boda se celebró nueve días después, un martes soleado por la mañana, en la iglesia de St. George en Hanover Square, porque era la iglesia de la familia y porque Cecily insistió en que, al menos, eso fuera como correspondía.

Fue una ceremonia pequeña: veinte personas, los testigos imprescindibles y ninguno de los despliegues habituales en los acontecimientos de los Retliden. Reginald la describió como una boda íntima, celebrada por expreso deseo de los novios. Londres aceptó la explicación con mucha facilidad y los duques se sintieron satisfechos. Al fin y al cabo, la sociedad prefería los escándalos con sangre fresca, lágrimas públicas y amantes sorprendidos tras una puerta mal cerrada.

Una boda discreta entre la hija de un duque y un magistrado resultaba inusual, sí, pero no lo bastante indecorosa mientras todos fingieran creer la misma versión. Además, la buena fama de Jake hacía más creíble el enlace. Y mientras nadie pronunciara en voz alta las preguntas correctas, el escándalo podía seguir disfrazado de prudencia. Caroline agradeció esa mentira más de lo que habría querido admitir.

La novia llevaba un vestido de seda color marfil que Cecily había

elegido y que era el tipo de traje que una madre de la nobleza preferiría: perfecto e impecable, diferente con respecto a lo que Caroline hubiera escogido. Pero dadas las circunstancias prefirió guardar silencio y lo llevó sin comentar nada. Había decidido reservar su energía para las batallas que importaban.

En cambio, Jake vestía con sobriedad, cada prenda cumplía su función. Llevaba una casaca negra de excelente paño, chaleco claro y una corbata de lino blanco anudada con una precisión casi austera. Caroline lo vio al salir del carruaje, no parecía un novio aristocrático; parecía un hombre que había acudido a cumplir una promesa. Era él, sin adornos y sin disfraces, con la firmeza tranquila de una persona que no pedía permiso para ocupar el lugar que había decidido ocupar.

Y ella, que había sido engañada por todo un caballero demasiado hábil en parecer lo que no era, sintió una extraña satisfacción al verlo así. Por alguna razón le pareció el hombre más elegante que había visto nunca. Porque Jake no fingía refinamiento, ni dulzura ni una elegancia prestada. No se traicionaba para complacer a nadie, y esa verdad sencilla le pareció más valiosa que cualquier juramento. Estaba segura de que jamás la traicionaría.

La ceremonia fue rápida. El vicario, que ya había oficializado numerosos matrimonios, recitó las palabras con agilidad. Jake respondió con voz clara y sin vacilación. Caroline también, aunque su voz le salió más baja de lo que pretendía.

Cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, Jake la miró. Fue una mirada breve, directa, sin ninguna de las afectaciones que Caroline habría esperado en ese momento. Sus ojos turquesa claro no eran los de un hombre enamorado, pero tampoco eran los de un hombre realizando una transacción.

Jake, por su parte, intentó mantener una serenidad razonable.

No era alguien que se sorprendiera con facilidad. Había visto demasiadas cosas en demasiados lugares como para dejarse desarmar por una cara bonita. Y, aun así, tuvo que admitir que Caroline lo había desbaratado un poco. Llevaba el cabello oscuro recogido con una elegancia minuciosa, sujeto bajo una tiara discreta, mientras algunos tirabuzones escapaban junto a las sienes y suavizaban la línea delicada de sus pómulos. Era hermosa, desde luego; de una belleza educada para no llamar la atención más de lo debido y que, por eso, resultaba imposible de ignorar.

Sin embargo, no fue eso lo que más lo alcanzó. Fue el brillo nuevo en sus ojos avellana. Una esperanza cautelosa, todavía frágil pero viva. Jake advirtió en ella cierta complacencia al mirarlo, una satisfacción silenciosa por casarse con él. No quiso profundizar en ese pensamiento. No todavía. Porque Caroline no lo había elegido por deseo, ni por amor ni por ninguna de esas razones que convertían una boda en una promesa feliz. Se casaba con él porque era la única puerta que seguía abierta. Y, aun así, descubrirla mirarlo de ese modo le produjo una inquietud que prefirió no analizar.

Después hubo un almuerzo en Retliden House con los veinte invitados. Cecily dirigía la conversación con su eficiencia habitual, y Reginald fue cortés con Jake, no podía hacer otra cosa. Desde luego que no lo hubiese elegido como yerno, pero había resuelto un problema delicado.

El magistrado respondía con monosílabos cuando podía y con frases cortas cuando no le quedaba más remedio. Caroline, desde el otro extremo de la mesa, lo observaba moverse en su mundo con una incomodidad que apenas intentaba disimular. Sabía que lo detestaba: lo veía en la rigidez de sus hombros, en la economía de sus gestos, en la forma en que toleraba cada conversación. Y, sin embargo, estaba allí y soportaba una obligación desagradable por

ella. Eso lo decía todo.

Cuando los asistentes se levantaron de la mesa, encontraron un instante de relativa intimidad junto a una de las ventanas, lejos de las voces, de las sonrisas medidas y de las miradas que aún intentaban decidir qué clase de historia debían contar sobre ellos.

Se miraron unos segundos.

—Gracias... —susurró Caroline.

Jake frunció apenas el ceño.

—¿Por qué?

—Por todo esto.

—Nadie me ha obligado a dar este paso —respondió él—. Estoy aquí porque he querido.

Ella entrelazó las manos delante de sí, necesitaba poner en orden una pregunta antes de dejarla salir.

—Jake..., ¿te importa que te llame por tu nombre? Yo preferiría que tú me llamaras por el mío. Al fin y al cabo, estamos casados.

Durante un segundo, él pareció considerar su petición con la misma gravedad con la que habría valorado una declaración ante un tribunal.

—De acuerdo —aceptó—. Me parece bien.

Caroline le sonrió y algo se movió en las entrañas de Jake. Era una sensación breve y honda, demasiado agradable para no prestarle atención. Aun así, se obligó a recuperar la compostura.

—Solo espero que no termines arrepintiéndote —manifestó ella en voz baja—. Aunque si en algún momento quieres romper el acuerdo, yo...

—No —la cortó él.

La mirada de Jake descendió un instante hacia su vientre y luego volvió a su rostro.

—No lo haré si tú no lo haces.

Caroline parpadeó.

—¿Por qué tendría que arrepentirme?

Él miró alrededor. Los salones de Retliden House conservaban su perfección habitual: las molduras impecables, los retratos familiares, el brillo discreto de la plata, las voces educadas de quienes jamás decían nada sin calcular antes el daño o la ventaja.

—Quizá eches de menos esta vida.

Caroline siguió la dirección de su mirada. Vio a sus padres conversando con otro matrimonio, serenos, irreprochables, sin importarles que apenas hacía unas horas habían entregado a su hija a un desconocido para salvar el apellido.

No supo qué la empujó a hacerlo. Tal vez rabia. Tal vez cansancio. Tal vez una necesidad absurda de demostrarse a sí misma que hablaba en serio. Tomó la mano de Jake y entrelazó los dedos con los suyos.

Él se quedó inmóvil. La calidez de Caroline penetró en él con una intensidad inesperada. Era solo una mano, solo un gesto breve en medio de un salón lleno de gente, pero Jake recibió esa confianza pequeña como una bocanada de aire fresco, que alivió la tensión de sus músculos por estar en un lugar que le apretaba los pulmones.

—No echaré esta vida de menos —mencionó ella—. Te dije que lucharía por mi hijo, y lo mantengo. Regresar aquí sería reconocer que he fracasado como madre, como esposa, como mujer.

Solo entonces Caroline pareció darse cuenta de que le había tomado la mano a su esposo. La apartó con rapidez, y el color le subió apenas a las mejillas. No entendía por qué había hecho tal cosa. Y, sin embargo, por extraño que resultara, tenía la sensación de conocer mejor a su esposo que a sus propios padres. Quizá porque Jake no fingía, en él no había sonrisas destinadas a ocultar una sentencia ni palabras dulces preparadas para negar una

crueldad. Sus padres llevaban toda la vida interpretando un papel tan perfecto que Caroline ya no sabía dónde terminaba la cortesía y dónde empezaban ellos.

Jake cerró el puño al sentirse privado de su mano. Le había gustado el gesto. Demasiado. Sin embargo, lo atribuyó a los nervios de la recién casada, porque cualquier otra explicación exigía mirar demasiado de cerca algo que todavía no tenía derecho a reclamar.

—Caroline —dijo al cabo de un momento—, hay algo de lo que no hemos hablado. Puedes contratar a un par de criados para que te ayuden en tu nueva vida.

Ella levantó la vista.

—Mrs. Barrow debe de estar acostumbrada a hacer las cosas a su manera. No pretendo cambiar la dinámica de la casa nada más llegar.

Jake negó con la cabeza.

—Ahora eres mi esposa, la señora de la casa. Los asuntos domésticos serán de tu incumbencia.

Caroline no logró impedir que la satisfacción le suavizara los rasgos. No era solo permiso, sino la confianza que estaba depositando en ella sin apenas conocerla. Le concedía un espacio propio y una autoridad que no llegaba envuelta en reproche ni vigilada por la sonrisa perfecta de su madre.

—Está bien —mencionó—. Pero antes de tomar una decisión hablaré con tu ama de llaves.

La boca de Jake se curvó apenas.

—Buena elección.

—¿Temes a Mrs. Barrow?

—Mrs. Barrow es difícil de impresionar.

Caroline bajó la mirada para ocultar una sonrisa. Y por primera vez desde que habían salido de la iglesia, la palabra «esposo» dejó

de sonarle a solución desesperada.

Luego, Caroline subió a su alcoba para recoger la bolsa con lo imprescindible. Al día siguiente, un par de lacayos llevaría a Montagu Square un baúl con el resto de sus pertenencias: vestidos, libros, algunas cartas y todos esos objetos que, vistos de pronto como equipaje, parecían pertenecer a una vida ajena.

Encontró a Hetty junto al lecho con dosel, cerrando la bolsa con manos apresuradas. Su doncella era una joven menuda, de cabello castaño recogido sin demasiada ceremonia y ojos pardos que siempre habían visto más de lo conveniente. Ella ya le advirtió sobre Rupert, pero no le hizo caso. Tenía veintidós años, como Caroline, y había crecido en las cocinas de Retliden House, donde su madre trabajaba como cocinera. Entre ellas había existido siempre una confianza difícil de nombrar, hecha de gestos pequeños, silencios compartidos y una lealtad que ninguna de las dos habría sabido explicar sin recordar primero que pertenecían a mundos distintos.

Hetty se volvió al oírla entrar.

—¿Está bien, milady?

Lo preguntó en voz baja, no con la prudencia de una criada, sino con la preocupación de alguien que ya sabía que la respuesta no podía ser del todo cierta.

Caroline le brindó una sonrisa.

—Estoy bien.

Se acercó y le tomó las manos. Fue entonces cuando vio las lágrimas que Hetty se esforzaba por no derramar.

—No te preocupes —añadió con suavidad—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Hetty apretó los labios.

—¿Es buen hombre?

Caroline pensó en Jake sacándola del río. En la manera en que

había procurado no tocarla más de lo necesario, incluso cuando la sostenía para que no cayera. Pensó en su propuesta, en su entereza frente a sus padres, en esa forma seca y definitiva de defender lo que ya había decidido proteger. Y, sobre todo, pensó en la frase que había pronunciado sin vacilar: «El bebé llevará mi apellido —sentenció— y punto. No hay condiciones sobre eso».

Algo cálido, frágil y nuevo le acarició el pecho.

—Es un hombre distinto —confesó—. Bueno y comprensivo, aunque quizá él no sepa que lo es.

Hetty bajó la mirada, y su voz salió un poco rota.

—Solo espero que sea feliz en su nueva vida, milady. Ha sido un placer servirla todos estos años.

—Oh, Hetty, esto no es una despedida.

Caroline le soltó una mano para apartarle con delicadeza un pliegue torcido del delantal, un gesto absurdo y tierno que hizo temblar más la boca de la doncella.

—De hecho, Jake me ha dado libertad para contratar a mi propio personal. No puedo asegurarte nada todavía, porque primero quiero hablar con su ama de llaves, pero...

Los ojos de Hetty se iluminaron antes de que Caroline terminara la frase.

—Esperaré sus noticias, milady.

Un lacayo llamó a la puerta y entró para recoger la bolsa, Caroline dejó que se la llevara. Durante un instante, permaneció inmóvil en medio de la alcoba. Miró el lecho con dosel, las cortinas claras, el tocador, el espejo ante el que tantas veces se había dejado vestir para complacer a otros. En esa alcoba había transcurrido su infancia, su obediencia y todas las versiones de sí misma que le habían enseñado a representar.

Sin embargo, mientras recorría los pasillos y bajaba la escalinata

de Retliden House, comprendió algo con una serenidad que la sorprendió: no iba a echar de menos ese hogar. Quizá porque hacía mucho tiempo había dejado de sentirse suyo.

Jake ya estaba dentro del carruaje. Miraba por la ventana con esa expresión suya cerrada y atenta, la de un hombre que parecía haber aprendido a sobrevivir viendo demasiado y hablando solo lo necesario. Cuando la vio, algo en su rostro se suavizó apenas.

Se movió de inmediato y le tendió la mano para ayudarla a subir. Caroline posó sus dedos en los de él y, al sentarse a su lado, su esposo no dijo nada durante el primer tramo del trayecto. Ella empezaba a comprender que esa era su forma de dejarle espacio.

—Ha sido más llevadero de lo que esperaba —dijo él al cabo de un rato.

—¿El almuerzo?

—La mañana entera.

Caroline lo miró.

—¿Qué esperabas, en realidad?

—Algo peor —confesó Jake—. Tu madre tiene un talento considerable para hacer que las cosas parezcan lo que no son.

—Lo lleva practicando desde que yo tengo memoria.

Jake asintió y miró de nuevo por la ventana. Las calles de Londres estaban concurridas de vehículos y transeúntes. La vida seguía con su ruido habitual, indiferente a que dos personas dentro de un carruaje acabaran de cambiar sus destinos de una forma que ninguno de los dos había planeado. La jornada, que había empezado soleada, comenzaba a estropearse bajo unas nubes densas, cargadas de lluvia.

—Hay jamón y queso en casa —mencionó Jake—. Y no hay que hablar con nadie.

Caroline sintió algo que tardó un momento en identificar como

alivio.

—Eso —dijo— suena perfecto.

Jake no sonrió. Pero algo en su cara se aflojó con suavidad, como una tensión que hubiera estado sosteniendo sin saberlo y que acababa de soltar.

El carruaje siguió. Londres siguió.

Y Caroline, que esa mañana se había convertido en Caroline Nerby, miró sus propias manos en el regazo y pensó que, tal vez, algunos comienzos no necesitaban promesas hermosas para ser buenos. A veces bastaba con una verdad sencilla, una casa en silencio y un hombre que no fingía ser distinto de lo que era.

Capítulo 5

La lluvia empezó poco después de la cena con una persistencia tranquila, e inundaba de sombras húmedas las calles de Londres.

Cuando Caroline subió a la alcoba que le habían preparado, el agua resbalaba por los cristales en hilos temblorosos, y el sonido contra el alféizar llenaba el silencio con una calma extraña. La alcoba de Jake estaba junto a la suya, separada apenas por una pared y una puerta interior que permanecía cerrada. Caroline se quedó mirando la batiente durante unos segundos. Una de sus condiciones había sido dormir en habitaciones separadas; aun así, sabía que el matrimonio le concedía a él ciertos derechos que ella todavía no estaba preparada para afrontar.

De momento, Jake no había mencionado nada. Tampoco había insinuado, tanteado ni reclamado sus derechos. Se había limitado a darle espacio para que se acostumbrara a su presencia, a su casa, a la nueva realidad de llevar su apellido. Y, sin embargo, no se sentía amenazada. Esa cercanía que en otro hombre quizá la habría llenado de temor con él le proporcionaba una calma extraña. Jake estaba al otro lado de la pared, lo bastante cerca para acudir si lo necesitaba y lo bastante lejos para no invadirla. No estaba sola en una casa desconocida, menos aún atrapada. Por primera vez en mucho

tiempo, la diferencia le pareció importante.

La habitación no era tan amplia como su dormitorio en Retliden House, desde luego. Estaba segura de que su madre, que siempre había insistido en la elegancia de los espacios, no la habría aprobado. No obstante, la sentía acogedora; para ella era suficiente, y eso le arrancó una suave sonrisa.

El lecho, grande y sólido, ocupaba el centro de la pared principal. Tenía cortinas de un tono crema oscuro y ofrecía, pese a su tamaño imponente, un refugio cálido. Frente a la chimenea encendida había una butaca tapizada en verde apagado y, junto a ella, un sillón más ancho de líneas sobrias, colocado con naturalidad frente al fuego. Caroline los miró un instante y pensó con sorpresa que, quizá, ese rincón acabaría siendo su favorito. Se imaginó sentada allí leyendo un libro, con una taza de té humeante sobre la mesita redonda dispuesta entre ambos asientos y la tranquilidad de saber que su madre no irrumpiría para recordarle ninguna obligación.

Había dos ventanas altas, veladas por cortinas pesadas, un escritorio de madera oscura situado cerca de una de ellas, con una escribanía, un pequeño tintero y papel bien ordenado. No era un escritorio ornamental, sino uno hecho para usarse: con cajones estrechos, tiradores de latón y una superficie marcada aquí y allá por años de plumas, cartas y decisiones domésticas.

Junto a la pared descansaba un armario de caoba, lo bastante grande para contener sus vestidos de uso diario, y una cómoda con espejo inclinado donde Mrs. Barrow había dispuesto una jofaina, una jarra de agua limpia, un peine y varias toallas dobladas con precisión. No había un vestidor dedicado a guardar sedas, sombreros y caprichos. Jake no vivía en una mansión, y esa casa no fingía ser lo que no era. Y Caroline descubrió que eso le gustaba.

Mrs. Barrow entró y avanzó hacia la chimenea para remover las

brasas. Lo hizo con la misma eficacia con la que parecía hacer todo: sin ruido innecesario, sin vacilación y sin ninguna intención de estar más tiempo del indispensable.

—He dejado una bata junto a la cama, milady —mencionó—. Y agua caliente suficiente para lavarse antes de dormir.

—Gracias, Mrs. Barrow.

El ama de llaves asintió apenas y se acercó para ayudarla con los botones del vestido. Sus manos eran firmes, enrojecidas por el trabajo, muy distintas a las de Hetty. No tenían la suavidad de las de su doncella, a la que se había acostumbrado, pero sí una seguridad que Caroline encontró, de algún modo, reconfortante.

Durante unos minutos solo se oyó la lluvia, el crepitar del fuego y el roce de la tela al deslizarse por sus hombros.

—Mrs. Barrow... —empezó a decir Caroline con cautela.

Los dedos del ama de llaves no se detuvieron.

—Sí, milady.

—Jake me ha dicho que puedo contratar a un par de criados más, si lo considero necesario.

Esta vez, los dedos de Nell se quedaron inmóviles apenas un instante, fue un gesto mínimo. Cualquier otra persona lo habría pasado por alto, pero Caroline estaba aprendiendo que Mrs. Barrow decía mucho en esos silencios pequeños.

—El señor Nerby solo piensa en su bienestar, como debe ser —respondió el ama de llaves.

Caroline miró su reflejo en el espejo inclinado de la cómoda. El vestido de novia ya estaba desabrochado en la espalda.

—No deseo alterar la casa sin hablarlo antes con usted —declaró—. Sé que todo aquí funciona porque usted lo sostiene.

Nell levantó la vista hacia ella en el espejo. La boca se le apretó, aunque esta vez no pareció desaprobación. Más bien el esfuerzo de

no mostrar que esas palabras le habían importado.

—Una casa cambia cuando entra una esposa —repuso—. Más aún si esa esposa es una dama acostumbrada a doncella propia.

—No necesito lujos —se apresuró a decir—. Pero sí necesitaré ayuda. Y no quiero cargarla a usted con tareas que no le corresponden.

Nell guardó silencio unos segundos. Luego tomó el cepillo del tocador y lo dejó exactamente paralelo al borde de la cómoda.

—Entonces necesitará una doncella —sentenció—. Una muchacha discreta, limpia y que sepa cerrar la boca.

Caroline pensó en Hetty. En sus ojos llenos de lágrimas sin derramar. En la forma en que le había preguntado si Jake era buen hombre.

—Conozco a alguien así.

Nell volvió a mirarla en el espejo.

—¿De Retliden House?

—Sí, se llama Hetty, ha sido mi doncella durante años.

El ama de llaves no sonrió. Nell Barrow no parecía una mujer dada a sonreír cuando podía limitarse a decidir.

—La entrevistaré antes de que entre en esta casa —puntualizó—. Si sirve, se queda; y si no sirve, se lo diré.

Caroline inclinó la cabeza, aceptando no solo la condición, sino la autoridad que había detrás.

—Me parece justo.

Solo ahí la mirada de Nell se suavizó apenas.

—Entonces quizá nos entendamos, milady.

Caroline sintió que algo dentro de ella cedió. No era una bienvenida calurosa, ni una promesa de afecto ni una de esas cortesías pulidas que en Retliden House solían ocultar una advertencia. Era mejor que eso: era el principio de una buena

relación.

—Hetty vendrá para atenderme a mí, si usted la considera adecuada —confirmó Caroline—. Pero la casa necesitará otra persona. Alguien que la ayude a usted, no que la estorbe. Preferiría que la escogiera usted, Mrs. Barrow, pues conoce este lugar mejor que nadie.

La boca del ama de llaves se apretó de nuevo. Caroline empezaba a conocerla a través de esos gestos, podía significar desaprobación, sorpresa o algo parecido a la emoción, como en ese instante.

—No escogeré a nadie inútil, milady.

—Eso esperaba.

Nell la miró en el espejo, y en esta ocasión sus ojos castaños parecieron medirla de otra manera. El gesto era mínimo, apenas un cambio en la dureza de la mirada, pero Caroline lo entendió. Mrs. Barrow acababa de concederle algo que sus propios padres le habían negado con demasiada facilidad: un poco de confianza.

La lluvia siguió golpeando los cristales, fina y constante. La chimenea arrojó una luz dorada sobre la butaca verde, el escritorio oscuro y el enorme lecho. Caroline pensó, mientras Mrs. Barrow le alcanzaba la bata, que las casas no se volvían hogar de golpe. Quizá empezaban así: con una habitación cálida, una mujer severa que no mentía y una certeza nueva de que, al otro lado de la puerta, había un hombre que tampoco fingía.

Pero de algo sí estaba segura: empezaba a gustarle su nueva vida, y solo eso la hacía más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Al día siguiente, cuando Caroline bajó, encontró el desayuno servido en el comedor, no en la cocina.

Se sorprendió al entrar. La estancia no era pequeña, pero tampoco pretendía competir con los salones en los que ella había crecido. La mesa de caoba conservaba marcas muy leves en la superficie, casi invisibles bajo el brillo de la cera, y las sillas estaban colocadas con una precisión tranquila. Había plata, buena porcelana y cristal, pero nada parecía elegido para exhibirse.

Dos ventanas altas, vestidas con cortinas de un verde profundo, daban a la parte posterior de la casa. Caroline miró a través de los cristales. La lluvia de la noche anterior había oscurecido las piedras del patio, y una niebla baja se enredaba entre los muros y suavizaba los contornos de las hojas amarillas caídas junto a la verja. No llovía, pero la mañana conservaba una humedad fría, otoñal, que hacía más acogedor el comedor iluminado por el fuego.

Caroline se percató de que solo había un servicio dispuesto en la mesa.

—¿Y mi esposo? ¿No desayuna?

—El señor Nerby se ha levantado temprano y ha desayunado en la cocina antes de irse a Bow Street.

Caroline no pudo ocultar del todo su decepción. Le habría gustado desayunar con él, aunque no entendía por qué le importaba tanto. Tal vez porque era su primera mañana como esposa. Después de todo lo ocurrido, la ausencia de Jake abría demasiado espacio a la duda. ¿Acaso se habría arrepentido ya?

Mrs. Barrow pareció advertirlo.

—Milady, el señor siempre tiene mucho trabajo y suele marcharse temprano, cuando Londres aún duerme. Demasiado temprano, si quiere mi opinión.

Caroline le agradeció la explicación con una sonrisa. Después se

sentó, y Nell le sirvió el desayuno sin necesidad de que nadie se lo pidiera: tostadas, mantequilla, té, huevos revueltos, salchichas, fruta fresca y mermelada de naranja. Caroline se quedó mirando la mesa un instante: era su desayuno preferido.

Nadie tuvo que explicarle que el ama de llaves se había molestado en averiguar sus gustos. Quizá lo había deducido de algún comentario o lo había preguntado a la servidumbre de Retliden House. De lo que estaba segura era de que Mrs. Barrow tenía esa rara habilidad de cuidar a las personas sin permitir que pareciera ternura. Comprendió que esa era la bienvenida más amable que había recibido en mucho tiempo. Miró el desayuno dispuesto con esmero, la mesa demasiado correcta, demasiado silenciosa para una sola persona.

—Mrs. Barrow...

—¿Milady?

—No quisiera cambiar las costumbres de la casa más de lo necesario.

El ama de llaves la miró con cautela.

—Ya le dije que las costumbres de una casa cambian cuando entra una esposa.

—Tal vez —admitió Caroline—. Pero no todas tienen que cambiar de inmediato. Si Jake desayuna en la cocina, me gustaría hacerlo allí también. Al menos cuando no haya invitados.

Caroline no advirtió ningún signo en el rostro que significara desaprobación; aun así, tenía el ceño arrugado.

—Milady, la cocina no es un lugar pensado para una dama.

—Entonces quizá sea hora de que esta dama se adapte a su nueva vida como esposa de Jake.

Nell la observó durante un largo segundo.

—El señor Nerby desayuna allí porque se levanta antes de que el

comedor esté dispuesto.

—Y porque le resulta cómodo —mencionó Caroline con suavidad—. No quiero que prepare dos casas dentro de una sola, Mrs. Barrow. Una para él y otra para mí.

El ama de llaves, con gestos decididos, tomó la tetera y la bandeja con una decisión seca.

—Entonces terminaremos el desayuno abajo, milady. Pero si se enfría el té, no aceptaré quejas.

Caroline se levantó con una sonrisa pequeña. No podía decirse que fuera una victoria. Sin embargo, con Mrs. Barrow sospechaba que las victorias serían siempre muy discretas. Pero por algo se comenzaba.

La oficina de Bow Street estaba fría esa mañana. El fuego de la chimenea ardía con desgana, era incapaz de eliminar del todo la humedad que prendía en los cristales. Sobre el escritorio de Jake se amontonaban varios legajos y cartas sin responder. A pesar de que la puerta permanecía cerrada, llegaban voces y pasos apresurados; y también, de tanto en tanto, se escuchaba el rodar de algún vehículo sobre los adoquines. Dentro, solo se oía el rasgueo de su pluma.

Jake llevaba varios minutos mirando el mismo informe sin leerlo, y no era propio de él. Había salido de casa antes de que el reloj del *hall* marcara las siete. Mrs. Barrow ya estaba despierta, por supuesto; esa mujer parecía dormir por obligación y se levantaba temprano por una cuestión de principios. Nell le había servido café, no té, porque él no tenía paciencia para las delicadezas antes de Bow Street. Lo tomó de pie, junto a la mesa de la cocina, oscuro, amargo y demasiado caliente. Entre sorbo y sorbo le había

preguntado si su esposa seguía durmiendo. Descansaba, le había dicho ella. Él debería haberse conformado con la respuesta. Pero en lugar de hacerlo, había subido las escaleras antes de marcharse.

La puerta de la alcoba de Caroline estaba entornada. No lo bastante para invitar a nadie a entrar, pero sí para que la luz gris de la mañana se filtrara desde el pasillo. Jake había permanecido un momento inmóvil, con la mano sobre el picaporte, diciéndose que no tenía ningún motivo para mirar. Sin embargo, no se había podido resistir y abrió un poco más la batiente.

Caroline dormía de lado, hundida en el gran lecho. El sueño parecía haberla alcanzado de verdad, profundo y tranquilo, después de demasiados días en guardia. El cabello oscuro se le había soltado en parte sobre la almohada, y una mano descansaba cerca del rostro, con los dedos ligeramente curvados. Sin la compostura impecable, sin la sonrisa educada ni la rigidez que empleaba para sostenerse delante del mundo, parecía más joven, más inocente, más hermosa, de una forma que lo instaba a protegerla.

Jake entró sin hacer ruido. Las llamas de la chimenea se habían extinguido del todo. Se acercó a ella, y tuvo la necesidad de tocar su cabello y la línea de la mejilla vuelta hacia la almohada. Negó con la cabeza, y se limitó a tomar la manta y subirla con cuidado hasta cubrirle los hombros.

Caroline no se despertó, pero suspiró. Fue un sonido pequeño y reconfortante, y se arrulló en la manta. Hasta distinguió una ligera sonrisa en su boca, que le cerró algo dentro del pecho.

Él se dio la vuelta despacio. Abandonar esa habitación le requirió más disciplina que enfrentarse a un hombre armado. Entornó la puerta con la misma suavidad con que la había abierto y bajó a la calle sin mirar atrás.

Ahora estaba en Bow Street, con un informe delante y un papel

en blanco para escribir una carta, pero la imagen de Caroline dormida ocupaba su mente. Ella era su esposa y tal pensamiento lo golpeó con una fuerza incómoda, no porque se arrepintiera, de veras que no lo hacía, sino porque, por primera vez desde que había tomado esa decisión, comprendió que el matrimonio no iba a ser solo una solución práctica para salvar a una mujer desesperada. Caroline vivía en su casa, bajo su protección, y dormía al otro lado de la pared. Tan cerca, demasiado cerca...

La respiración de Jake se atascó, no sabía qué hacer con esa certeza que le aceleraba el pulso.

Entonces, la puerta se abrió.

—Señor.

Jake no levantó la vista de inmediato.

—Hola, Briggs.

Thomas Briggs entró con el sombrero en la mano y cerró tras de sí. Dio dos pasos antes de detenerse. Jake seguía sentado, la pluma inmóvil entre los dedos, la mirada fija en un punto del papel blanco.

El agente lo observó en silencio.

—Traigo lo que pidió sobre los comentarios en los salones — mencionó.

Jake parpadeó, como si regresara de algún lugar muy lejano.

—Déjelo ahí.

Thomas depositó la hoja sobre el escritorio, pero no se marchó.

Jake alzó los ojos.

—¿Algo más?

—No, señor.

La respuesta llegó demasiado rápido para ser cierta.

Jake apoyó la pluma en la escribanía.

—Entonces ¿por qué sigue ahí?

Briggs bajó la mirada un instante hacia el papel intacto en el que

Jake llevaba toda la mañana intentando escribir. Luego volvió a mirarlo.

—Pensaba que quizá quisiera saber que no se habla demasiado de ella.

—¿Y quién ha comentado algo de mi esposa?

—Los de siempre. Gente con demasiado tiempo, demasiada curiosidad y muy poca vergüenza. Pero nada peligroso todavía.

—Todavía —repitió Jake—. Siga escuchando y mantenga los ojos bien abiertos.

—Eso hago.

Jake aceptó eso con un leve movimiento de cabeza. Thomas podía ser muchas cosas, pero rara vez dejaba algo a medias.

Sin embargo, el agente se quedó allí de pie y el magistrado jefe entrecerró los ojos.

—Briggs.

—¿Sí, señor?

—Diga lo que tenga que decir.

Thomas se atusó el cabello rubio con una incomodidad que en otro hombre habría parecido torpeza. En él solo era prudencia.

—No es asunto mío.

—Entonces no lo diga.

—Sí, señor.

Hubo una pausa. Jake tomó un informe, leyó dos líneas y supo que Thomas seguía sin moverse.

—Por amor de Dios, Briggs.

El agente soltó el aire por la nariz.

—Solo iba a decir que parece cansado.

Jake lo miró sin expresión.

—Todos estamos cansados.

—No de esa manera.

Jake dejó el informe sobre la mesa con demasiada calma.

—Tenga cuidado.

El agente no retrocedió, tampoco sonrió.

—Siempre lo tengo.

—No lo suficiente, por lo visto.

—Tal vez no.

Jake sostuvo su mirada. Thomas tenía esa irritante honradez de los hombres que no buscaban herir, pero tampoco sabían fingir ignorancia cuando habían visto algo claro.

—La dama está bajo mi protección —dijo Jake—. Por eso me casé con ella.

—Lo sé.

—No saque otras conclusiones.

Thomas inclinó apenas la cabeza.

—No he dicho lo contrario.

Jake volvió a tomar la pluma.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No exactamente.

La pluma se detuvo otra vez. Thomas se aclaró la garganta, no temía hablar, de hecho era algo que nunca le había dado miedo. Sin embargo, en esa ocasión parecía que estaba escogiendo palabras con más cuidado del habitual.

—Usted protege a mucha gente, señor, lo ha hecho siempre. A veces porque la ley lo exige y a veces porque nadie más se molesta en hacerlo. Pero no suele quedarse mirando un papel en blanco media mañana por ninguno de ellos.

—Usted parece no querer entender.

Y se puso a leer el informe.

—De camino a Bow Street, me he cruzado con Mrs. Barrow cerca de Oxford Market —explicó Thomas—. Iba con una cesta en el brazo

y cara de preocupación. No he podido evitar preguntarle y me ha dicho que usted está cambiando y no sabe si es para su bien o no.

Esta vez Jake levantó la mirada de golpe. Thomas tuvo la inteligencia de no parecer satisfecho por haber acertado.

—Nell habla demasiado —incredó Jake.

—Mrs. Barrow nunca habla de más, y cuando una mujer que no habla dice una frase completa, uno debe escucharla.

Jake se reclinó en la silla.

—¿Le ha dicho algo más?

—Que tuviera cuidado con interrumpirlo esta mañana, porque usted venía con cara de haber dejado algo importante en casa.

Jake apretó la mandíbula. Thomas miró hacia la ventana, dándole una salida que Jake no pidió y quizá no merecía.

—No se preocupe, no voy a preguntarle nada sobre su esposa. Al menos hoy no.

—Sabia decisión.

—Pero sí le diré una cosa.

Jake entrecerró los ojos un instante.

—Me temo que va a hacerlo, aunque le ordene lo contrario.

—Cierto.

—Adelante, entonces. Acabemos con esto.

Thomas volvió a mirarlo.

—Tarde o temprano encontraremos al malnacido que engañó a su esposa. Usted siempre ha cumplido la ley, señor. La pregunta es si la cumplirá también entonces... o si decidirá cobrársela por su cuenta.

Jake no se movió.

—No lo sé.

Thomas guardó silencio. Jake odiaba ese mutismo, pero odiaba, sobre todo, que no necesitara palabras para dar una respuesta.

Al final, Thomas dijo:

—Entonces empiece a pensarlo.

Jake no replicó. Caroline era su esposa, llevaba su apellido y estaba embarazada. Protegerla no era sentimental, era lógico, práctico y necesario. Porque había un hombre en alguna parte de Londres que podía causarle daño. Y cuando diera con él se aseguraría de que no la lastimara nunca más.

Entonces recordó a Caroline esa mañana. El suspiro leve, y su sonrisa al sentir la calidez de la manta sobre sus hombros. Esa confianza absoluta de una mujer dormida en una casa que apenas conocía.

Thomas recogió el sombrero, llegó hasta la puerta, pero se detuvo antes de abrirla.

—Señor.

—Qué.

—Si la dama le importa, no hay crimen en ello.

Jake clavó sus ojos en los de Thomas, este sostuvo su mirada con esa calma suya, sencilla y obstinada.

—Solo complica las cosas —añadió el agente.

Jake bajó los ojos hacia el informe.

—Vuelva al trabajo, Briggs.

—Sí, señor.

La puerta se cerró. Jake permaneció inmóvil unos segundos, aún su mente estaba en la alcoba de su esposa. Después se obligó a trabajar.

Capítulo 6

Jake regresó a casa cuando la tarde ya había empezado a oscurecerse. Había una niebla fría pegada a los adoquines, de esa que no caía del cielo ni terminaba de levantarse del suelo. El cuello del abrigo le rozaba la mandíbula, y los guantes apenas habían logrado impedir que el frío se le instalara en los dedos.

Había pasado demasiadas horas en Bow Street, demasiadas escuchando declaraciones, revisando informes y obligándose a no pensar en una casa de Montagu Square donde, por primera vez en años, alguien lo aguardaba. No esperaba, sin embargo, encontrarla en la biblioteca.

La estancia estaba iluminada por el fuego de la chimenea y varias velas encendidas sobre la mesa auxiliar. Caroline se hallaba sentada junto al hogar, con un vestido sencillo de tarde, el cabello oscuro recogido sin demasiada ceremonia y una manta ligera sobre el regazo. Frente a ella, sobre una bandeja de plata, descansaban una tetera, dos tazas y un plato con galletas de mantequilla.

Jake se detuvo en el umbral y Caroline levantó la vista del libro que sostenía abierto entre las manos.

—Has llegado —dijo.

No era una pregunta, tampoco una bienvenida especialmente

elaborada. Aun así, algo en el pecho de Jake reaccionó con una incomodidad que prefirió atribuir al frío.

—Eso parece.

Ella dobló la esquina de la página para no perder el lugar y cerró el libro.

—Mrs. Barrow me ha comentado que sueles volver helado cuando pasas muchas horas fuera. Pensé que quizá necesitarías entrar en calor.

Jake miró la bandeja: té caliente y galletas. Y otra butaca vacía frente al fuego. Durante un instante no supo qué hacer. En su vida había habido comida preparada, café servido antes del amanecer, informes ordenados por urgencia y un hogar mantenido con impecable eficacia por Mrs. Barrow.

Pero eso era distinto. No era una obligación doméstica ni una costumbre heredada de la casa. Era Caroline, pensando en él durante la tarde, que había decidido que un hombre que regresaba del frío podía necesitar algo tan sencillo como una taza de té.

—Ha sido considerado por tu parte —manifestó él.

Caroline pareció satisfecha con la respuesta, aunque no sonrió del todo.

—Siéntate antes de que se enfríe.

Jake obedeció, más por sorpresa que por costumbre. Se quitó los guantes y los dejó junto a la bandeja. Después se sentó frente a ella, en el sillón que hasta entonces había sido suyo en una habitación que también había sido solo suya. Caroline le sirvió el té con movimientos tranquilos, sin la precisión afectada de los salones de Retliden House, pero con una gracia natural que evidenciaba su origen noble.

—No sé cómo lo tomas —admitió ella—. Así que no he añadido nada.

—Solo.

—Por supuesto.

Él arqueó apenas una ceja.

—¿Por supuesto?

Caroline empujó la taza hacia él.

—No te imaginaba tomando mucho azúcar.

Jake cogió la taza. Estaba caliente entre sus manos, lo bastante para devolverle sensibilidad a los dedos.

—¿Y eso qué significa?

—Que tienes aspecto de considerar el azúcar una debilidad.

Por primera vez en todo el día, Jake sintió una risa subirle al pecho. Pero no llegó a salir, apenas le rozó la boca.

—No tengo opiniones tan firmes sobre el azúcar.

—Me alegra saber que no todos tus juicios son severos.

—Solo los importantes.

Caroline bajó la mirada a su propia taza; sin embargo, él alcanzó a ver la sombra de una sonrisa.

Durante unos minutos bebieron en silencio. No fue un momento incómodo, todo lo contrario, y eso lo inquietó. Los silencios con otros solían llenarse de expectativa, de demandas no pronunciadas, de la necesidad de que dijera algo adecuado. Con Caroline, en cambio, el silencio parecía encontrar un sitio entre ambos y resultaba reconfortante.

El fuego crepitó en la chimenea. La niebla empañaba los cristales por fuera y volvía borrosas las luces de la calle. Sin embargo, la biblioteca olía a té, mantequilla caliente, papel viejo y humo, el aroma de un hogar.

Jake dejó la taza sobre el plato.

—He pasado por Bond Street esta mañana. —Caroline alzó la vista—. Antes de ir a Bow Street he abierto una cuenta a tu nombre

en la modista.

Ella se quedó muy quieta.

—¿En mi modista?

—No sabía cuál era, así que lo pregunté.

Caroline sostuvo la taza entre las manos, pero no bebió.

—¿A quién?

—A alguien que lo sabía.

No añadió que había enviado a Thomas Briggs a averiguarlo con la misma discreción con la que habría averiguado el paradero de un sospechoso. Caroline pareció comprender que no obtendría más detalles y, para sorpresa de Jake, no insistió.

—Es una de las modistas a las que acuden muchas damas de mi círculo —dijo ella despacio—. No esperaba...

Se interrumpió y Jake la observó por encima del borde de su taza.

—¿Qué no esperabas?

Caroline miró el fuego. La luz dorada le rozaba la mejilla y prendía reflejos cálidos en sus ojos coñac.

—Que te tomaras la molestia de saber cuál era.

—Necesitarás vestidos.

—Sí, pero podrías haberme enviado a cualquier sitio.

—Podría haberlo hecho, desde luego.

Él no dijo más, a decir verdad no hacía falta. Caroline bajó la mirada a la bandeja y a Jake le pareció ver que tragaba saliva antes de hablar.

—Gracias.

—No es un regalo.

—Lo sé.

—Es más práctico.

Esta vez ella sí sonrió, apenas.

—Empiezo a comprender que, contigo, eso puede significar muchas cosas.

Jake no supo si eso era un reproche o una ternura; sin embargo, decidió no averiguarlo.

—También he abierto una cuenta en el banco —añadió—. Tendrás acceso a ella mañana. Puedes disponer del dinero para lo que necesites: vestidos, cosas para la casa, el ajuar del bebé o cualquier otra cosa.

Caroline lo miró entonces, no había sorpresa en su mirada color avellana, había algo más silencioso, más profundo. Jake se obligó a mantener una expresión neutral.

—No tendrás que pedirme dinero cada vez que necesites algo.

La frase pareció alcanzar algún lugar delicado de ella. Sus dedos se cerraron un poco más alrededor de la taza.

—Esto es nuevo para mí. Mis padres controlaban todo.

Jake no dijo nada. Tuvieron que pasar unos segundos para que ella se atreviera a continuar.

—Incluso después de... —Se detuvo, como si no supiera qué nombre darle a todo lo ocurrido—. Incluso después de saber que estaba embarazada, mi madre habló de vestidos que disimularan, de médicos, de viajes al campo. Siempre eran ellos los que decidían, nunca hablaban de lo que yo podría necesitar.

La dureza se instaló en la mandíbula de Jake.

—Esta no es la casa de tus padres.

—No —repuso ella en voz baja—. Empiezo a darme cuenta. Y me gusta.

Hubo otro silencio. Jake encontró en la mirada de Caroline una gratitud que no quería recibir como si hubiese hecho algo extraordinario. Y no lo era, una esposa debía tener dinero, debía sentirse libre. Una persona que había decidido arrojarse al río

porque todos le habían quitado el control de su vida merecía, al menos, poder comprar una manta para su bebé sin pedir permiso.

—Caroline... —Ella lo miró, en sus ojos se acumulaban las lágrimas—. No tienes que agradecerme que te trate como a una mujer capaz de decidir.

La expresión de Caroline cambió muy poco, pero fue suficiente.

—Quizá no debería tener que agradecerlo —dijo—. Pero eso no significa que no lo valore.

Jake apartó la vista hacia el fuego. Era más fácil mirar las llamas que mirarla a ella, le provocaba un sentimiento al que le daba miedo ponerle nombre. Bebió otro sorbo de té, se había entibiado, pero le supo mejor de lo que esperaba. Cuando terminó, dejó la taza en la bandeja y se puso en pie.

—Tengo que trabajar un poco antes de la cena.

Caroline asintió de inmediato.

—Por supuesto. No quería entretenerte.

—No lo has hecho.

La respuesta salió demasiado rápida, Jake lo notó y Caroline también. Ella bajó la mirada al libro con una suavidad que evidenciaba su complacencia.

—Entonces te dejo.

Él dio un paso hacia el escritorio, después se detuvo. Caroline no se había levantado; seguía en la butaca, junto al fuego, con el libro abierto otra vez sobre el regazo.

—¿Vas a quedarte?

Ella alzó la vista.

—¿Te molesta?

La respuesta correcta habría sido sencilla. Esa era su biblioteca, su lugar de trabajo y su refugio silencioso desde hacía años. Nadie permanecía allí mientras él revisaba informes, y menos aún una

esposa recién llegada que podía alterar cada costumbre solo con respirar cerca del fuego. Pero por algún motivo no quería que se fuera.

—No —dijo.

Caroline acarició el borde de una página con el pulgar.

—No hablaré. Solo leeré un rato. La alcoba es agradable, pero aún me resulta... nueva.

Jake entendió lo que no dijo: demasiado nueva, demasiado silenciosa, demasiado solitaria.

—Puedes quedarte.

—Gracias.

Jake fue hasta el escritorio y encendió una vela más. Tomó un expediente, lo abrió y se obligó a leer la primera línea.

Durante un rato solo se oyó el crepitar de la chimenea, el roce ocasional de una página y el rasgueo de su pluma sobre el papel. Al principio, Jake fue consciente de cada movimiento de Caroline. Del leve susurro de su falda cuando cambiaba de postura, del tintineo de la taza al apoyarla de nuevo en el plato, de la forma en que el fuego le iluminaba el perfil cuando inclinaba la cabeza para leer.

Después, poco a poco, dejó de sentirse como una interrupción. Su presencia no llenaba de ruido la biblioteca y no invadía el espacio que durante años había pertenecido solo a sus papeles, a sus pensamientos y a los silencios que le resultaban más fáciles que cualquier conversación.

Jake firmó un documento, lo apartó y tomó otro. La pluma se deslizó sobre el papel con más firmeza. Caroline pasó otra página y él alzó la vista sin querer. Ella estaba absorta en la lectura, con la taza medio vacía junto al codo y una galleta olvidada en el plato. Parecía tranquila y relajada.

Fue entonces cuando Jake comprendió, con una inquietud

burbujeante en su interior, que le gustaba verla allí, le gustaba demasiado. Y no por gratitud ni por deber, ni siquiera por la extraña satisfacción de saber que estaba bajo su techo y lejos de quienes la habían lastimado y habían querido decidir su vida por ella. Pero sobre todo le gustaba verla allí porque la biblioteca, con Caroline leyendo frente al fuego, parecía menos una habitación ordenada y más un lugar al que merecía la pena regresar. Jake bajó la mirada al expediente antes de que su esposa pudiera sorprenderlo mirándola.

Sin embargo, la certeza de que la casa había cambiado ya se había instalado. Y lo peor de todo era que no quería devolverla a como era antes.

Las semanas fueron pasando mientras el otoño despojaba de hojas a los árboles. Caroline, poco a poco, se fue acostumbrando a su nueva vida.

El momento del día que más le gustaba era cuando Jake regresaba por la tarde, casi de noche, y ella lo esperaba en la biblioteca con té caliente y galletas de mantequilla. Había sido todo un descubrimiento comprender que a él también le agradaba compartir ese rato antes de la cena. No se lo había dicho, por supuesto; Jake no era un hombre dado a esa clase de confesiones. Pero Caroline lo había deducido por sus gestos: por la manera en que dejaba el abrigo en el respaldo de una silla en lugar de retirarse de inmediato a su escritorio, por el modo en que aceptaba la taza que ella le ofrecía y por esas miradas breves que le dedicaba cuando creía que no lo veía.

Esa mañana había amanecido lluviosa y más fría de lo habitual. Aun así, Caroline había decidido ir a la modista para encargarse

vestidos nuevos. Su vientre empezaba a crecer, y las prendas que había llevado hasta entonces ya no bastaban para disimular y tampoco resultaban cómodas. También pensaba encargar una cuna y comprar telas para confeccionar sábanas, mantillas y ropa para el bebé.

Ya se había levantado, y Hetty —a quien Nell había aceptado después de dos días exhaustivos de entrevistas, pruebas y observaciones silenciosas— la ayudaba a vestirse y peinarse. Su doncella no había contado los detalles de dichas pruebas, pero Caroline sospechaba que había salido de ellas con la impresión de haber sobrevivido a un tribunal más severo que cualquier salón aristocrático.

Hetty había escogido para ella un vestido de lana fina en un tono azul grisáceo, sencillo pero elegante, con el talle alto y la falda lo bastante suelta para no oprimirle el vientre. Sobre la cama aguardaban una capa oscura forrada en paño, unos guantes de cabritilla y un sombrero sobrio, adornado apenas con una cinta del mismo azul apagado del vestido.

—No aprietes demasiado —pidió Caroline cuando Hetty ajustó los últimos alfileres.

—No, milady.

Hetty obedeció de inmediato, aunque la miró a través del espejo con esa atención discreta que en ella rara vez era simple curiosidad. Caroline llevaba casi toda la mañana en silencio. Había respondido a las preguntas necesarias, había aprobado el vestido, el peinado y la capa, pero con una ausencia que no se parecía a cansancio.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó al fin la doncella.

Caroline levantó la vista hacia su reflejo. Tenía el cabello recogido en un moño bajo, más práctico que elaborado, con dos rizos suaves junto a las sienes. Sin embargo, sus ojos no tenían la

tranquilidad que intentaba sostener.

—Sí.

Hetty dejó el peine sobre la cómoda.

—Milady...

Caroline exhaló despacio. Esa sola palabra, dicha con la suavidad justa, contenía incredulidad.

—Estoy bien —repitió—. Solo me siento algo preocupada.

—¿Por el niño?

Caroline apoyó una mano sobre el vientre. El bebé llevaba varios días moviéndose con una energía que a veces la sobresaltaba. Dentro de ella ya existía una voluntad pequeña e impaciente.

—No exactamente. Este bebé parece decidido a recordarme que está ahí a cualquier hora.

Hetty sonrió.

—Eso es bueno, ¿no?

—Yo espero que sí.

Caroline bajó la mirada hacia sus dedos, extendidos sobre la curva de su vientre.

—Me despierta por la noche —confesó—. Se mueve con tanta fuerza que a veces tardo en volver a dormirme.

Hizo una pausa. La lluvia golpeaba los cristales mientras el ambiente estaba envuelto en un velo gris.

—Y cuando estoy despierta, oigo pasos abajo.

Hetty se quedó inmóvil.

—¿Pasos?

—En la biblioteca. Las primeras noches pensé que sería Mrs. Barrow, pero no, es Jake.

La doncella no dijo nada, pero su mirada cambió. Caroline tomó los guantes de la cama y los sostuvo sin ponérselos.

—Anoche abrí la puerta, solo un poco. La luz venía desde abajo,

por el hueco de la escalera. Y lo oí caminar, y después hubo silencio. Luego el ruido de una silla y más tarde, pasos otra vez.

—Quizá trabajaba.

—Eso intento decirme.

—El señor Nerby trabaja mucho, según Mrs. Barrow.

—Sí, pero no sé si es solo eso.

Caroline volvió a mirarse en el espejo. La mujer que le devolvió la mirada era la esposa de Jake Nerby. Una dama vestida para ir a la modista, con una cuenta abierta a su nombre y una casa que empezaba a tratarla con una delicadeza que aún no sabía cómo aceptar. Sin embargo, había duda en su interior y su mirada lo reflejaba.

—Tal vez no duerme bien por mi culpa.

Hetty frunció el ceño.

—Milady, no diga eso.

—No lo digo por compadecerme de mí misma. Es solo que su vida era tranquila y ordenada antes de mi llegada. Y ahora tiene una esposa que no eligió por las razones correctas, un hijo que no es suyo, rumores que vigilar, una familia política que desprecia, y seguramente más trabajo del que admite.

Hetty quiso calmarla.

—Él quiso casarse con usted.

—Lo sé.

—Entonces no debería cargar usted con la culpa de haber aceptado una ayuda que él mismo ofreció.

Caroline miró a Hetty con sorpresa. La doncella se sonrojó un poco, pues acababa de recordar que no le correspondía hablar con tanta firmeza.

—Perdone, milady.

—No, no te disculpes, por favor. Tu lucidez siempre me ha

ayudado.

Hetty bajó la vista y alisó una arruga inexistente en la manga del vestido.

—Solo digo que el señor Nerby no parece un hombre que haga nada por obligación si no cree que debe hacerlo.

Caroline pensó en Jake sentado frente a sus padres, con la mandíbula firme, defendiendo lo que había decidido proteger. Pensó en la cuenta de la modista, en el dinero en el banco, en la manera en que le dejaba espacio sin desaparecer del todo.

Y pensó también en los pasos de la biblioteca en mitad de la noche.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —murmuró—. Que crea que debe sostenerlo todo solo.

Hetty se acercó con la capa y se la colocó sobre los hombros.

—Quizá debería preguntárselo.

Caroline soltó una risa breve, sin alegría.

—¿A Jake? Si le pregunto si algo le preocupa, me dirá que no.

—Entonces pregúntele otra cosa.

—¿Qué cosa?

Hetty ajustó el cierre de la capa con mucho cuidado.

—Pregúntele si quiere té cuando lo oiga en la biblioteca. Un té caliente junto a buena compañía hace milagros, y una cosa llevará a la otra. Terminará contándole qué le sucede.

Caroline la miró en el espejo. Hetty bajó la cabeza, pero no lo bastante rápido para ocultar una sonrisa pícara.

—Milady, a veces un hombre necesita un empujón.

Caroline permaneció unos segundos en silencio. Luego, muy despacio, se puso los guantes.

—Esa es una observación muy inteligente.

—Mrs. Barrow dice que en una casa se aprende más escuchando

que hablando.

—Mrs. Barrow es demasiado perspicaz.

—Estoy de acuerdo, milady.

Esta vez la señora Nerby sí sonrió. Y mientras Hetty terminaba de arreglarle la cinta del sombrero, Caroline decidió que esa noche, si volvía a oír pasos en la biblioteca, no se quedaría en la cama preguntándose si Jake estaba desbordado, cansado o arrepentido. Bajaría, no para exigirle respuestas, solo para ofrecerle té.

Hetty estaba terminando de abrochar la cinta de la capa que descansaban sobre los hombros de Caroline cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió, y Mrs. Barrow cruzó el umbral. A su lado había una muchacha joven, menuda, de cabello rubio oscuro recogido bajo una cofia algo torcida. Llevaba un vestido sencillo de lana oscura, un delantal limpio y unas manos que no sabían muy bien dónde colocarse. Al ver a Caroline, abrió mucho los ojos, hizo una reverencia demasiado rápida y casi perdió el equilibrio. Nell no la miró, pero su boca se apretó.

—Milady —dijo el ama de llaves—, esta es Bess Miller. La muchacha que he escogido para ayudar en la casa.

Bess tragó saliva.

—Milady —dijo con una voz tan llena de nervios que la palabra casi se le rompió por la mitad—. Es un honor, milady. Haré todo cuanto pueda, milady. Y no estorbaré. Bueno, intentaré no estorbar. Mrs. Barrow dice que estorbar es una costumbre que se cura con atención y rapidez.

Hetty bajó la mirada, pero Caroline alcanzó a ver que ocultaba una sonrisa. Nell carraspeó y Bess cerró la boca de golpe.

La mirada de Caroline mostró una calidez que no ocultó. La

muchacha parecía tan decidida a hacerlo bien que resultaba imposible no querer tranquilizarla.

—Encantada de conocerte, Bess.

Los ojos grises de la joven se abrieron un poco más. No esperaba que una lady le hablara con tanta amabilidad y sus facciones mostraron sorpresa.

—Gracias, milady.

—Mrs. Barrow confía en ti —añadió Caroline—. Eso ya dice mucho.

Bess miró al ama de llaves con una mezcla de orgullo y pánico.

—No exactamente confiar, milady —corrigió Nell con sequedad—. Digamos que su deber es mostrarnos que es capaz y que no es un desastre.

La muchacha enderezó la espalda.

—No lo soy, milady. Un desastre, digo. Aprendo deprisa.

Esta vez Caroline no pudo evitar sonreír.

—Entonces esta casa tendrá suerte de contar contigo.

Bess se sonrojó hasta la raíz del cabello. Por su parte, Nell observó a Caroline durante un instante. No dijo nada, pero en sus ojos castaños hubo algo parecido a la aprobación.

—Empezaré esta tarde —informó—. Primero en la cocina. Después veremos si puede subir escaleras con una bandeja sin poner en peligro la vajilla del señor Nerby.

—Puedo, Mrs. Barrow. —Se apresuró Bess—. Casi siempre.

Hetty tosió para disimular una risa. Caroline se llevó una mano al pecho y la preocupación por Jake aflojó un poco. Era consciente de que la casa estaba cambiando. No sin torpezas, dudas o bandejas en peligro. Pero estaba cambiando. Y le agradaban esos cambios. Mucho.

Capítulo 7

Jake no dormía. Llevaba más de una hora tendido boca arriba, con un brazo bajo la nuca y la mirada fija en la oscuridad del dosel. La casa permanecía en silencio, envuelta en esa quietud profunda que traía consigo la noche. De vez en cuando llegaba desde la calle el rumor lejano de unas ruedas sobre los adoquines y el silbido del viento entre las rendijas de las ventanas. Sin embargo, en el interior todo estaba inmóvil, todo salvo él, porque no podía dejar de pensar que al otro lado de la pared dormía Caroline.

Jake giró la cabeza hacia la puerta interior que comunicaba ambas alcobas. Permanecía cerrada, tal como él mismo había decidido que estaría. Caroline había pedido habitaciones separadas, y él no era la clase de hombre que confundía un matrimonio de conveniencia con un derecho a reclamar lo que no se le ofrecía.

Aun así, esa puerta lo irritaba, no porque quisiera abrirla, era mucho más que eso. Saber que le bastaban unos pasos para llegar hasta ella era una tortura. Con toda seguridad estaría dormida, quizá de lado, con el cabello oscuro suelto sobre la almohada y una mano descansando cerca del rostro. Y a él le encantaría contemplarla dormir. Nunca nadie antes lo había esperado en la biblioteca con té caliente y galletas de mantequilla. Y eso lo hacía sentirse especial, y

no sabía hasta qué punto merecía tal consideración. Ella empezaba a importarle de una manera demasiado profunda, y era un error.

Jake cerró los ojos. La imagen de Caroline apareció con más claridad en su mente: sentada frente al fuego, con un libro en el regazo, la luz de las llamas prendida en sus ojos coñac y una serenidad que le provocaba anhelo. Ya no era solo la mujer desesperada que había arrancado del río ni una dama a la que había decidido proteger de un escándalo, de su familia y de un hombre cobarde que la había abandonado con un hijo en el vientre. Era Caroline, su esposa, una mujer que merecía todo.

Jake abrió los ojos de golpe y soltó el aire por la nariz. Ya había cometido una vez el error de querer a una mujer. La había amado con una fe estúpida, limpia, casi arrogante, convencido de que si se lo daba todo y tenía paciencia, la lealtad acabaría pesando más que cualquier otra cosa.

No obstante, ella amaba a otro. Se lo había dicho con lágrimas en los ojos, con delicadeza a fin de no lastimarlo. Jake recordaba la sensación amarga con una precisión dolorosa, al comprender que había llegado tarde a un lugar donde nunca lo habían esperado. La rabia no acudió al principio, pero después de que un vacío frío se instalara en su ser, solo le quedó la furia reprimida. La había guardado todos esos años como un escudo para no volver a cometer el mismo error.

Sabía que no podía pedirle amor a Caroline. Ni deseo. Ni siquiera esa confianza suave con la que ella empezaba a mirarlo a veces, porque una parte de él, la más insensata, empezaba a quererla demasiado. Debía tener en cuenta que el corazón de su esposa había sido destrozado por un hombre que había amado. Con toda seguridad ella jamás podría confiar en nadie hasta el punto de amarlo.

Sin embargo, se conformaba con darle protección, apellido, casa, dinero y seguridad. También se aseguraría de que nadie volviera a decidir por ella y velaría por el niño cuando naciera. Y eso debería ser suficiente para los dos, sobre todo para él.

Jake maldijo entre dientes y se incorporó. El suelo estaba frío bajo sus pies. Se puso los pantalones y una camisa limpia sin encender la vela. Después tomó la bata de lana del respaldo de una silla y se la anudó a la cintura con movimientos bruscos. Necesitaba salir de allí. Necesitaba aire, aunque fuera el encerrado de otra habitación. Pero sobre todo necesitaba poner distancia entre su cama y esa pared que era una frontera inexpugnable.

Bajó las escaleras sin hacer ruido. La biblioteca lo recibió en penumbra. Las brasas de la chimenea aún conservaban un resplandor rojizo, apenas suficiente para dibujar los contornos del escritorio, los lomos oscuros de los libros y el sillón donde Caroline solía sentarse por las tardes. Jake se detuvo al verlo. Ahora, sin ella, esa estancia la sentía vacía. La idea le disgustó tanto que cruzó el cuarto con paso decidido, avivó el fuego con el atizador y encendió una vela.

Pensó en su trabajo. La ley tenía reglas. Los casos tenían hechos. Los culpables siempre dejaban rastros. Los testigos mentían de formas que solo hombres como él, con años de experiencia a sus espaldas, eran capaces de detectar. Todo, incluso la miseria humana, solía presentar algún tipo de patrón, de estructura, de método que uno advertía si le prestaba la atención suficiente. Pero lo que Caroline le provocaba no tenía orden alguno. Le provocaba un caos interno que no sabía cómo sobrellevar, y se sentía incapaz de analizarlo para buscar la solución.

No quiso darle más vueltas, necesitaba ocupar la mente, por lo que se sentó y tomó un informe del escritorio. Sin embargo, no pasó

de la primera línea y Jake lo dejó de inmediato sobre la mesa; desesperado, se frotó el rostro con ambas manos. Fue entonces cuando oyó un crujido en el pasillo y se quedó inmóvil. Otro sonido, este más leve, como el roce de una falda, y después el chirrido de la puerta al abrirse.

Jake alzó la vista. Caroline estaba en el umbral, envuelta en una bata clara sobre el camisón, con el cabello oscuro trenzado de manera sencilla y una mano apoyada en el marco. La luz de la vela le iluminaba apenas el rostro. Parecía pálida, quizá estaba cansada.

—Perdona —dijo ella en voz baja—. Vi luz bajo la puerta.

Jake se puso en pie de inmediato, preocupado por su estado de salud.

—¿Te encuentras mal?

Caroline negó con la cabeza.

—No, el bebé se mueve mucho, eso es todo. Y me ha despertado.

Jake bajó la mirada hacia su vientre antes de poder evitarlo. La bata caía suelta, pero la curva era ya visible, imposible de ignorar. Algo se le apretó en el pecho.

—¿Te duele?

—No, solo es... insistente.

Él no supo qué responder a eso. Caroline dio un par de pasos dentro de la biblioteca y miró el informe abierto sobre el escritorio.

—¿Trabajas?

—Intento trabajar.

—¿A estas horas?

—No podía dormir.

Ella lo observó con una atención que a Jake le resultó imposible sostenerle la mirada, bajó los ojos a los informes.

—Me lo imaginaba —mencionó ella.

Él alzó la cabeza, la estudió mientras arqueaba una ceja.

—¿Te lo imaginabas?

Caroline apartó la mirada un instante, se arrepentía de haberlo dicho.

—Te oigo todas las noches... perdona, no quiero entrometerme.

Jake apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—No te entrometes.

Ella pareció no creerlo del todo. El silencio que siguió fue íntimo. Caroline giró la cabeza hacia la chimenea, donde el fuego empezaba a crecer otra vez. Entonces, se acordó de la recomendación de Hetty.

—Voy a prepararte un té.

—No hace falta.

—Ya lo sé, pero me gusta cuidarte.

Él se quedó quieto sin saber muy bien qué decir. Caroline lo miró con intensidad, entonces pareció reunir valor antes de continuar.

—Porque tú lo haces por mí. No el té, pero sí otras cosas: cuentas, vestidos, dinero para el bebé, espacio, silencio cuando lo necesito, una casa donde nadie entra en mi alcoba sin permiso. — Sus dedos se cerraron apenas sobre el borde de la bata—. No sé hacer demasiado por ti, Jake, pero puedo preparar té.

Esa certeza lo golpeó con una violencia absurda. Porque no era una declaración, tampoco lo estaba seduciendo. Ni siquiera formaba parte de la intimidad entre un marido y una esposa que aún no sabían cómo serlo. Pero Jake no estaba preparado para que Caroline lo cuidara. O eso creía él.

—Deberías estar en la cama —se limitó a decir.

Ella bajó un poco la barbilla.

—Probablemente.

—Hace frío.

—Por eso el té parece una buena idea.

Jake la miró durante varios segundos. Había una parte de él que debía enviarla de vuelta a su alcoba, por prudencia y por decencia. Pero sobre todo por esa distancia que ambos habían pactado y que él empezaba a descubrir que era demasiado frágil.

En lugar de hacerlo, apartó la silla del escritorio.

—No voy a dejar que bajes a la cocina a estas horas.

Caroline abrió un poco los ojos.

—No pensaba bajar sola.

—Claro que no.

Ella casi sonrió. Jake tomó la palmatoria y salió al pasillo. Caroline lo siguió con pasos suaves, guardando una distancia prudente que a él le resultó insoportable y necesaria a la vez. Bajaron a la cocina en silencio. La casa estaba oscura, y cada crujido de la madera parecía más alto de lo habitual.

En el semisótano, el calor de las brasas conservadas bajo la ceniza hacía la estancia menos fría que el resto de la casa. Jake encendió una lámpara pequeña mientras Caroline se detenía junto a la mesa de madera, miró alrededor con una curiosidad tranquila.

—No deberías estar aquí —dijo él.

—Eso mismo me dijo Mrs. Barrow la primera vez que quise desayunar aquí después de casarnos.

—Y tenía razón.

—Tal vez, pero terminó sirviéndome té aquí mismo.

Jake soltó un sonido bajo que quizá habría sido una risa en otro hombre.

—Nell se está ablandando.

—No se lo digas, podría sentirse ofendida.

Él llenó la tetera con agua y la colocó sobre los aros de hierro de la cocina. Caroline lo observó en silencio.

—¿Sabes preparar té? —preguntó ella.

—Sí. He sobrevivido muchos años sin una esposa que me lo preparara.

La frase fue pronunciada con rabia y cayó entre ambos antes de que Jake pudiera retirarla. Caroline bajó la vista hacia sus manos.

—Lo sé...

Jake se volvió hacia ella.

—No quería decirlo así.

—No te preocupes, no me ha ofendido.

Pero algo en su voz había cambiado, un matiz pesaroso que fue suficiente para que él lo percibiera. Apretó la mandíbula.

—Caroline...

Ella levantó la mirada.

Durante un momento, la cocina pareció demasiado pequeña. La luz de la lámpara le suavizaba el rostro y volvía más oscura la trenza sobre sus hombros. Estaba descalza bajo el borde del camión, o quizá llevaba unas zapatillas tan finas que apenas hacían ruido sobre las losas. Parecía fuera de lugar allí abajo, en la cocina tibia, entre cazos de cobre, olor a carbón y una tetera que empezaba a calentarse. Y, sin embargo, también parecía pertenecer a esa casa más de lo que Jake quería admitir.

—No estoy arrepentido —soltó él.

Caroline parpadeó.

—¿De qué?

—De haberte ofrecido matrimonio, de que estés aquí y del niño. No me arrepiento de nada y no quiero que pienses lo contrario.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Entonces por qué duermes mal? —preguntó en voz baja, sin exigirle, sin reprocharle.

Jake miró la tetera porque necesitaba apartar la vista de ella.

Sintió el impulso de mentir, explicarle que era el exceso de trabajo y su enorme responsabilidad en Bow Street. Cualquier cosa era mejor que la verdad. Pero Caroline estaba allí, en mitad de la noche, ya que había oído sus pasos y quería cuidarlo preparándole un té. Merecía más que una evasiva.

—Porque no sé qué hacer contigo —reconoció, atento a cada cambio de su rostro.

Ella respiró hondo, apenas. Arrugó el entrecejo y su semblante tomó un aire de asombro contenido.

—¿Conmigo?

Jake apoyó ambas manos en el borde de la mesa.

—Sé cómo protegerte. Sé cómo responder a los rumores. Sé cómo enfrentarme a tu padre, a tu madre o al hombre que te abandonó, cuando descubra quién es. Sé lo que puedo hacer con un enemigo, Caroline. Lo que no sé es qué hacer con una esposa que me espera cada tarde con té y galletas, se sienta en mi biblioteca y convierte el silencio en algo que no quiero evitar.

Los ojos color avellana de ella se abrieron un poco más. Jake continuó antes de perder el valor o la razón.

—Y por las noches estás al otro lado de la pared y yo no puedo dormir porque me duele tenerte lejos. No sé qué hacer con este sentimiento que empieza a brotar en mí, empiezas a parecerme... necesaria.

La última palabra salió más ronca que las demás. Caroline no habló. El agua empezó a murmurar sobre el fuego y Jake se enderezó. Estaba arrepentido de haber hablado demasiado.

—Olvida todo lo que te he dicho —mencionó en un tono derrotado.

—No quiero olvidarlo.

Él volteó el rostro y la observó. Caroline sostenía el borde de la

bata con una mano. La otra descansaba sobre su vientre en un gesto inconsciente de protección.

—Jake...

—No me debes nada —interrumpió él con brusquedad—. Necesito que eso quede claro.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. O quizá sí, pero necesito decirlo de todos modos. Este matrimonio no te obliga a darme nada que no quieras dar. Ni afecto, ni compañía, ni... —Se detuvo a tiempo—. Nada.

Un rubor suave subió al rostro de Caroline, pero no apartó la vista.

—Lo sé —repitió—. Precisamente por eso me importa.

Jake cerró los ojos un instante. Eso era peor que cualquier respuesta que hubiera imaginado. Cuando volvió a abrirlos, Caroline estaba apenas a un paso.

—Yo tampoco sé qué hacer contigo —confesó ella.

Jake se quedó quieto, no sabía muy bien cómo reaccionar, pues sus palabras lo habían cogido desprevenido.

—Durante semanas he intentado decirme que eras mi salvación, mi refugio. El hombre que me dio un apellido cuando nadie más me ofrecía algo que no fuera vergüenza. Pero ya no eres solo eso.

La cocina pareció quedarse sin aire. Caroline bajó la mirada, necesitaba expresar lo que sentía sin vergüenza, así que continuó:

—Cuando oigo tus pasos por la noche, pienso que quizá estás cansado. O preocupado. O que mi presencia te ha traído más problemas de los que calculaste. Y entonces quisiera poder hacer algo que no te hiciera sentir que también yo soy una carga.

—No eres una carga.

—A veces me cuesta creerlo.

—Entonces tendrás que acostumbrarte a oírlo —murmuró con

suavidad—. Porque pienso repetirlo muchas veces.

Ella alzó la vista y la tetera empezó a silbar, discreta al principio y luego con más insistencia. Jake se volvió para retirarla del fuego. Necesitaba hacer algo con las manos antes de cometer la estupidez de tocarla.

Preparó el té en silencio. Caroline sacó dos tazas del estante donde Nell las guardaba. Lo hizo con cierta cautela, ya que se sentía nerviosa y temía romper alguna.

Regresaron a la biblioteca, él llevaba la tetera del asa y ella las tazas agarradas cada una en una mano. Jake la dejó sobre la mesa baja y Caroline sirvió el té. Después se sentó en su butaca habitual, cerca del fuego. Él ocupó el sillón de enfrente.

Durante unos minutos bebieron sin hablar. La noche seguía al otro lado de los cristales, oscura, húmeda y fría, mientras dentro el fuego ardía con más vigorosidad. La luz dorada le rozaba a Caroline la línea del cuello, las manos alrededor de la taza, el vientre bajo la tela clara de la bata.

Jake apartó la mirada.

—Hubo una mujer —dijo él de pronto.

Caroline se quedó con la mirada fija en el líquido humeante de la taza.

Jake no sabía por qué había empezado. Tal vez por lealtad, pues ella había bajado las escaleras en mitad de la noche para no dejarlo solo con su insomnio. Ya por eso su esposa merecía toda la verdad, porque algunas verdades, cuando no se decían, acababan pudriéndose en algún lugar del cuerpo.

—Creí que me amaba o eso quise creer —añadió, Caroline no lo interrumpió—. Ella fue más honesta que yo y me confesó que amaba a otro hombre.

La taza de Caroline descendió despacio hasta su regazo.

—Lo siento.

Jake tenía los ojos fijos en el fuego.

—No fue una tragedia, de hecho nadie murió. Solo fui un idiota durante un tiempo.

—Que algo no destruya una vida no significa que no deje marca.

Él apretó la mandíbula al comprender que Caroline tenía razón.

—No quiero volver a ser ese hombre —expresó él—. El que espera algo de una mujer cuyo corazón está en otra parte.

Caroline palideció un poco.

—Mi corazón no está con Rupert.

El nombre cayó en la habitación como una pieza que por fin encontraba su sitio. Todo el cuerpo de Jake se tensó. Caroline pareció darse cuenta un segundo tarde de lo que había dicho. Sus dedos se tensaron alrededor de la taza.

—Rupert —repitió Jake mirándola.

Ella cerró los ojos un instante.

—Sí... —exhaló en un gran suspiro.

No añadió más. Ese nombre se le atascaba en la garganta. El dolor por la traición quiso salir por los ojos, pero logró contener las lágrimas.

Por su parte, Jake sintió que algo oscuro y frío se asentaba en su interior. Por fin tenía un nombre. «Rupert», repitió su mente. Había perseguido hombres durante años, pero nunca antes había sentido esa ansia feroz por dar caza a alguien.

Así que ese era el desalmado que había mentido, tomado lo que no merecía y abandonado a Caroline cuando más vulnerable estaba. Jake dejó la taza sobre la mesa con un cuidado extremo. Su musculatura seguía tensa, tanto que hasta dolía.

—¿Apellido?

Caroline lo miró, y él supo al instante que había cometido un

error. No por preguntar, era algo que tarde o temprano sabría, pero lo había hecho con la dureza que empleaba como magistrado. Eso provocó que su esposa se encogiera en la butaca, y él se reprendió en silencio.

—Jake... —susurró con un nudo en la garganta.

Él obligó a sus manos a permanecer quietas.

—Tranquila, no voy a hacer nada esta noche.

—Esa no es una promesa muy tranquilizadora.

No, no lo era. Pero era lo máximo que él le podía ofrecer en ese instante. Y ambos lo sabían.

Jake inclinó la cabeza.

—No quiero asustarte —repuso él.

—No me asustas tú.

—Deberías cuando sale mi faceta como magistrado.

Caroline dejó la taza a un lado y se puso en pie. Por instinto, Jake se levantó también.

—Él no tiene mi corazón —aclaró ella con voz baja pero firme—. Lo tuvo una mentira. Era una versión de mí que quería creer que era amada.

Jake no se permitió acercarse.

—Caroline...

—No te pido que no lo odies.

La honestidad de la frase lo dejó en silencio. Ella tragó saliva antes de continuar.

—Creo que una parte de mí también lo odia. Por lo que me hizo creer y por lo cerca que estuve de dejar de luchar por mi hijo cuando le pedí ayuda, me... me insultó, humilló y amenazó. Pero no quiero que él te convierta en alguien de quien después tengas que arrepentirte.

Jake sostuvo su mirada, apretó los puños a su costado. Deseaba

que entre esos dedos cerrados estuviera el cuello de Rupert.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí, lo sé.

—No. —Su voz salió más dura—. No lo sabes. Porque cuando encuentre a ese hombre, no voy a pensar en códigos, ni en procedimientos ni en la satisfacción de verlo responder ante un tribunal. Voy a pensar en ti sobre aquel pretil, en tu cara cuando dijiste que el río había parecido una solución. —Las aletas de su nariz se dilataron—. Pero sobre todo voy a pensar en todo lo que tuvo que romperte para llevarte hasta allí.

Los ojos de Caroline brillaron. Entonces Jake se obligó a callar, consciente de que había dicho demasiado otra vez. Sin embargo, Caroline no retrocedió, se acercó un paso, solo uno, y levantó la mano. Jake vio venir el gesto y aun así no pudo apartarse.

Los dedos de ella rozaron su manga. Apenas una presión leve sobre la tela.

—Entonces piensa también en esto —susurró—. Estoy aquí.

Jake bajó la mirada hacia aquella mano.

—Caroline...

—Estoy aquí —repitió—. No en el río, no en la casa de mis padres, no con él. Y no quiero que lo que él hizo sea más fuerte que lo que estamos intentando construir.

La palabra quedó entre ambos. «Construir»... Jake no sabía si tenía derecho, pero lo deseó con una intensidad que le cerró la garganta. Cubrió la mano de Caroline con la suya antes de poder pensarlo. Era pequeña bajo sus dedos, cálida, real.

Ella no se apartó y Jake soltó la mano de su esposa despacio.

—Deberías descansar.

Ella asintió, aunque no se movió de inmediato.

—Y tú también.

—Lo intentaré.

—¿Lo prometes?

—Sí, es lo máximo que puedo prometer esta noche.

Caroline lo observó con una tristeza suave, casi tierna. Parecía a punto de responder cuando, de pronto, dio un pequeño respingo y llevó una mano al vientre.

Jake se preocupó de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—No —dijo ella, aunque la sorpresa le había abierto mucho los ojos—. No, es solo...

Volvió a quedarse quieta. Luego bajó la mirada hacia su vientre con una expresión tan distinta que Jake sintió cómo su pulso crecía debido a la preocupación.

—El bebé —susurró Caroline—. Ha dado una patada.

—¿Duele mucho?

—No...

Jake tensó la espalda. De hecho, no sabía qué hacer. Había oído hablar de esas cosas, por supuesto. Las mujeres hablaban de movimientos, de patadas, de esa vida que empezaba a hacerse notar antes de llegar al mundo. Pero una cosa era saberlo y otra muy distinta ver la emoción contenida en el rostro de Caroline; la mano protectora sobre la curva de su vientre; la sorpresa limpia de una madre que acaba de recibir una señal desde dentro de sí misma.

—¿Estás bien? —preguntó él más bajo.

Caroline asintió.

—Creo que sí.

Entonces lo miró. Durante un instante, Jake pensó que iba a decir algo; en lugar de hacerlo, Caroline tomó su mano.

Él se quedó inmóvil. La mano de ella era cálida, suave; y la suya

parecía demasiado grande, demasiado áspera, demasiado hecha para cosas que no tenían nada que ver con esa intimidad. Caroline no pareció pensarlo, solo guio sus dedos hasta su vientre y los dejó allí, sobre la tela clara de la bata.

Jake dejó de respirar. Al principio no sintió nada, solo percibía el calor de Caroline bajo la palma, la curva firme y viva de su cuerpo. La cercanía indecente de una confianza que no sabía si merecía. Luego, de pronto, hubo un movimiento, leve, rápido, inconfundible. Jake levantó la mirada hacia ella, Caroline tenía los ojos llenos de lágrimas. El bebé volvió a moverse bajo su mano y algo se quebró en silencio dentro de Jake.

Fue una emoción tan honda y tan inesperada que solo la fuerza de voluntad impidió que se le llenaran los ojos. Durante un momento no vio a Rupert. No vio el escándalo, ni la mentira, ni el río ni la amenaza de un hombre al que había prometido encontrar para hacerle pagar el dolor que había provocado.

Solo vio a Caroline, al bebé pequeño y vivo bajo su mano.

—Nuestro hijo... —susurró.

Las palabras salieron de un corazón que estaba creciendo en su pecho en segundos.

Caroline cerró los ojos. Una lágrima le resbaló por la mejilla, pero cuando volvió a mirarlo, había en su expresión una emoción tan desnuda que Jake no supo cómo defenderse de ella. Su esposa asintió:

—Sí, nuestro hijo.

Jake bajó la mirada hacia su mano, todavía apoyada en el vientre de Caroline. Debió retirarla, decir algo práctico, algo sensato, cualquier cosa que pusiera distancia entre ellos, pero no pudo. Y Caroline tampoco se apartó.

La siguiente lágrima cayó en silencio, y Jake hizo lo único que no

había planeado hacer esa noche. La atrajo hacia él con cuidado, como si temiera romper algo demasiado valioso, y Caroline aceptó sus brazos sin resistencia. No fue un abrazo de deseo, fue algo más íntimo. Caroline apoyó la frente contra su pecho, y Jake la rodeó despacio, una mano en su espalda y la otra aún cerca de su vientre, como si no pudiera decidir a cuál de los dos necesitaba proteger primero.

Ella tembló una vez.

—Perdona —murmuró.

—No.

La palabra salió áspera. Jake bajó un poco la cabeza, sin besarla, solo quedándose allí, con la mejilla cerca de su cabello.

—No te disculpes por esto.

Caroline respiró hondo contra él. Durante varios segundos no hubo nada más: ni Rupert, ni Bow Street, ni salones ni promesas imposibles. Solo el fuego, la casa dormida y el cuerpo de él contra el suyo mientras el niño que llevaba dentro acababa de reclamar, sin saberlo, un lugar entre los dos.

Cuando por fin se separaron, lo hicieron despacio. Jake dejó caer las manos a los costados, pero algo ya había cambiado. Lo vio en los ojos de Caroline, lo sintió también en sí mismo, en esa calma extraña que lo invadió al comprender que no podía volver a pensar en ella ni en el bebé como una responsabilidad asumida por honor. Eran mucho más que eso. Lo había sido desde el principio, aunque no se hubiera dado cuenta entonces.

Subieron juntos las escaleras, sin tocarse. En el descansillo, frente a las puertas de sus alcobas, la distancia volvió a colocarse entre ellos.

Caroline se detuvo con la mano en el picaporte.

—Jake. —Él la miró—. Buenas noches.

Esa despedida sencilla sonó distinta en la penumbra, como una promesa pequeña, como el principio de algo grande.

—Buenas noches, Caroline.

Ella entró en su habitación y cerró la puerta. Jake permaneció un momento en el pasillo, escuchando el silencio al otro lado. Luego entró en su propia alcoba.

No durmió enseguida. Pero cuando volvió a tumbarse, la pared ya no le pareció solo una condena. Se había convertido en una espera.

Y por primera vez en muchas noches, Jake cerró los ojos y no volvió a bajar de nuevo a la biblioteca.

Capítulo 8

Bow Street estaba más ruidosa de lo habitual esa mañana. Al otro lado de la puerta del despacho se oían voces, botas sobre el suelo, el arrastre de una silla y el golpe seco de algún legajo al cerrarse. Londres había despertado con demasiadas denuncias, demasiadas excusas y demasiados hombres convencidos de que su versión de los hechos merecía prioridad sobre la de todos los demás.

Jake, sin embargo, apenas escuchaba nada. Estaba de pie junto a la ventana, con las manos enlazadas a la espalda y la mirada fija en la calle húmeda. Había dormido poco, aunque más de lo que esperaba después de lo que había sucedido durante la noche. La imagen de Caroline volvía a él con insistencia: sus ojos llenos de lágrimas, su mano guiando la de él hasta el vientre, el movimiento breve y vivo bajo la palma.

«Nuestro hijo».

Las palabras se le habían escapado sin permiso. Y lo peor era que no se arrepentía.

Una llamada en la puerta lo obligó a volver al presente.

—Adelante.

Thomas Briggs entró y, como siempre, con el sombrero en la mano. Cerró tras de sí, no habló de inmediato y eso bastó para que

Jake apartara la vista de la ventana.

El agente era un hombre de gestos medidos. No dramatizaba, no adornaba las malas noticias ni perdía tiempo anunciando que las traía. Pero esa mañana había algo distinto en su cara: una tensión en la boca, una gravedad contenida en los ojos; además, apretaba el sombrero entre sus manos.

Jake lo vio antes de que Thomas hubiera dado tres pasos hacia él.

—¿Qué ocurre?

El agente dejó el sombrero sobre la silla más cercana.

—Hice lo que me pidió.

Jake no se movió.

—Especifique.

—Ayer, cuando su esposa y la doncella salieron de compras, las seguí a distancia.

Jake había dado esa orden por prudencia, no había ningún otro motivo. Caroline iba a ir a la modista, a encargarse de prendas nuevas, quizá a comprar telas para el bebé. Era una salida sencilla, doméstica, sin importancia aparente. Sin embargo, desde que los comentarios habían empezado a moverse por los salones sobre el embarazo tan rápido, Jake temía que Rupert molestara a su esposa.

—¿Hubo algún incidente?

Thomas tardó medio segundo en responder, demasiado para un hombre como él, pensó Jake.

—No exactamente, de hecho estuvieron toda la mañana de compras y se las veía felices.

Las manos de Jake se cerraron a sus costados.

—Briggs, vaya al grano.

—Un caballero las siguió también.

El despacho pareció quedarse sin aire. Jake no dijo nada. No

porque no tuviera preguntas, sino porque había demasiadas y todas querían salir al mismo tiempo.

Thomas continuó:

—Mantuvo la distancia suficiente para no parecer evidente ante cualquiera que no estuviera pendiente, pero no tanta como para perderlas de vista. Las siguió desde la modista, después también cuando entraron en una tienda de telas. No se acercó en ningún momento a ellas y tampoco intentó hacerse notar, procedía con cautela para que no lo vieran.

—¿Aun así lo vieron?

—No creo. Su esposa iba demasiado ocupada con los encargos y hablando con Hetty. La doncella sí miró una vez hacia atrás, pero no pareció advertir nada.

Jake sintió una presión fría detrás de las costillas, era su corazón que latía demasiado deprisa. Caroline, su esposa embarazada, había salido de su casa con Hetty a su lado, confiando de que podían moverse sin miedo. No obstante, un hombre las había seguido.

—¿Quién era?

Thomas sostuvo su mirada.

—Lo averigüé después, cuando dejó de seguir las y se fue al Ferrell's.

La calma de Thomas irritó a Jake.

—No he preguntado si lo averiguó. —Su tono se había espesado—. He preguntado quién era, diga el nombre.

—Rupert Clayne —respondió Thomas—. El conde de Clayne.

El nombre cayó entre ellos con una violencia silenciosa. Rupert... El nombre que Caroline había pronunciado la noche anterior en la biblioteca, casi sin querer, con la taza entre las manos y el rostro demasiado pálido. El nombre que no había querido completar con un apellido porque temía lo que él pudiera hacer con esa información.

Ahora ya lo sabía: Rupert Clayne, conde de Clayne, el hombre que la había engañado y que, de un modo u otro, la había empujado hasta el río.

Jake había visto a Rupert Clayne antes. Era apuesto, de cabello castaño claro que lo llevaba siempre bien peinado; ojos azules de expresión serena; boca bien dibujada, siempre a medio camino entre la sonrisa y la promesa. Vestía con una elegancia impecable, sin una arruga fuera de sitio, sin un gesto que pareciera espontáneo. Incluso su manera de inclinar la cabeza parecía ensayada. Estaba soltero y era considerado un buen partido. Se lo veía en salones, palcos de teatro y cenas donde las madres de las debutantes disputaban entre ellas para que sus hijas recibieran su atención.

Jake apretó los labios y esa fue la primera señal de peligro. Thomas lo sabía, lo observó con cautela.

—Señor...

Jake escuchó la palabra desde muy lejos. Durante un segundo no vio el despacho. No vio los legajos, ni la mesa ni la ventana empañada por la humedad de la niebla del exterior. Su mente estaba en el Támesis oscuro, en el pretil, en Caroline con el vestido demasiado fino para esa noche, con el cabello suelto azotado por el viento y la mirada vacía de alguien que había decidido que el agua era menos cruel que seguir respirando.

Después se vio a sí mismo y a Rupert Clayne, sin guantes, sin sonrisa, sin título. Él le estaba atando las manos y lastrando los pies mientras temblaba de frío. Sus ojos azules brillaron de miedo en cuanto comprendió que sería tragado por la oscuridad del río. Era el destino que hubiera sufrido Caroline por su culpa, merecía ese final, se lo había ganado a pulso.

La imagen fue tan nítida que Jake sintió la mandíbula dolerle.

—¡No! —clamó Thomas.

Jake levantó la mirada.

—¿Perdón?

—Sea lo que sea lo que está imaginando, no es buena idea.

El silencio se volvió afilado.

—Tenga cuidado, Briggs.

—Lo tengo, por eso se lo digo.

Jake dio un paso hacia el escritorio, su voz salió baja.

—Ese hombre deshonró a Caroline, hubo consecuencias y la dejó sola, desesperada, hasta el punto de creer que el río era una solución. Si no hubiera estado allí, ella... ella...

No pudo continuar, miró en su escritorio el informe abierto, buscando una salida a sus emociones revueltas. Por una parte estaba la necesidad de protegerla a ella y a su hijo de la maldad del mundo. Por otra, las ganas de venganza contra Rupert luchaban en su interior con una ferocidad que le helaba la sangre.

Thomas se quedó de piedra, no conocía esa parte de la historia, algo en su rostro se endureció. Odió a ese conde tanto como Jake; aun así, no se dejó arrastrar e intentó que su jefe recapacitara.

—Si ahora actúa como un marido furioso y no como el hombre que ha sido durante todos estos años, Clayne habrá conseguido más de lo que merece.

Jake soltó una risa sin humor.

—¿Está aconsejándome paciencia?

—Estoy recordándole que usted no llegó donde está por pegar más fuerte que otros hombres. Llegó porque piensa antes que ellos. Porque ve la trampa antes de pisarla. Porque sabe cuándo un hombre quiere provocar una reacción.

Jake apoyó ambas manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Si ha seguido a mi esposa es porque quiere algo. ¿Y qué cree

que quiere Clayne?

—Él no parece un hombre enamorado ni arrepentido. Tal vez ¿dinero? ¿Silencio? ¿Comprobar si puede negarlo todo con la misma facilidad con la que la abandonó?

—Podría ser cualquiera de esas cosas.

Jake se apartó del escritorio y caminó hasta la chimenea. El fuego ardía con poca fuerza. Tomó el atizador y removi6 las brasas con más violencia de la necesaria. Varias chispas saltaron y murieron sobre la piedra. Dejó el hierro en su sitio con un golpe seco.

—Averigüe qué quiere —ordenó el magistrado.

—Eso pensaba hacer.

—Y averígüelo todo de él.

Thomas no respondió de inmediato. Jake alzó la vista.

—Todo, Briggs. Quiero saber dónde vive, con quién se reúne, qué deudas tiene, qué clubes frecuenta, qué criados hablan demasiado y qué enemigos están esperando verlo caer. Quiero saber si ha preguntado por Caroline y por qué decidió seguirla ayer.

Thomas asintió despacio.

—Ya he empezado.

—Bien. Y quiero vigilancia.

—¿Sobre Clayne?

—Sobre él, sobre su casa, sobre sus movimientos y sobre cualquiera que envíe a acercarse a Montagu Square.

Thomas inclinó la cabeza.

—Lo organizaré.

—No debe saber que lo hemos visto.

—No lo sabrá.

—Si se siente acorralado, puede volverse imprudente.

—Lo sé.

Jake respiró con profundidad.

—No se acercará a mi esposa y a mi hijo nunca más. Si lo hace me encontrará de frente, y no habrá clemencia.

La frase salió antes de que Jake pudiera medirla. Pero el silencio que siguió fue distinto. Thomas no sonrió, no mostró sorpresa. Solo lo miró con una seriedad que, por una vez, no traía advertencia, sino comprensión.

—No se acercará a ninguno de los dos —sentenció.

—Y si Caroline se entera antes de que sepamos qué quiere...

Se detuvo y no terminó la frase. Imaginó la cara de Caroline al saber que Rupert Clayne había estado observándola mientras ella encargaba vestidos nuevos y telas para el bebé. No quería que el futuro que estaba reconstruyendo junto a él se convirtiera en miedo.

Thomas pareció comprenderlo.

—Por ahora no hay motivo para alarmarla.

Jake volvió hacia él la cabeza.

—No me mienta para tranquilizarme.

—No lo hago. Digo que no hay motivo para alarmarla todavía. Nosotros vigilaremos e investigaremos para anticiparnos.

Jake respiró despacio.

—Quiero un hombre en Montagu Square cuando yo no esté.

—Ya pensaba sugerirlo.

—Que sea discreto.

—Por supuesto.

—Nell no debe ponerse nerviosa, esa mujer lo ve todo.

Thomas arqueó apenas una ceja.

—De todos modos, Mrs. Barrow no parece una mujer propensa a ponerse nerviosa, señor.

Jake esbozó una tímida sonrisa, fue hasta la ventana y miró la calle. El vidrio estaba frío y moteado de humedad. Un carruaje pasó despacio junto a la acera, levantando agua sucia de los adoquines.

Rupert Clayne, conde de Clayne. El nombre encajaba demasiado bien con todo lo que Caroline había contado y con todo lo que había callado. Un hombre de título, modales pulidos, acceso a salones y suficiente cobardía para negar a una mujer cuando las consecuencias de su propia seducción se volvían incómodas.

Jake imaginó unas manos cuidadas, un alfiler de corbata, una sonrisa fácil y una voz capaz de convertir una mentira en promesa. Luego imaginó esas manos sobre Caroline. Cerró los ojos un instante. No. Ese camino no.

Apretó los dedos contra el alféizar hasta que la rabia encontró una forma más fría, después se volvió.

—Usted me preguntó si cumpliría la ley cuando encontráramos al hombre que la engañó.

—Sí, se lo pregunté.

—Esta es mi respuesta: la cumpliré mientras la ley se interponga entre él y Caroline. En el momento en que la ley no baste...

Thomas dio un paso hacia él.

—La ley tendrá que bastar. Porque lady Caroline Nerby no necesita un verdugo. Necesita un hombre que pueda volver a casa sin llevar sangre en las manos.

La frase golpeó donde debía y Jake no respondió. Pensó en Caroline la noche anterior, con lágrimas en los ojos y la mano de él sobre su vientre. Pensó en su voz al decir «nuestro bebé». Pensó en la manera en que lo había abrazado, no por miedo, sino porque algo se había abierto entre ellos y ninguno de los dos había sabido cerrarlo. No. Caroline no necesitaba que él destruyera a Rupert en un callejón oscuro. Necesitaba que volviera a casa entero de cuerpo y alma, que fuera capaz de sentarse con ella frente al fuego sin que el odio manchara el ambiente.

Jake pasó una mano por su cabello rojizo. De inmediato, volvió

al escritorio, tomó una hoja en blanco, la colocó frente a él y mojó la pluma en el tintero. Necesitaba escribir, ordenar, convertir la rabia en instrucciones, nombres, fechas, vigilancias. Cualquier cosa que pudiera servir.

—Si Clayne vuelve a acercarse a mi esposa o a mi hijo antes de que yo sepa qué pretende, tráigamelo.

—¿A Bow Street?

Jake levantó la vista, sus ojos estaban fríos.

—Por supuesto.

Thomas sostuvo su mirada un instante. Luego inclinó la cabeza.

—Por supuesto, señor.

No dijo nada más, Jake tampoco. Era una de las cosas que valoraba de Thomas: sabía cuándo una conversación había llegado a donde tenía que llegar.

Entonces, la puerta se cerró tras él y Jake se quedó solo. Durante varios minutos no escribió nada. La pluma permaneció inmóvil entre sus dedos mientras el nombre de Rupert Clayne ardía en su cabeza con una claridad insoportable.

Al fin escribió la primera línea. No era una orden de arresto tal como le hubiera gustado, pero sí el comienzo de una cacería.

Y Jake Nerby jamás había sido un hombre que dejara una caza a medias.

Capítulo 9

La primera vez que Cecily apareció en la casa de Montagu Square fue un martes, dos meses después de la boda, sin avisar y a las diez de la mañana.

El embarazo de Caroline ya resultaba imposible de disimular. Su vientre, demasiado abultado para el poco tiempo que llevaba casada, había empezado a alimentar murmullos en los salones. Los duques de Retliden no estaban acostumbrados a ocupar el centro de los cuchicheos aristocráticos, y por eso se les había ocurrido organizar un baile en honor de su hija, con el supuesto propósito de acallar las habladurías. La idea, desde luego, consistía en imponer una versión conveniente de las fechas.

Al principio, Caroline y Jake se negaron. A ninguno de los dos le importaba demasiado lo que se dijera a sus espaldas. Sin embargo, Reginald escribió una carta muy personal a su hija, y cuando ambos la leyeron decidieron cambiar de opinión. Jake lo hizo a regañadientes, pero también era consciente de algo que no podía ignorar: su hijo no merecía nacer señalado por los mismos rumores que ellos podían fingir despreciar.

Esa mañana, Caroline estaba en la biblioteca con Bess. Había comprado telas para confeccionar cortinas nuevas para la estancia, y

la criada sostenía una pieza de damasco verde apagado frente a una de las ventanas para que pudiera imaginar el efecto con la luz.

—Milady, son preciosas... si permite que le dé mi opinión — comentó Bess, con la cara enrojecida en cuanto advirtió su propia osadía.

Caroline le sonrió con afecto. Le gustaba esa espontaneidad. Bess hablaba demasiado cuando estaba nerviosa, se callaba de golpe cuando Nell carraspeaba y parecía vivir con el propósito de no decepcionar a nadie. También estaba pendiente de ella a todas horas, con una devoción torpe y sincera que a veces le apretaba el corazón.

Teniendo en cuenta que su propia madre apenas le había dedicado tiempo, Caroline empezaba a valorar mucho esa clase de cuidados. De hecho, ya no imaginaba la casa sin Mrs. Barrow, sin Hetty y sin Bess.

Fue entonces cuando oyó un carruaje detenerse en la calle. No necesitó mirar por la ventana para saber de quién era.

Bess bajó la tela de inmediato.

—¿Milady?

Caroline respiró hondo.

—Es mi madre.

Salió de la biblioteca antes de que Nell llegara al *hall*. No abrió la puerta ella misma, pero sí alcanzó a plantarse al pie de la escalera justo cuando el ama de llaves hacía pasar a Cecily, duquesa de Retliden. Su madre no iba sola. La acompañaban un sastre de expresión discreta, un maestro de baile de postura demasiado erguida y una doncella que llevaba, sobre una bandeja, una lista escrita en papel de carta. Caroline no necesitó leerla para saber que contenía instrucciones.

Cecily entró en el recibidor con una sonrisa impecable.

—Caroline, querida. No pongas esa cara, vengo a ayudarte.

Caroline miró al sastre. Luego al maestro de baile. Después, a la lista.

—Eso me temía.

La sonrisa de la duquesa no vaciló.

—Tu padre y yo hemos decidido que el baile debe hacerse como corresponde. Y, ya que el señor Nerby forma ahora parte de la familia, también habrá que atender ciertos detalles de su posición.

—¿Detalles?

Cecily tomó la lista de la bandeja con dos dedos enguantados.

—Clubes, modales, vestimenta, clases de baile. Nada imposible, desde luego, solo son unos pequeños ajustes.

Desde la puerta de la biblioteca, Bess abrió mucho los ojos. Nell estaba detrás de Cecily, miró a la señora de la casa con una expresión seca que no decía nada y lo decía todo. Caroline sintió una calma extraña instalarse en su interior. Antes, habría obedecido por reflejo. Habría bajado la mirada, aceptado las instrucciones y permitido que su madre reorganizara su vida con la naturalidad de alguien que cambiaba flores marchitas de un jarrón. Pero ahora ella era lady Caroline Nerby.

—Madre —dijo con suavidad—, esta es mi casa.

Cecily miró a Caroline con esa expresión suya de paciencia estratégica.

—Por supuesto, querida.

Caroline sostuvo su mirada.

—Entonces convendrá que recuerdes que aquí las decisiones las tomamos Jake y yo. Y Jake no necesita un sastre, ni un maestro de baile ni una lista de clubes.

Su madre alzó una ceja.

—Caroline, su posición ahora requiere...

—Su posición —cortó Caroline, con una voz que le salió más firme de lo que esperaba— es la que él ha construido por sí mismo durante años. No necesita que vosotros la rediseñéis.

El silencio cayó en el recibidor.

El sastre, la doncella y el maestro de baile miraron al suelo con la concentración de personas que deseaban volverse invisibles. A Bess se le escapó una risita mínima, ahogada. Nell no carraspeó para corregirla. Y, viniendo de ella, eso fue casi una alabanza.

La duquesa miró a Caroline con el semblante contraído. No estaba acostumbrada a que su hija le pusiera límites, y menos aún delante de otros. Durante un instante, bajo la compostura impecable, apareció algo parecido a la sorpresa. No duró mucho, Cecily era demasiado experta en cubrir cualquier grieta con hielo.

Sin embargo, Caroline no dio muestras de arrepentimiento. Se mantuvo erguida, con una mano apoyada sobre el vientre y la otra cerrada en los pliegues de la falda.

Antes, habría obedecido. Antes, habría permitido que su madre decidiera por ella con esa suavidad implacable que convertía cada orden en un consejo y cada imposición en un gesto de ayuda.

Pero ya no era aquella muchacha. Ya no confundía obediencia con deber. Y se preguntó cuántas cosas habrían sido distintas si hubiera aprendido antes a decir «no». Quizá Rupert no lo habría tenido tan fácil.

—Ya veo —dijo Cecily con una voz glacial—. Hablaremos de esto más adelante.

—No hay nada que hablar, madre. Pero gracias por venir.

La sonrisa de Cecily regresó despacio, fina y perfecta.

—Qué casa tan... interesante estás construyendo, Caroline.

—Sí —respondió ella—. Lo es.

La duquesa sostuvo su mirada un segundo más. Después se

volvió hacia la puerta con una inclinación apenas perceptible de la cabeza. El sastre, el maestro de baile y la doncella la siguieron con alivio evidente, llevándose consigo la lista, las instrucciones y la ofensiva entera de Retliden House.

Cuando la puerta se cerró, Caroline permaneció en el recibidor con el corazón acelerado. No se sentía tranquila.

Se sentía viva.

Y tardó unos segundos en identificar esa sensación nueva como satisfacción.

Bess se acercó con cautela.

—Voy a prepararle un té, milady. Creo que lo necesita.

Y salió casi corriendo hacia la cocina. Nell se quedó allí, mirando a Caroline con una complacencia tan discreta que cualquier otra persona la habría pasado por alto.

—El señor Nerby tiene mucha suerte —dijo al fin.

No añadió nada más. Pero, para una mujer como Mrs. Barrow, era decir mucho. Y para Caroline fue suficiente.

Jake terminó el último informe cuando la tarde ya había empezado a caer sobre Bow Street.

La lluvia, que había empezado a caer dos horas antes, había cesado hacía apenas media hora. Sin embargo, Londres conservaba ese brillo que dejaban los días húmedos: adoquines oscuros, ruedas levantando agua sucia de los charcos y una niebla fina que desdibujaba Londres.

En la calle la gente tenía prisa por llegar a sus hogares, o a cualquier lugar donde el fuego estuviera encendido. Él también debería haber regresado a casa.

La imagen apareció antes de que pudiera evitarlo: Caroline sentada junto al fuego, con un libro abierto sobre el regazo, una taza de té esperándolo y un plato de galletas de mantequilla sobre la mesa baja. Durante semanas, ese momento se había convertido en una costumbre que ansiaba cada día más. Él llegaba con el abrigo húmedo y el humor endurecido por Bow Street; ella levantaba la vista, le ofrecía té, y la tensión del día entero parecía aflojar.

Jake dejó la pluma en la escribanía y cerró el expediente dispuesto a finalizar otra jornada de trabajo. Pero entonces llamaron a la puerta.

—Adelante.

Thomas Briggs asomó la cabeza.

—Señor.

Jake lo miró.

—¿Qué ocurre?

Thomas entró solo lo suficiente para cerrar la puerta tras de sí. Tenía el sombrero en la mano y barro en el borde de las botas.

—Uno de los hombres ha enviado recado. Clayne está en Ferrell's.

El nombre cayó sobre el despacho como una chispa en pólvora seca, Jake no se movió.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una hora, quizá algo más.

—¿Solo?

—Entró solo. Dentro no lo sabemos.

Jake tomó el abrigo del respaldo de la silla, Thomas apretó los labios al deducir sus intenciones.

—Señor.

—No diga nada...

Jake se puso el abrigo con movimientos precisos.

—¿Va a detenerlo? —Se aventuró a preguntar Thomas.

—No puedo detenerlo sin pruebas, y usted lo sabe —increpó ceñudo.

—Sin embargo, a usted eso no parece importarle.

Jake lo miró con frialdad.

—Briggs, no se extralimite.

Thomas no retrocedió.

—Ya sabe lo que voy a decirle.

—Precisamente por eso no necesito oírlo.

—Recuerde que tiene esposa y un hijo en camino.

Sus palabras lo detuvieron solo un segundo.

—No voy a hacer nada.

Thomas no pareció tranquilizado.

—Entonces no le costará regresar directamente a Montagu Square.

Jake abrió la puerta.

—Buenas noches, Briggs.

—Señor, por favor...

Las palabras lo siguieron hasta el pasillo. Jake no giró la cabeza y tampoco dijo nada.

Ferrell's se alzaba cerca de Fleet Street, una zona muy concurrida que había hecho del lugar un club de caballeros exitoso. Buena culpa la tenía el chef francés que el propietario, Barney Ferrell, tenía contratado y que trabajaba en la enorme cocina del sótano.

Desde fuera, el club ofrecía una fachada sobria: piedra clara ennegrecida por la humedad, ventanas altas con cortinas pesadas y una puerta de madera oscura donde el latón brillaba incluso bajo la niebla. Un farol junto a la entrada proyectaba una luz dorada sobre los escalones mojados.

Los carruajes llegaban y se marchaban con regularidad. Lacayos aguardaban junto a los pescantes. Nobles envueltos en abrigos entraban con el sombrero bajo el brazo y la seguridad propia de una estirpe que rara vez encontraba puertas cerradas.

Jake permanecía al otro lado de la calle, en la sombra de un portal. No estaba allí como magistrado. No llevaba una orden. No tenía intención de entrar, interrogar ni proceder contra Rupert Clayne esa noche. Al menos eso se había repetido durante todo el trayecto desde Bow Street. Solo quería ver al hombre que había hecho tanto daño a su esposa y la seguía por Londres como si aún tuviera algún derecho sobre ella. Lo observaría un rato, nada más, y después se iría.

Jake cabeceó, sabía reconocer una mentira incluso cuando era la suya. Lo más prudente sería marcharse y dejar que la investigación siguiera su curso, pero había una parte de él que no podía dejarlo estar.

Pasaron diez minutos. Luego veinte. El frío empezó a instalarse en sus manos, pero no se movió. Mantuvo la mirada fija en la puerta de Ferrell's, observaba cada rostro que entraba y salía. Pero ninguno era el del hombre.

Hasta que la puerta se abrió de nuevo y Rupert Clayne apareció en el umbral. Entonces la rabia encontró el sitio exacto donde clavarse como un puñal.

Jake lo reconoció al instante, era incluso más irritante de lo que recordaba. Alto, esbelto, con el cabello castaño claro peinado con una pulcritud impecable y el rostro sereno de un hombre que jamás había necesitado correr para alcanzar nada. Llevaba un abrigo gris de excelente corte, guantes claros y un alfiler discreto en el *cravat*. La luz del farol le rozó la cara cuando se detuvo un instante en los escalones para despedirse de otro caballero. Sonrió y Jake sintió

cómo todo en su cuerpo se endurecía.

Esa sonrisa era medida, cómoda, fabricada para sugerir complicidad sin comprometerse a nada. La clase de sonrisa que podía hacer creer a una joven que el resto del salón había desaparecido y que las madres de las debutantes disculparan cualquier falta de claridad en sus rentas, sus orígenes o su historia. Porque era un conde soltero, un partido excelente. Pero a Jake no lo engañaba, él veía una mentira vestida con paño caro. Había visto demasiados farsantes en su vida para detectarlos de inmediato, como en esa ocasión.

Rupert inclinó la cabeza ante su acompañante; dijo algo que provocó una risa breve y descendió un escalón, el otro se marchó calle arriba. Fue entonces que Jake dio un paso fuera de la sombra. No lo pensó, la rabia lo dominaba y caminó hacia él antes de que su buen juicio lo rescatara.

El agua salpicaba hacia los laterales cuando sus botas cruzaban los charcos. La distancia entre ambos no era grande. Una calle, unos cuantos carruajes, el espacio justo para cruzar, subir los escalones y estrellar contra la pared esa elegancia falsa hasta arrancarle la verdad de la garganta.

Pero cuando estaba a solo unos pocos metros de distancia, una imagen en la cabeza lo detuvo. Caroline cogiendo su mano para posarla sobre su vientre. La palma hormigueó en cuanto recordó a su hijo moverse. Se obligó a dar otro paso, pero no pudo, era como si tuviera los pies pegados con cemento.

Mientras, Rupert se colocó el sombrero y miró hacia la calle. Por un instante, sus ojos parecieron pasar cerca de Jake sin verlo. Este apretó los puños a los costados al advertir que no había miedo ni culpa en su cara. Solo la calma insolente de los hombres que creen que el mundo seguirá ofreciéndoles una puerta abierta porque

siempre lo ha hecho.

Reconocía que ahora que lo tenía tan cerca ansiaba derribarlo. Y podía hacerlo antes de que el lacayo, que le sostenía la portezuela abierta del carruaje, entendiera siquiera lo que sucedía. Clayne merecía eso y mucho más. La parte más oscura y primitiva de Jake también lo sabía.

Pero Caroline no. Ella no merecía recibir, al día siguiente, la noticia de que su esposo había perdido el control en la entrada de un club. El escándalo mancharía el futuro que estaban construyendo. Le concedería a Rupert Clayne, incluso sin tocarla, el poder de arrastrarlo lejos de ella ahora que empezaba a mirarlo con confianza.

Y estaba su hijo... Jake tragó saliva. El niño se había movido bajo su mano, tan pequeño y tan vivo, ajeno a la maldad, y lo único que necesitaba era que él regresara a casa todos los días.

Cerró con más fuerza los puños. Necesitaba sentir dolor, era lo único que lo mantenía anclado. Sabía que tenía que marcharse, lo supo con una claridad humillante. Thomas tenía razón. Y Jake odiaba que la tuviera.

Rupert bajó el último escalón. Del interior del carruaje emergió una mujer vestida con una audacia que no pretendía disimularse. Apenas puso un pie en la acera, se lanzó a sus brazos. Él la recibió con una risa baja, inclinó la cabeza y la besó sin recato, con una familiaridad demasiado íntima para la luz dorada de los faroles. Jake sintió cómo la repugnancia se le asentaba en el estómago.

La mujer tiró de Rupert hacia el interior del carruaje. Él la siguió con prisa, con una mano ya en su cintura y la otra perdiéndose entre los pliegues de su capa. El lacayo cerró la portezuela sin alterar el gesto y ocupó su lugar en la parte trasera. El cochero azuzó a los caballos, y el vehículo desapareció entre la niebla y la noche.

Jake sintió que la rabia le subía por el pecho con una fuerza casi

física. Ese era el hombre por el que Caroline casi pierde la vida. Entonces pensó en la biblioteca, el té, las galletas y su esposa aguardándolo junto al fuego. Algo en su interior cambió, no borró la rabia, pero la desplazó un poco, lo suficiente para que él recordara que había algo importante esperándolo al otro lado de su furia. Entonces giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia Montagu Square.

Hacía frío y la humedad calaba hasta los huesos. Londres seguiría siendo oscura, peligrosa y llena de hombres como Rupert Clayne. Pero él era magistrado jefe, y lo atraparía y lo destruiría si la ley le daba el margen suficiente.

Y si la ley no hacía justicia, encontraría la manera sin mancharse las manos de sangre. Pero no esa noche. Esa noche quería volver a su hogar, porque su sitio estaba al lado de Caroline y su hijo. Su corazón latió de prisa y calentó su cuerpo. Quiso sonreír, pero Jake Nerby no era un hombre dado a sonreír solo, como un idiota, en medio de la calle.

Sin embargo, su humor cambió, no del todo, pues la furia seguía en algún sitio, afilada y paciente. Por un momento tuvo la certeza de que la felicidad existía. Quizá no llegaba siempre con grandes promesas pronunciadas bajo la luz de la luna. A veces, era elegir no cruzar una calle, mantener las manos limpias y regresar a una casa donde lo esperaban en la biblioteca.

Jake aceleró el paso.

Capítulo 10

El baile de los Retliden se celebraría esa noche. Desde media tarde, la casa de Montagu Square parecía respirar de una manera distinta. Hetty había subido agua caliente, Bess había entrado y salido del dormitorio de Caroline con entusiasmo, y Mrs. Barrow había vigilado desde el umbral, con la expresión serena, cada movimiento, consciente de que alguien debería mantener la tranquilidad para que todo funcionara con la precisión de un reloj.

Caroline llevaba casi una hora lista. Hetty la había ayudado a ponerse un vestido de seda color marfil, de talle alto y falda suave, cortado de forma que la curva de su vientre no desapareciera, pero tampoco quedara expuesta a las miradas punzantes de los demás. Sobre los hombros llevaba un chal ligero de un azul pálido, apenas más oscuro que la cinta entrelazada en el cabello. El peinado era sencillo, su madre lo consideraría apropiado en un baile: rizos suaves junto a las sienes, el resto recogido en la nuca con pequeñas perlas que Hetty había colocado con dedos pacientes. Sin duda no parecía una debutante, pero tampoco parecía una mujer avergonzada por la mala decisión que tomó en el pasado.

Al mirarse en el espejo, Caroline había tenido la extraña impresión de estar viendo a alguien que todavía no conocía del todo:

una esposa, una futura madre, una dama obligada a regresar al mundo que casi la había devorado y, aun así, capaz de mantenerse en pie. Pero lo que la tenía nerviosa no era el baile.

Sobre el respaldo de una silla aguardaba una casaca nueva para Jake, cubierta aún por un paño oscuro. Desde luego que la idea había sido suya, pero cuanto más se acercaba la hora de mostrársela, más temía haber cometido un error.

Jake ya tenía ropa adecuada: sobria, impecable, útil. Sus casacas negras, confeccionadas con telas de calidad y de corte severo, encajaban con el hombre que era en Bow Street: magistrado, investigador, alguien que prefería la autoridad silenciosa al adorno. Pero esa noche no iría a Bow Street, sino al salón de sus padres. Si bien estaba bien considerado entre la aristocracia, habría personas que lo mirarían con curiosidad, con condescendencia o con una cortesía peor que el desprecio.

Caroline no aspiraba a cambiarlo, eso se repetía una y otra vez. No quería pulirlo, corregirlo ni convertirlo en una versión más aceptable para Retliden House, como había intentado hacer su madre cuando apareció en su hogar sin avisar. Solo había pensado que, tal vez, él merecía llevar algo que no pareciera una armadura de trabajo. Algo que tuviera un poco de color que había elegido para él, no contra él.

Por eso, días atrás, había tomado una de sus casacas —con la ayuda cautelosa de Mrs. Barrow, que había fingido desaprobación la maniobra sin impedirla— y la había enviado al sastre para que sirviera de medida.

Ahora la prenda estaba allí, y Caroline tenía las manos frías dentro de los guantes.

—Milady —dijo Hetty desde la puerta—, el señor Nerby ya ha bajado.

Caroline respiró hondo.

—Gracias. Iré enseguida.

Hetty contempló durante unos segundos la casaca cubierta por el paño.

—Las cortinas nuevas le gustaron —mencionó en un intento de tranquilizarla—. No creo que esta vez sea diferente.

Caroline la miró, no comentó nada, pero la expresión suave de su doncella fue suficiente para darle ánimo, así que tomó la prenda con cuidado y bajó las escaleras.

Jake estaba en la biblioteca. Se había vestido ya para el baile, o al menos para la versión del baile que él habría elegido si nadie lo hubiera detenido. Llevaba una casaca negra, chaleco claro, *cravat* blanco y pantalones oscuros. Parecía correcto, respetable, imponente. Y demasiado parecido a un hombre que acudía a un juicio. Estaba junto a la chimenea, ajustándose los guantes, cuando ella entró. Al verla, se quedó inmóvil. Caroline sintió el impacto de su mirada antes de que él pronunciara una palabra.

El desamor había convertido a Jake en un hombre frío, y no se deshacía en halagos frente a una dama bonita. Tampoco sabía envolver la admiración en frases elegantes ni convertir la cortesía en un don, como hacían los caballeros de salón. Pero sus ojos turquesa se detuvieron en ella con una intensidad tan franca que Caroline notó calor en las mejillas.

—Estás... —empezó él.

Se detuvo y carraspeó. Caroline esperó y su esposo la miró como si ninguna palabra le pareciera lo bastante exacta.

—Muy hermosa.

La sencillez del elogio la alcanzó más que cualquier discurso.

—Gracias.

Él apartó la vista un instante, casi con brusquedad, había dicho

más de lo que pretendía. Entonces reparó en la prenda que ella sostenía.

—¿Qué es eso?

Caroline bajó la mirada.

—Algo que quizá no debería haber hecho.

Jake dejó los guantes sobre la mesa.

—¿Debo preocuparme?

La forma en que pronunció las palabras, con seriedad pero sin dureza, la obligó a levantar la vista.

—No es nada malo —se apresuró a decir—. O eso espero. Solo... —Apretó los dedos sobre el paño—. Quería darte algo para esta noche.

Jake no se movió mientras Caroline retiraba el cobertor. La casaca era de paño azul medianoche, tan oscuro que casi parecía negra hasta que la luz del fuego revelaba un matiz profundo, sobrio, elegante. El corte era impecable, sin bordados excesivos ni adornos inútiles. Solo una prenda distinta, menos severa que las que Jake solía usar, con botones discretos y un forro interior gris perla.

Él la miró en silencio y Caroline sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.

—Sé que no necesitabas ropa —explicó—. Mi madre estuvo hace unos días aquí, intentaba imponerte un sastre, clubes, clases de baile y Dios sabe cuántas cosas más.

—Lo sé, Nell me lo comentó.

—No quiero hacer lo mismo. No quiero que pienses que intento... arreglarte.

Jake levantó la vista de la casaca.

—¿Arreglarme?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No estoy seguro.

Caroline tragó saliva.

—No me avergüenzo de ti, y me dolería que lo pensaras.

La expresión de Jake cambió muy poco, pero lo suficiente para que ella comprendiera que había tocado algo importante.

—Caroline...

—Porque no es así —continuó, antes de perder valor—. No me avergüenzo de ti. Ni de tus manos, ni de tu trabajo, ni de tu manera de vestir ni de que no pertenezcas al mundo de mis padres. De hecho, creo que esa es una de las cosas que más... —Se detuvo a tiempo, confundida por su propia sinceridad—. Solo pensé que esta noche todos intentarán medirme con sus reglas. Y quería que llevaras algo elegido por alguien que no intenta convertirme en otra persona.

Jake no dijo nada y el silencio se hizo tan largo que Caroline empezó a arrepentirse de cada palabra.

—Utilicé una de tus casacas para que el sastre tomara las medidas —confesó—. Sin pedirte permiso. Eso estuvo mal.

—¿Cuál?

La pregunta la desconcertó.

—¿Perdón?

—¿Cuál de mis casacas?

—La negra, la que tenías en el armario, la de paño más grueso.

—La odio.

Caroline parpadeó.

—¿Qué?

—Esa casaca me tira del hombro izquierdo.

Ella abrió la boca, la cerró de inmediato. Luego, pese a los nervios, se le escapó una risa breve. Jake la miró, y algo en la dureza de su rostro cedió.

—Podrías haberme preguntado —mencionó él.

La risa de Caroline se apagó.

—Lo sé.

—Pero entonces no habría sido una sorpresa.

—No.

Jake tomó la casaca entre las manos. La examinó con esa atención suya, práctica y silenciosa, casi parecía querer interrogarla. Caroline aguardó, sentía que cada segundo pesaba demasiado.

—No es como lo de tu madre —pronunció.

Ella soltó el aire sin darse cuenta.

—¿No? ¿De verdad?

Jake dejó la casaca sobre el respaldo del sillón y se acercó un paso.

—Tu madre quería corregirme y tú has querido cuidarme.

La diferencia, dicha con tanta calma, la golpeó en un lugar vulnerable.

—Nadie te humillará esta noche. No lo consentiré.

Jake la observó durante varios segundos.

—No te preocupes. He visto peores cosas que la opinión de una sala llena de aristócratas.

—No significa que debas soportarlo solo.

La frase pareció dejarlo sin respuesta. Caroline miró la prenda un instante, inquieta.

—Aun así, no sé si he hecho bien.

Jake tomó la casaca de nuevo.

—Me la pondré.

Ella alzó la cabeza.

—¿De verdad?

—De verdad.

—No tienes que hacerlo solo porque yo...

—Caroline...

Se detuvo, Jake la miraba con una seriedad que le calentó y le

partió algo en el pecho al mismo tiempo.

—Una buena mujer engrandece a un hombre.

Ella sintió que las palabras se detenían dentro de ella. No porque fueran grandilocuentes, Jake no las había dicho así. Las había pronunciado como se decían las verdades sencillas, sin adorno, sin buscar efecto. Y quizá por eso le habían impactado tanto.

Una buena mujer... Durante demasiado tiempo ella se había sentido imprudente, culpable, avergonzada, causa de problemas. Una hija que había fallado. Una dama que había caído. Una mujer embarazada antes de su boda, obligada a medir cada gesto para no alimentar más rumores.

Pero Jake la estaba mirando como si no viera una falta, al contrario, la contemplaba como a un tesoro difícil de alcanzar y no sabía si merecía tanto. La lágrima cayó antes de que pudiera impedirlo y Jake se tensó de inmediato.

—¿Te he ofendido?

Caroline negó con la cabeza, se llevó una mano a la mejilla.

—No, desde luego que no.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Porque tú crees eso de mí, que soy una buena mujer, y... y... me miras como si fuera especial.

La expresión de Jake se volvió más suave.

—Para mí lo eres. —Hizo una pausa—. Siempre lo serás.

Otra lágrima amenazó con caer. Caroline intentó sonreír, pero no le salió bien.

—No estoy segura de merecerlo.

Jake dejó la casaca a un lado y se acercó. No la tocó de inmediato, él siempre le dejaba espacio para que ella decidiera.

—Yo sí —afirmó rotundo él.

Caroline lo miró. El fuego crepitó en la chimenea, y fuera, un

carruaje pasó despacio por la calle. En algún lugar de la casa, Bess dejó caer algo y Mrs. Barrow pronunció una exclamación ahogada que no llegó a romper del todo el silencio de la biblioteca.

Pero allí, entre ellos, todo pareció detenerse. Jake alzó una mano, pero se detuvo y la dejó caer a su costado. Caroline era consciente de que quería besarla, así que cerró los dedos alrededor de su muñeca y llevó su mano hasta su mejilla.

La palma de Jake era cálida, áspera, real, y le encantó. Él respiró hondo.

—Caroline...

Su nombre sonó como una promesa lanzada en una noche de luna llena; ella no se apartó.

—Sí.

No sabía si respondía a una pregunta, a un ruego o a algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Sin embargo, Jake lo entendió. Entonces, se inclinó despacio, dándole tiempo a retroceder. Pero ella no lo hizo, al contrario, levantó un poco el rostro hacia él. El primer roce de sus labios fue delicado, tan suave que casi pareció un suspiro. Jake se retiró apenas, como si quisiera asegurarse de que ella seguía allí por voluntad propia. Caroline soltó su muñeca y apoyó la mano sobre el borde de su chaleco.

Y la besó de nuevo, con la intensidad apasionada de un hombre y una mujer que se deseaban a pesar de todo y de todos. Caroline cerró los ojos y sintió que algo dentro de ella, algo que llevaba meses encogido por el miedo y la vergüenza, se abría con una lentitud dolorosa.

Jake la rodeó con un brazo, sin apretarla, la mano firme en su espalda. La otra permaneció en su mejilla, sosteniéndola con una delicadeza que casi la deshizo. Caroline no sabía besar con la seguridad de una mujer experimentada. Rupert le había enseñado

deseo mezclado con engaño, promesas dichas a media voz y urgencias que después se convertían en abandono. Esto era distinto. Jake no le robaba nada. Escuchaba su boca. Le daba tiempo para descubrir si quería acercarse más. Y ella quiso: sus dedos se cerraron en la tela del chaleco mientras lo instaba a intensificar el beso.

El beso cambió y se volvió hambriento, lo suficiente para que Jake dejara escapar un sonido bajo, casi contenido en la garganta, y para que Caroline sintiera una corriente cálida recorrerle el cuerpo, que la sorprendió y la dejó sin aliento.

Jake fue quien se apartó primero, no mucho, apenas lo necesario para apoyar la frente contra la suya.

—Tenemos que irnos —murmuró.

Caroline tardó un segundo en recordar adónde. El baile. Retliden House. Sus padres. Los rumores. Y Rupert en algún lugar de Londres. Pero ese beso había sido como una ráfaga de viento, que había arrasado su interior, y aunque todo volvió, ya no ocupaba el mismo espacio en su corazón.

—Sí —susurró.

Jake no se movió.

—Si no me pongo esa casaca ahora, no iremos a ninguna parte.

Caroline sintió que el rubor le subía al rostro, pero también sonrió.

—Entonces deberías ponértela.

Él se apartó con evidente esfuerzo, tomó la prenda y salió de la biblioteca para cambiarse.

Caroline se quedó sola junto al fuego, con una mano apoyada sobre el vientre y los labios aún calientes. El bebé se movió una vez, leve y oportuno. Ella miró hacia abajo.

—Tú también estás feliz —susurró.

Cuando Jake regresó unos minutos después, Caroline olvidó cualquier pensamiento.

La casaca azul medianoche le sentaba de manera impecable. El color no suavizaba su presencia; la hacía más profunda. El paño oscuro resaltaba el tono rojizo de su cabello y el azul turquesa de sus ojos. El corte, menos severo que sus prendas habituales, no le robaba autoridad, solo revelaba algo que quizá siempre había estado allí: que Jake Nerby no necesitaba parecer aristócrata para resultar imponente.

Él se detuvo al verla mirarlo.

—¿Tan mal me queda?

Caroline negó con la cabeza.

—No.

Se acercó y alisó una arruga inexistente en la solapa. Fue una excusa, los dos lo supieron.

—Te queda muy bien.

Jake bajó los ojos hacia sus dedos sobre la tela.

—Entonces supongo que el sastre vivirá.

Caroline soltó una risa suave.

—Eso me alegra.

Jake tomó sus guantes de la mesa y se los puso. Después le ofreció el brazo.

Caroline lo aceptó. En el *hall*, Nell esperaba junto a la puerta con la capa de Caroline preparada. Bess, detrás de ella, abrió mucho los ojos al ver a Jake con la nueva casaca, pero tuvo el buen juicio de no decir nada hasta que Mrs. Barrow miró hacia otro lado.

—Está muy elegante, señor —susurró.

Nell carraspeó, Bess cerró la boca de golpe y Jake miró a la muchacha.

—Gracias, Bess.

La criada pareció a punto de desmayarse de orgullo; Caroline, por su parte, tuvo que morderse la sonrisa. Bess le colocó la capa sobre los hombros con manos firmes. Después, miró a la pareja y, sin alterar la expresión, dijo:

—El carruaje está listo.

No añadió nada más, de hecho no hacía falta; aun así, los contempló embelesada y Nell la reprendió con la mirada.

Jake condujo a Caroline hacia la puerta. Al llegar al umbral, ella sintió que los nervios del baile volvían a rozarle el estómago. La casa de sus padres los aguardaba. También las miradas, las fechas falsas, las sonrisas estudiadas y todas las preguntas que nadie se atrevería a hacer en voz alta. Jake debió notarlo, porque cubrió un segundo su mano con la suya sobre el brazo.

—Mírame.

Caroline obedeció.

—Esta noche no estás sola —dijo él.

Ella pensó en la casaca azul, en su mano en la mejilla, en el beso que aún le latía en los labios y en su corazón acelerado.

—Lo sé.

Porque ella creía en él de verdad. Jake le demostraba cada día que podía confiar.

Y sin más dilación, subieron al carruaje. El trayecto fue breve, aunque a Caroline le pareció más largo de lo que era.

Capítulo 11

La noche era fría, y una ligera niebla cubría las calles, desdibujaba las fachadas y mitigaba el brillo de los faroles. Cuando llegaron a Retliden House, los invitados ya se encontraban en el salón de baile. Su entrada produjo un silencio inmediato. Las conversaciones se apagaron una tras otra, como velas sorprendidas por una corriente de aire, y todas las miradas se volvieron hacia ellos.

Caroline sintió el peso de esa atención en la piel: curiosidad, cálculo, compasión mal disimulada y una dosis nada pequeña de escándalo. Los observaban como si fueran una anomalía que nadie sabía aún cómo clasificar.

La primera en reaccionar fue Cecily. Avanzó hacia su hija con una sonrisa luminosa y la abrazó con una efusividad que jamás le mostraba en privado. Caroline reconoció el gesto de inmediato. Su madre no la recibía; fingía ante todos ser una madre abnegada, emocionada por ver a su hija feliz y convenientemente casada.

Caroline tensó la espalda de inmediato. No toleraba la falsedad, un rasgo que su madre había perfeccionado con el tiempo y que ella detestaba cada día más. No obstante, Jake le apretó la mano que aún sostenía entre la suya. Fue un gesto pequeño, casi invisible para los demás, pero suficiente para recordarle que no estaba sola.

Caroline se mentalizó de que esa noche no era más que una obra de teatro, y ella y su esposo eran los protagonistas. Muy bien. Si eso esperaban de ella, representaría su papel con tanta perfección que nadie advertiría cuánto le fastidiaba estar allí.

Lo que de verdad deseaba no era ese salón lleno de ojos atentos, sonrisas calculadas y preguntas sin formular. Lo que deseaba con toda su alma era estar en la biblioteca de su hogar, junto a Jake, sentados frente a la chimenea, compartiendo una taza de té y unas galletas de mantequilla.

Reginald también se acercó y empezó a presentar a su yerno a los nobles. A muchos de ellos Jake ya los conocía debido a su trabajo, de modo que se limitó a saludarlos con educación. Mientras tanto, la duquesa de Retliden tomó el brazo de su hija y la condujo a la zona donde había varias damas reunidas.

Jake quedó entre un grupo de nobles, miró a su alrededor. Había estado en salones como ese cientos de veces. Siempre por trabajo, nunca por placer, y siempre con la misma sensación de encontrarse en un teatro. La música envolvía la sala. Las velas de las arañas de cristal multiplicaban la luz hasta convertirla en algo casi agresivo. Los vestidos eran de esa clase que costaba lo que un trabajador ganaba en un año. Y la conversación tenía ese matiz específico de los ambientes donde todo lo que se dice posee tres significados y ninguno es el literal.

A su lado estaban lord Ashworth, que tenía setenta años y un problema con el oído evidente desde el primer cuarto de hora, y sir Phillip Marwood, que llevaba treinta años en el Parlamento, miraba a Jake con la expresión de no saber qué tipo de animal tenía delante, aunque sospechaba que era de los que mordían.

—¿Desde cuándo es magistrado jefe? —preguntó sir Phillip.

—Desde hace cuatro años —contestó Jake.

—Y antes era detective, según tengo entendido —añadió, lanzando una rápida mirada a Reginald.

—Me dediqué a investigaciones privadas. Después fui agente de Bow Street.

—Fascinante.

La palabra sonó a todo lo contrario.

—¿Y encuentra que ese tipo de... experiencia, digamos, le proporciona la perspectiva adecuada para moverse en ciertos círculos?

Jake sostuvo la mirada de sir Phillip con la comodidad de alguien que había tratado con hombres mucho más peligrosos en ambientes mucho menos perfumados.

—Encuentro que tantos años viendo de lo que es capaz la gente en privado proporciona una perspectiva bastante completa de cualquier círculo.

Sir Phillip no respondió de inmediato, mientras lord Ashworth dio un sorbo a su oporto. En ese instante llegó Caroline y se situó al lado de su esposo. Su madre había quedado atrás, conversando con otras damas.

Fue entonces cuando sir Phillip, con la precisión exacta de alguien que lanzaba una piedra y fingía no haber apuntado, dijo:

—Claro que la función de un magistrado, por muy capaz que sea, tiene sus límites naturales. Hay ciertos asuntos que requieren una comprensión que solo da el haber nacido en determinados ambientes. El instinto de clase, podríamos llamarlo.

Reginald y los demás no dijeron nada. Se produjo un silencio parcial, un leve descenso del volumen general que indicaba que varios oídos estaban prestando atención sin querer que se notara. Jake abrió la boca; sin embargo, Caroline se le adelantó.

—Qué observación tan interesante, sir Phillip —mencionó con

una voz agradable y mortal al mismo tiempo—. Aunque me pregunto si el instinto de clase no fue precisamente lo que llevó a lord Pemberton a arruinar a tres familias el año pasado con aquella especulación de la Compañía de las Indias Orientales.

A pesar de la música, entre los presentes cayó un silencio helado.

Reginald contempló a su hija como si acabara de descubrir en ella a una desconocida. Sir Phillip, en cambio, miró a Caroline con rigidez. Pero ella le sostuvo la mirada con una sonrisa que recordaba a las de Cecily, aunque en Caroline resultaba distinta, pues le llegaba también a los ojos y tenía un filo mucho más peligroso.

—Naturalmente —repuso sir Phillip, después de un momento— hay excepciones.

—Siempre las hay —replicó Caroline con dulzura.

Jake giró la cabeza y observó a su esposa. Estaba tranquila, a pesar de haber desmontado en público los argumentos de uno de los hombres más influyentes del Parlamento con la misma facilidad con que se sirve la sopa.

En ese instante apareció la duquesa.

—Señor Nerby, ¿tendrá la bondad de concederme el próximo baile? Después de todo, no puedo permitir que mi yerno pase desapercibido en mi propio salón.

La sonrisa de Cecily era perfecta. Jake la miró durante un segundo y se preguntó cuántas horas se había pasado frente al espejo para ensayar tan perfecta sonrisa. Luego observó a Caroline, ella seguía a su lado, erguida, con una serenidad que se obligaba a mantener y que solo él advertía. Después de haber dejado a sir Phillip Marwood sin réplica, mantenía una sonrisa leve en los labios, pero los dedos de su mano enguantada se habían cerrado un poco más sobre el abanico.

Jake prefería quedarse allí. De hecho, habría preferido cualquier cosa antes que bailar con la duquesa de Retliden bajo la mirada atenta de media aristocracia londinense. Pero no quería darles algo de lo que hablar, pues había demasiados ojos pendientes de su esposa y de él.

—Será un honor, excelencia —respondió.

Con semblante satisfecho, Cecily inclinó apenas la cabeza y aceptó su brazo. Por fortuna, no fue un vals y la orquesta inició un baile de conjunto, lo bastante correcto para que nadie pudiera leer otra cosa que no fuera cortesía.

Jake ocupó su lugar con la precisión de un hombre que había aprendido a moverse en sitios incómodos sin parecer incómodo. No bailaba con elegancia natural, pero tampoco con torpeza. Cumplía los pasos, recordaba las figuras y mantenía la expresión correcta en cada ejercicio.

Cecily lo observó durante los primeros compases con curiosidad.

—Baila mejor de lo que esperaba.

—Lamento decepcionarla.

La sonrisa de la duquesa no vaciló.

—No he dicho que me haya decepcionado.

—Pero no dudo de que lo ha pensado.

Cecily dejó escapar una risa baja, educada, apenas audible bajo la música.

—Tiene usted una tendencia peligrosa a confundir franqueza con insolencia, señor Nerby.

—Y usted, una habilidad admirable para confundir órdenes con ayuda. Ya me informaron de su visita a nuestro hogar.

La duquesa lo miró al girar en la figura. A otro hombre quizá le habría intimidado su mirada. Sin embargo, a Jake solo le confirmó que Cecily Retliden era mucho más orgullosa cuando sonreía.

—Mi hija parece haber adquirido algunas de sus costumbres —
mencionó ella.

—¿Cuáles?

—La de responder, antes escuchaba y obedecía mis indicaciones.

Jake siguió el paso, la soltó en el momento que marcaba la figura y volvió a tomar su mano cuando correspondía.

—¿No cree que sea una buena costumbre?

—Depende de dónde se practique.

—No se confunda. Es una costumbre sana no dejar que otros tomen decisiones que no les corresponden, y encuentro que mi esposa está aprendiendo deprisa.

Cecily alzó las cejas con una delicadeza casi artística.

—Es usted muy protector con mi hija.

—Sí.

No añadió disculpa alguna, porque no había necesidad. Una mujer como Cecily, que actuaba como si la vida fuera una gran obra de teatro, jamás comprendería lo que estaban construyendo su esposa y él.

La música continuó. Los bailarines se cruzaban, se separaban y regresaban a sus parejas entre el brillo de las velas y murmullos satisfechos. Jake aprovechó uno de los cambios para buscar a Caroline con la mirada.

La encontró junto a una columna, a pocos pasos de la zona donde se reunían algunas damas casadas. Sostenía una copa de limonada que apenas había probado. Su vestido marfil destacaba entre los tonos más oscuros de las matronas y los colores delicados de las debutantes. Parecía tranquila, toda ella era una visión hermosa; y durante un instante, Jake permitió que la tensión de la noche se aflojara.

Y entonces, en ese preciso momento, vio a Rupert Clayne

apenas a unos metros de su esposa. La sangre se le heló con tanta rapidez que durante un segundo dejó de oír la música. Sabía que Thomas estaría cerca, pues había dado la orden de seguirlo tanto de día como de noche; aun así, no estaba tranquilo. Y menos lo estuvo cuando el conde avanzó hacia ella con esa seguridad fácil de un hombre acostumbrado a entrar en cualquier círculo sin ser detenido. Vestía de negro y verde, impecable, con un alfiler discreto en la corbata y esa sonrisa medida que Jake ya detestaba más que cualquier gesto vulgar.

Se inclinó ante Caroline con una cortesía perfecta, ella se quedó inmóvil. No retrocedió ni hizo ninguna escena, pero Jake vio cómo su mano se tensaba alrededor de la copa.

Cecily notó la tensión de él, miró en la misma dirección que su yerno un instante.

—Señor Nerby —murmuró—, el paso.

Jake volvió al movimiento justo a tiempo. Giró, tomó la mano de la duquesa y siguió la figura con una calma que ya no sentía.

—¿Quién ha invitado a Clayne? —preguntó con un tono tan duro que la duquesa pestañeó.

Tardó un instante en responder.

—Es recibido en muchos salones. Mi marido se ocupó de la lista de caballeros.

Jake la miró con una rabia que le costó disimular, ni el duque ni la duquesa sabían lo que ese hombre le había hecho a su hija. Cecily, al ver el rostro descompuesto de su yerno, añadió:

—Caroline conoce al conde de Clayne, por supuesto. Toda la sociedad lo conoce, además es considerado uno de los mejores partidos de Londres.

La furia viajaba deprisa por las venas de Jake. Nadie conocía de verdad a Rupert Clayne. Solo veían el título, los guantes, la sonrisa,

la elegancia aprendida; al conde aceptado en salones, al caballero de modales impecables, al hombre al que las madres de las debutantes miraban como una oportunidad. Jake, en cambio, sabía lo que era: un desalmado. Un hombre que había estado a punto de destruir a Caroline y que, aun así, seguía moviéndose entre esa gente como si tuviera derecho a respirar el mismo aire que ella.

Cecily vio cómo los ojos turquesa de su yerno se cubrían de una ira demasiado fría para confundirse con simple antipatía. Era una ira dirigida con precisión absoluta hacia el conde de Clayne. Pero la duquesa era una mujer lista. Y mientras la música continuaba y los bailarines seguían girando a su alrededor, algo en su expresión cambió. La sonrisa se le quedó inmóvil, los dedos se cerraron apenas sobre el brazo de Jake. Durante un segundo, Cecily Retliden dejó de parecer la anfitriona perfecta y se convirtió solo en una madre que acababa de comprender demasiado tarde la verdad. Rupert Clayne, al que habían invitado tantas veces a su hogar con el deseo secreto de que escogiera a Caroline como esposa, era el hombre que había puesto a su hija al borde del abismo.

Jake volvió a buscar a Caroline. El conde hablaba con ella, la inclinación de su cuerpo parecía respetuosa desde lejos, pero él conocía demasiado bien la diferencia entre cortesía y presión. Ella miraba hacia un lado, buscaba una salida sin provocar una escena.

La música seguía y un cambio de figura lo obligó a apartar la vista. Cuando pudo volver a mirar, Rupert ya no sonreía. Caroline le dijo algo mientras dejaba la copa de limonada en la mesa que tenía al lado, Clayne se acercó un poco más a su esposa. Jake sintió que sus dedos se cerraban con demasiada fuerza sobre la mano de Cecily.

La duquesa inhaló apenas.

—Señor Nerby.

—Disculpe...

Pero no estaba disculpándose, ni siquiera la estaba mirando. Entonces Rupert tomó a Caroline del brazo, no fue un movimiento brutal, fue peor: una presión precisa, cubierta por la apariencia de un gesto cortés. Jake vio cómo los dedos de Clayne se hundían en el guante de Caroline y ella se tensaba mientras la conducía hacia la abertura que daba al pasillo lateral. La música, las velas, los murmullos, todo desapareció.

Jake dio un paso fuera de la figura, Cecily lo apreció antes que nadie. Y, en ese instante, la duquesa de Retliden demostró por qué había sobrevivido tantos años en salones donde una vacilación o un comentario podían convertirse en escándalo. Trastabilló no de forma aparatosa, apenas fue un giro mal calculado, lo suficiente para no caer. Se sostuvo en el brazo de Jake, mientras una exclamación contenida escapaba de sus labios y una palidez simulada cubría su rostro.

—Mi tobillo... —murmuró.

El baile se alteró en torno a ellos con una ceremonia alarmada. Dos damas se inclinaron hacia ella. Lord Ashworth dejó su copa a medio camino de los labios. Reginald avanzó desde el borde de la pista.

Cecily apretó los dedos sobre el brazo de Jake.

—Vaya con mi hija —susurró con disimulo.

Jake la miró entonces. Por primera vez desde que la conocía, no vio solo a la duquesa que manipulaba, sino a una madre que tal vez no comprendía todo, pero sí lo suficiente para saber que algo amenazaba a su hija.

—Gracias —dijo él, en voz muy baja.

—No provoque un escándalo en mi salón —respondió ella con la misma suavidad.

—No, si puedo evitarlo.

Jake la dejó al cuidado de Reginald; antes de que nadie pudiera objetar nada salió de la pista con paso medido. No corría, de hecho no necesitaba hacerlo, pues la gente se apartaba de él casi por instinto; quizá porque había algo en su rostro que ningún título podía suavizar.

Atravesó el borde del salón y entró en el pasillo lateral. La música quedó atrás, amortiguada por las paredes, convertida en un murmullo lejano. Al principio no los vio, de inmediato escuchó la voz de Rupert Clayne.

—No seas ridícula, Caroline. No te estoy pidiendo nada imposible.

Jake se detuvo junto a la sombra de una puerta entornada. Ella respondió con una frialdad que le atravesó el pecho.

—No vuelvas a llamarme así.

—¿Ahora prefiere formalidades? Qué conmovedor, entonces la llamaré lady Caroline Nerby. Aunque ambos sabemos que el apellido es demasiado reciente para su abultado vientre.

Jake sintió que la rabia le subía por la garganta y avanzó un paso más. Los vio al fondo del pasillo, cerca de una consola con flores y un espejo dorado. Rupert aún tenía una mano cerrada sobre el brazo de Caroline. Ella mantenía la espalda recta, pero estaba pálida. No era miedo, era repugnancia.

—Suéltame —exigió ella.

—Diez mil libras —replicó Rupert—. En un giro bancario antes del viernes.

Caroline soltó una risa breve y seca.

—¿Eso vale tu honor?

—Es lo que vale mi silencio.

—Ya, porque honor no tienes.

—Pero tengo lengua. Y eso, en Londres, suele ser más útil que el honor.

Jake salió de la sombra.

—Quite la mano de encima de mi esposa.

Rupert se volvió.

Durante un segundo, el rostro se le vació de color. Pero solo un segundo, luego la sonrisa regresó, más fina, más calculada. Sin embargo, soltó a Caroline.

Jake vio la marca de sus dedos en el guante claro. Algo dentro de él se volvió peligroso.

—Señor Nerby —dijo Rupert—, me alegra verlo.

—Yo no.

Caroline dio un paso hacia Jake, pero no se colocó detrás de él. Se quedó a su lado y eso lo ayudó más que cualquier palabra.

Rupert miró de uno a otro con un brillo desagradable en los ojos.

—Veo que la devoción conyugal prospera. Qué enternecedor.

Jake avanzó un paso y Caroline le sujetó el brazo. No con fuerza, ya que ella no hubiera podido retenerlo si así él decidía saltar sobre Rupert. No obstante, la calidez de los pequeños dedos de su esposa, que sintió a través de la casaca que ella le había regalado, bastó para contenerlo.

—No vale la pena —musitó ella en voz baja.

Jake no apartó la mirada de Rupert.

—Me temo que discrepamos.

—Jake...

Su nombre, dicho así, tan suave y tan firme, lo alcanzó. Caroline siguió hablando, sin soltarle el brazo.

—Él ya me quitó demasiado. No le des también esto.

La frase entró donde la rabia no había dejado espacio a nada más. Sin embargo, una risa baja y venenosa estalló en los labios de

Rupert.

—Qué escena tan admirable —se burló—. La esposa suplicando moderación al marido salvador. Casi dan ganas de aplaudir.

Jake sintió los músculos del brazo tensarse bajo la mano de Caroline. Rupert lo notó y sonrió más.

—Diez mil libras —repitió—. No parece una cantidad excesiva por rescatar a una dama en apuros... que se dejó engatusar con demasiada facilidad.

Rupert merecía un golpe, Jake lo sabía. Lo imaginó con una claridad brutal: su puño contra esa boca, el crujido de los dientes, la cabeza de Rupert golpeando contra el espejo dorado. Solo necesitaba un segundo, quizá menos, suficiente para borrar su sonrisa triunfante.

Caroline reparó en el esfuerzo que hacía su esposo por controlarse, de modo que apretó los dedos, que seguían en el brazo de él. Jake los notó, respiró una vez, y otra, y otra más...

—Si vuelve a hablarle así —la voz se le afiló como un colmillo— recogerá sus dientes de la alfombra.

Rupert ladeó la cabeza.

—¿Eso es una amenaza, magistrado?

—Las amenazas suelen ser menos explícitas.

Caroline se movió apenas. Jake suavizó la voz, aunque no el filo.

—Ha pedido dinero a mi esposa. Explique por qué.

—Creo que los tres conocemos la respuesta.

—Quiero oírla.

Rupert miró a Caroline.

—Su hijo nacerá antes de lo que conviene a su respetabilidad. Todos harán cuentas cuando llegue el momento. Las mujeres siempre hacen cuentas, y los hombres —encogió los hombros— fingen no hacerlas, lo que es peor. Bastará con unas pocas palabras

en los lugares adecuados para que la historia se ordene sola.

—¿Qué historia? —preguntó Jake.

Rupert sonrió, no un gesto que evidenciara felicidad, sino malicia.

—Muy bien. Diré que un amigo, un caballero discreto, por supuesto, me confesó que lady Caroline tenía ciertas inclinaciones poco prudentes antes de su matrimonio. Que le gustaba atraer atenciones masculinas. Que hubo más de un hombre. Que cuando se supo encinta, su familia buscó con urgencia un marido dispuesto a aceptar el apellido que correspondía a otro.

Caroline se puso aún más pálida y Jake no se movió. El pasillo pareció estrecharse.

Ella no bajó la cabeza; aun así, sintió el golpe por ella.

—Eso no es verdad —matizó Jake con un tono furioso.

—Lo sé, Nerby, la verdad solo la conocemos nosotros tres —repuso Rupert con voz casi amable—, pero no necesito que me crean a mí, necesito que duden de ella, y será fácil.

La mandíbula de Jake se endureció, en sus ojos brillaba un fuego peligroso; sin embargo, Rupert continuó con comodidad. En realidad disfrutaba del momento.

—Y cuando el niño nazca demasiado pronto, todos serán lo bastante inteligentes para contar los meses y lo bastante crueles para disfrutar haciéndolo.

Caroline soltó el brazo de Jake; durante un segundo, él temió que se desmayara y estuvo pendiente. Pero no lo hizo, su rostro seguía pálido, aunque en su mirada color avellana había una fortaleza capaz de derribar muros altos y gruesos.

Entonces Jake dio un paso hacia Rupert.

—Hazlo —repuso firme.

Rupert, en ese instante, no sentía que su plan fuera seguro,

parpadeó.

—¿Está seguro?

—Habla. Miente. Propaga cuanto quieras —soltó ella recuperando la entereza.

—Caroline... —musitó Jake.

Ella no lo miró; sus ojos, afilados como dagas, estaban fijos en los de Rupert.

—Ya viví aterrada por lo que podían decir de mí. Ya permití que la vergüenza me llevara hasta un río. No pienso volver allí porque tú hayas descubierto que no tienes otra cosa con la que amenazarme.

El conde perdió un poco la sonrisa, y Caroline apoyó una mano sobre su vientre mientras seguía hablando.

—Di lo que quieras. Mi esposo y yo sabemos la verdad. Y mi hijo crecerá sin que yo le enseñe a esconder la cabeza por los pecados de otro.

Jake no supo qué lo conmovió más: la firmeza de su voz o la palabra «mi esposo» pronunciada sin duda alguna.

Rupert, en cambio, se recompuso con rapidez.

—Muy noble y muy emocionante, querida. Pero a la sociedad le encantan los cotilleos, se alimenta de todas las versiones.

Jake avanzó hasta quedar a un paso de él, esta vez Caroline no lo detuvo.

—Entonces escuche mi versión, Clayne.

Rupert alzó la barbilla.

—Si una sola palabra sobre mi esposa o mi hijo sale de su boca —continuó en voz baja—, no responderé con rumores. Responderé con hechos, y los hechos, cuando se investigan bien, tienen la desagradable costumbre de sobrevivir a las mentiras.

La mirada de Rupert cambió, muy poco, pero Jake lo vio. Ahí estaba el miedo, no mucho todavía, pero lo suficiente para que él

fuera consciente de lo que se jugaba si continuaba con su chantaje.

—No sé a qué se refiere —mencionó Rupert.

—Sí, lo sabe. Si tiene más secretos yo los descubriré.

Jake advirtió cómo tragaba saliva, no necesitó más confirmación.

—Tenga cuidado, Nerby. Los magistrados también pueden caer en desgracia si se dejan arrastrar por asuntos domésticos.

—Y los caballeros mentirosos pueden descubrir que Londres es mucho más pequeño cuando alguien empieza a hacer preguntas.

El silencio se tensó. Caroline volvió la cabeza hacia Jake. Rupert lo miró durante un segundo demasiado largo. Su sonrisa intentó regresar, pero ya no alcanzó la misma naturalidad.

—Diez mil libras —exigió—. Antes del viernes. Después, quizá todos podamos seguir fingiendo que somos personas respetables.

Jake sintió un desprecio frío asentarse en su interior.

—Ya le adelanto que no recibirá un penique.

—Entonces aténganse a las consecuencias.

—No —respondió Jake—. Aténgase usted.

La voz de Caroline sonó junto a él, suave pero firme.

—Vete, Rupert.

El nombre hizo que Jake apretara la mandíbula.

—Hubo un tiempo en que pronunciabas mi nombre con la suavidad de un pétalo, querida.

—Ya no. Solo siento desprecio por ti... y mucha lástima.

Sus palabras lo desarmaron más que cualquier insulto. Rupert la contempló con irritación real por primera vez. Quizá hasta entonces había creído que aún existía una parte de ella que podía manipular. La joven que lo había escuchado, que había creído sus promesas, que se había quedado sola frente al horror de su rechazo no existía. Frente a él había otra Caroline. Estaba pálida y temblaba, pero se mantenía de pie con una entereza que solo otorgaba una fuerza

interior nacida del corazón. Además, no estaba sola.

Rupert se apartó con una inclinación exagerada.

—Disfruten del baile.

Pasó junto al magistrado con la intención de rozarle el hombro, pero le faltó valor, porque Jake giró apenas la cabeza y lo miró de una forma que detuvo el gesto antes de nacer. El conde siguió adelante por el pasillo y desapareció hacia una puerta lateral.

Durante varios segundos, ninguno de los dos habló. La música del salón regresó poco a poco, junto a risas, pasos, el eco de un violín, una voz femenina al otro lado de las puertas.

Caroline seguía inmóvil, su musculatura estaba rígida y no recuperaría la normalidad hasta recobrar el temple. Jake se volvió hacia ella.

—¿Te ha hecho daño?

—No...

Él miró su brazo.

—Yo creo que sí.

Ella bajó la vista hacia la marca en el guante, en ese instante notó su piel palpar de dolor.

—No es nada.

Jake sintió que la rabia volvía a encenderse, alargó la mano y bajó el guante. Ahí estaban unas huellas rojizas, acarició el lugar con intención de borrar todo mal.

Ella alzó la mirada.

—Es verdad, no es nada comparado con lo que habría sido si lo hubieras golpeado, imagina el escándalo.

Jake se quedó callado y Caroline respiró hondo. La firmeza empezó a agrietarse ahora que Rupert ya no estaba delante.

—Gracias por no hacerlo.

—He estado cerca. No lo hice por ti.

Ella dio un paso hacia él.

—Lo sé.

Jake miró hacia la puerta por la que Rupert había desaparecido. Ella acarició con su mano enguantada la mejilla de su esposo. Caroline tenía los ojos brillantes, pero no eran lágrimas, sino una resolución que lo desarmó.

—Él no tendrá mi miedo —dijo ella—. Mi vida eres tú y nuestro hijo.

Jake sintió que algo se le cerraba en la garganta.

—No voy a permitir que utilice la vergüenza como arma contra ti.

—¿Qué vas a hacer?

Jake pensó en las investigaciones sobre Rupert que ya estaban en marcha. Estaba seguro de que pronto tendrían resultados.

—Lo que sé hacer —respondió.

—Jake...

—No voy a golpearlo en un pasillo. No voy a arruinar la noche ni a darle la satisfacción de convertirme en un escándalo más.

Caroline soltó el aire con suavidad.

—Gracias.

—Voy a destruirlo correctamente.

Ella arrugó el entrecejo, había algo casi terrible en la calma con que lo dijo.

Jake sostuvo su mirada y se dispuso a darle una explicación.

—Sé que guarda más secretos y lo destruiré con pruebas, con testigos, con todo aquello que hombres como él siempre creen que pueden comprar.

Caroline cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, había en ellos cansancio, pero también una confianza que a Jake le resultó balsámica. Su esposa creía en él y eso era suficiente.

—Entonces volvamos al salón —sugirió ella.

Él frunció el ceño.

—No tienes que hacerlo.

—Si no vuelvo, él gana algo.

Jake quiso discutir, pero no pudo, porque tenía razón. Ella enderezó los hombros, se alisó la falda con una mano y levantó la barbilla. Luego miró a Jake.

—¿Estoy presentable?

Estaba pálida, tenía los ojos demasiado brillantes y una marca en la piel que el guante ocultaba. Ojalá pudiera arrancarle de la memoria los últimos minutos vividos. Aun así, también estaba hermosa de una forma que ningún salón podía entender. Hermosa no por el vestido, ni las perlas ni la juventud. Hermosa porque seguía en pie.

—Estás magnífica —afirmó.

Caroline parpadeó, sorprendida por la naturalidad con que lo había dicho. Le ofreció la mano y Jake la tomó. No la apoyó en su brazo de inmediato, primero la sostuvo entre la suya.

—Siempre estaremos juntos, no lo olvides —repuso en voz baja él.

Ella asintió, en esta ocasión sus ojos brillaron de lágrimas.

—Juntos.

Él asintió, y entonces regresaron al salón. La música seguía sonando, las velas ardían y nadie parecía saber aún que, en un pasillo de Retliden House, algo acababa de romperse de forma definitiva.

Pero Cecily, que vigilaba desde la distancia, los vio entrar; también Reginald, su rostro era de preocupación, ya que su esposa le había contado todo lo sucedido. Jake se dio cuenta, pues el duque desvió la mirada hacia Rupert con los labios apretados de pura rabia.

Mientras avanzaban por el salón, Jake advirtió la presencia de

Thomas, apostado con discreción, en el exterior en la puerta balconera. Alzó apenas la mirada hacia Jake, este le sostuvo los ojos un segundo y asintió con discreción. Era una orden silenciosa que el oficial comprendió. Rupert Clayne no volvería a moverse sin ser visto, porque ya no sería solo Thomas quien lo vigilaría, sino que una dotación de agentes camuflados entre los nobles lo vigilaría incluso cuando dormía.

Caroline apretó con suavidad la mano de Jake, su esposo la miró.

—¿Té y galletas cuando volvamos a casa? —preguntó ella, con una voz apenas audible.

La propuesta era absurda allí, en medio del salón de baile, rodeados de música, seda, murmullos y enemigos. Jake inclinó la cabeza hacia su esposa.

—Té, galletas y nosotros dos.

Caroline asintió con la mirada brillante de esperanza, sonrió con afecto, una sonrisa que alcanzó el alma de él.

Capítulo 12

Cuando regresaron a Montagu Square, la casa estaba en silencio. Mrs. Barrow no apareció de inmediato, aunque Caroline sospechó que no debía de andar lejos. Había luz en el *hall*, un fuego discreto preparado en la biblioteca y, sobre la mesa baja junto a los sillones, una bandeja con té recién hecho y un plato de galletas de mantequilla. Bess, sin duda. O quizá Nell, fingiendo que Bess había tenido la idea.

Caroline se quedó un instante en el umbral de la biblioteca, con la capa aún sobre los hombros y los guantes puestos. Después del brillo excesivo de Retliden House, esa estancia le pareció casi irreal: el fuego tranquilo, las cortinas nuevas que había elegido semanas atrás, el olor a té y a leña. No había música, ni ojos pendientes de ella, ni sonrisas calculadas ni preguntas escondidas bajo frases amables. Solo Jake y ella. De pronto tuvo la sensación de estar en el paraíso.

Su marido cerró la puerta con suavidad tras ellos. La ayudó a quitarse la capa, que dejó en el respaldo de una silla.

—Siéntate —pidió.

No era una orden, porque en el tono de su voz había preocupación, aunque intentara disimularla bajo un ligero carraspeo.

Caroline hizo lo que le pedía, después se quitó los guantes despacio. El brazo izquierdo conservaba aún los dedos de Rupert. Los ojos de él se detuvieron allí un segundo, y la dureza regresó a su mandíbula.

Caroline dejó el guante sobre la mesa.

—No me ha hecho daño.

—No me gusta que digas eso.

Ella alzó la vista.

—¿Qué?

Jake se acercó a la bandeja y sirvió el té con una concentración excesiva.

—Es evidente que te ha hecho daño, negarlo no hará que duela menos.

Caroline no supo qué responder. Él le tendió una taza, luego tomó la suya y se sentó frente a ella, en el sillón que, poco a poco, se había amoldado a su cuerpo durante todas las tardes compartidas. La casaca azul medianoche seguía haciéndolo parecer distinto, no menos severo, no menos Jake, pero sí de algún modo más cercano al hombre que existía fuera de Bow Street.

Caroline rodeó la taza con ambas manos. El calor alivió la rigidez de los dedos. Durante un rato no hablaron. El silencio, esa noche, no era tan cómodo como otras veces. Tenía demasiado dentro: Rupert, el pasillo, las diez mil libras, la amenaza, la forma en que Jake había contenido la violencia por ella.

Caroline miró el plato de galletas.

—Bess habrá esperado despierta.

—Y Nell habrá fingido que no se lo permitía.

Caroline casi sonrió. Casi. Pero la emoción no llegó a formarse del todo en sus labios, ya que se quedó atrapada bajo algo más pesado.

—Debes de pensar que fui una estúpida.

Jake levantó la vista.

—No.

La respuesta llegó sin pausa. Caroline apretó los dedos alrededor de la taza.

—Ni siquiera has preguntado a qué me refiero.

—No hacía falta.

Ella miró el fuego.

—Me dejé engañar por él.

—Él te engañó.

—No es lo mismo.

—Sí, lo es.

—Jake...

—No.

La firmeza de su voz la obligó a callar. Jake dejó la taza sobre la mesa y se inclinó un poco hacia ella. No parecía enfadado, eso era lo peor y lo mejor al mismo tiempo, porque Caroline habría sabido qué hacer con el reproche y con la compasión también. Pero esa certeza tranquila que mostraba su mirada azul turquesa la desarmaba.

—El estúpido es él, no tú —sentenció.

Caroline soltó una risa breve, sin alegría.

—No parece un hombre estúpido.

—Lo es.

—Rupert sabe exactamente qué decir, cuándo sonreír, cómo mirar a una mujer para que crea que es especial.

Jake la miró con una dureza que no iba dirigida a ella.

—Eso lo convierte en hábil, no en inteligente.

Caroline sintió que los ojos se le llenaban de una emoción absurda.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que un hombre inteligente habría sabido lo que tenía delante.
Ella dejó de respirar un instante, Jake bajó un poco la voz.

—Y no lo habría perdido.

Caroline parpadeó, una lágrima cayó antes de que pudiera evitarlo. No era la primera vez que lloraba en presencia de Jake, pero esa lágrima le dio vergüenza, no porque él la viera, sino porque había nacido de una ternura demasiado inesperada. Rupert la había hecho sentirse deseada, especial, elegida. Jake, en cambio, acababa de hacerla sentir valiosa. Y no era lo mismo, ni siquiera se parecía.

—No digas eso si solo intentas consolarme —murmuró.

—No soy tan bueno haciéndolo.

—Eso es cierto —susurró con un deje de humor.

Él arqueó apenas una ceja. Caroline se limpió la mejilla con la punta de los dedos.

—Perdóname.

—No te disculpes por llorar.

Ella bajó la mirada a su taza, se dio cuenta de que necesitaba vaciar su interior.

—Lo conocí en una cena.

Caroline no había planeado confesar, pero esa noche las palabras empezaron a salir solas, porque estaba cansada de que Rupert siguiera ocupando lugares oscuros dentro de su memoria. Y Jake merecía saber toda la historia.

—Yo llevaba tres temporadas sin que ningún partido serio se materializara —continuó—, y mis padres tenían esa expresión de cuando algo no va según el plan, y empezaron a invitarlo a menudo. Al principio creí que era una coincidencia. Rupert estaba en todas partes: cenas, veladas, paseos, conciertos. Mi madre decía que era natural, que Londres era pequeño para ciertas familias. Después comprendí que no había nada natural en ello.

Jake permanecía quieto, atento. Esa era otra cosa que hacía bien: escuchar sin interrumpir, sin la necesidad de llenar cada silencio para aliviar su propia incomodidad. Caroline apreciaba ese rasgo más de lo que él imaginaba, sobre todo después de tanto tiempo rodeada de personas que hacían exactamente lo contrario.

—Era un buen partido —dijo Caroline, con una amargura suave—. O eso creían todos. Es un conde, soltero, elegante, aparentemente rico. Mi madre hablaba de él con esa indiferencia suya que escondía un motivo. Mi padre lo encontraba adecuado. Decían su nombre sin decir nada, pero yo sabía lo que esperaban.

—Querían unirlo a ti.

Ella asintió.

—Sí.

El fuego crujió en la chimenea. Caroline observó cómo una llama se curvaba sobre un tronco antes de seguir hablando.

—Rupert empezó a prestarme atención de una forma que me resultaba... nueva. No como los caballeros que hacían cumplidos porque tocaba hacerlos. Él parecía recordar lo que yo decía. Si mencionaba un libro, días después lo citaba. Si me aburría en una cena, encontraba la manera de hacerme reír sin que nadie más lo notara. Me miraba como si hubiese descubierto algo en mí que los demás pasaban por alto.

Le dolió admitirlo, más que los dedos marcados en su brazo. Era la parte que aún la avergonzaba: no el engaño, sino la necesidad que él había sabido encontrar.

—Me hacía sentir importante —confesó.

Jake no dijo nada y Caroline tragó saliva antes de seguir.

—En Retliden House todos me querían correcta, conveniente, agradable. Rupert me buscaba y me hacía sentir... singular. Como si no estuviera esperando que yo ocupara un lugar, sino que me veía a

mí.

La palabra se quebró un poco al final. Jake se levantó y Caroline pensó que iba a caminar por la estancia; tal vez porque la furia necesitaba algún sitio por donde escapar. En lugar de eso, se acercó a la chimenea, tomó el atizador y removi6 las brasas con cuidado, no con la violencia que ella esperaba. Después volvió a dejarlo en su sitio y se sentó.

—Ese fue su primer delito —dijo él.

Ella alzó la vista.

—¿Hacerme cumplidos?

—Averiguar dónde estabas sola y usarlo contra ti.

Caroline sintió que esa frase le tocaba una herida que no sabía nombrar.

—Yo acepté escucharlo.

—Porque querías ser escuchada.

—Me dejé halagar.

—Porque llevabas años siendo tratada como una pieza de ajedrez.

Ella cerró los ojos un momento.

—No puedes absolverme de todo.

—No intento absolverte. No has cometido un crimen.

—Cometí un error.

—Sí, cierto.

La sinceridad de Jake la hizo mirarlo. Él no suavizó las palabras, tal vez por eso pudo creer lo que dijo después.

—Pero un error no convierte a una mujer en culpable de la mentira de un hombre.

Caroline apretó los labios.

—Después me pidió que nos viéramos a escondidas.

Jake se tensó.

—¿Dónde?

La pregunta salió demasiado rápida, demasiado de Bow Street. Caroline lo notó, pero no se ofendió.

—En el jardín de una casa donde se celebraba una velada. Después en paseos, a horas en que no debía estar sola. Una vez en una sala de música. Otra, en una biblioteca. Siempre lugares donde podía parecer casualidad si alguien nos encontraba, pero no lo bastante públicos para que lo fueran.

La mandíbula de Jake se endureció.

—Y él organizaba esos encuentros.

—Sí.

—No tú.

Caroline dudó.

—Yo iba.

—Porque él te convencía.

—Porque yo quería creerlo.

Jake la miró, esa era la verdad más difícil. No que Rupert hubiera mentido, sino que Caroline había deseado tanto que la mentira fuera cierta que empezó a colaborar con ella.

—Ese fue mi error —mencionó—. Pensar que algo secreto podía ser hermoso solo porque él lo llamaba amor.

Hubo un silencio, el fuego crepitó con intensidad.

—Decía que mis padres no entenderían la profundidad de lo que sentíamos. —Bajó la vista a sus manos—. Que arruinarían algo puro con contratos, acuerdos y conveniencias. Que necesitábamos un tiempo para estar solos antes de permitir que el mundo decidiera por nosotros. —Sonrió apenas, con una tristeza que le dolió en la boca—. Qué frases tan bonitas, ¿verdad?

—Frases útiles.

—Sí, muy útiles y convincentes —susurró.

El silencio se extendió. Jake se quedó callado para dejar que ella llegara hasta donde pudiera. Caroline respiró hondo.

—La primera vez que me besó, me dijo que nunca había conocido a una mujer como yo.

La mano de Jake se cerró sobre el brazo del sillón. Caroline lo vio de reojo, pero también fue consciente del esfuerzo que hizo por no decir nada.

—Yo le creí, porque quería ser esa mujer, la distinta, la elegida, la que conseguía que un hombre como él olvidara a todas las demás.

La vergüenza subió, caliente, por su garganta y se instaló en sus mejillas.

—Y luego, cuando consiguió lo que buscaba y empecé a pedirle que diéramos el paso, aparecía y desaparecía según le convenía. Lo peor de todo era que yo misma encontraba explicaciones: está ocupado, no se encuentra bien, tiene compromisos... —Soltó el aire con un temblor—. Qué fácil resulta fabricar excusas cuando la alternativa es admitir que alguien a quien has entregado tu confianza no merece ni una parte de ella.

Jake se levantó, se puso en cuclillas frente a ella, apartó la taza de sus manos y la dejó sobre la mesita auxiliar. Después tomó sus dedos entre los suyos, con una delicadeza que no tenía nada que ver con la ira de hacía un momento.

Caroline sintió la calidez en su piel. La cercanía de su cuerpo y la suavidad con la que la miraba la hicieron sentir segura.

—No tienes que seguir —dijo él, estrechando un poco más sus manos entre las suyas.

—Sí, tengo que hacerlo.

—Esta noche no.

—Esta noche sí. Quiero que lo sepas todo.

Caroline alzó la barbilla, un gesto que evidenciaba su fortaleza interior.

—Porque hoy lo he visto y no me he roto.

Jake guardó silencio.

—Me ha dado miedo —admitió ella—. Lo he odiado y he querido desaparecer durante un segundo. Pero no me he roto.

Su voz ganó una firmeza pequeña, frágil pero real.

—Y quiero recordar eso más que lo otro.

Jake bajó la mirada hacia sus manos y Caroline entrelazó los dedos con los de él con más fuerza antes de perder valor.

—Cuando supe que estaba embarazada —continuó—, fui a buscarlo. No para exigirle amor, en el fondo ya sabía que no debía esperarlo. Pero pensé que, al menos, habría alguna decencia y que aceptaría cumplir con su responsabilidad.

La respiración de Jake cambió, se volvió más intensa.

—Y él negó al niño —agregó entre dientes.

—Dijo que podía ser de cualquiera.

La mano de Jake se cerró alrededor de la suya, no con fuerza suficiente para hacerle daño, solo lo bastante para revelar la violencia que contenía.

—Cuánto debiste sufrir en ese instante.

A Caroline le temblaron los labios.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras regresar al salón de Retliden House y matarlo.

Jake no respondió de inmediato, lo hizo después de exhalar con fuerza.

—Ya no está allí.

—Sospecho que sabes dónde encontrarlo.

—Sí, sé dónde está a cada momento.

—Jake...

Él cerró los ojos un instante.

—No temas, no voy a hacerlo. Pero no me pidas que lamente querer hacerlo.

—No te lo pediré.

El silencio que siguió fue distinto: más honesto, menos pesado. Caroline bajó la vista a sus manos unidas.

—Esa noche pensé que yo no valía nada.

Jake se levantó sin soltarla, instándola a que ella hiciera lo mismo.

—Eso no es cierto, y no quiero que lo pienses más.

—Lo pensé —insistió ella—. Sobre todo cuando le conté a mis padres que estaba embarazada. Me dijeron que no me podía quedar con el bebé, que me iría a vivir lejos y cuando lo tuviera lo darían en adopción. Después me llevarían a un convento, era un destino digno para una joven como yo que había perdido la virginidad antes del matrimonio.

—Tus padres se equivocaron. En vez de juzgarte y sentenciarte deberían haberte ayudado.

Ella bajó la mirada al tiempo que sus manos se soltaban.

—No quisieron escucharme, estaba desesperada, así que acudí de nuevo a Rupert a suplicarle ayuda... —su voz empezó a temblar—, se rio de mí y me echó de su hogar como si fuera alguien insignificante que no merecía nada.

—Mírame.

Ella tardó un segundo en obedecer. Cuando lo hizo, encontró sus ojos turquesa fijos en ella.

—Rupert Clayne eligió mentirte porque sabía que eras capaz de confiar. Eso no es estupidez.

Caroline sintió que la garganta se le cerraba mientras él seguía hablando.

—Se escondió porque sabía que tú eras capaz de amar con honestidad. Eso no es debilidad.

La primera lágrima cayó, Jake hizo una pausa antes de continuar, levantó la mano y la recogió con el pulgar.

—Te abandonó porque sabía que no tenía nada digno que ofrecer cuando la mentira dejara de servirle. Eso no habla de ti, Caroline, habla de él.

Ella cerró los ojos, y otra lágrima le resbaló por la mejilla.

—Me avergüenza haberlo querido —confesó.

—No creo que lo quisieras a él.

Caroline abrió los ojos y Jake sostuvo su mirada.

—Creo que quisiste lo que fingía ser.

La frase la alcanzó con una precisión dolorosa. Durante mucho tiempo no había sabido separar una cosa de la otra. Rupert y la promesa. Rupert y la ilusión. Rupert y la versión de sí misma que se sentía querida por primera vez. Pero Jake acababa de nombrarlo con una claridad que la dejó sin defensa.

—Sí —susurró—. Creo que sí.

Jake bajó la mano, pero no se apartó.

—Entonces no le entregues también la vergüenza. Ya se llevó demasiado. Él es pasado.

Caroline respiró hondo. Tomó la mano de Jake y la colocó en su vientre.

—Y nosotros tres somos el futuro.

El fuego crepitó con suavidad. En algún lugar de la casa, una puerta crujió y luego volvió el silencio. Ella miró la bandeja, las galletas intactas, el té que empezaba a enfriarse. Pensó en Retliden House, en los salones, en Rupert, en el río. Y luego en esa

biblioteca. En la mano de Jake sobre su vientre. En la forma en que él la miraba, como una mujer valiosa que merecía ser feliz.

Caroline se acercó más a él antes de pensarlo. No fue un gesto calculado, solo necesitaba sentirlo. Jake la recibió con una quietud cuidadosa, no se atrevía ni a respirar porque temía romper el momento.

Ella apoyó la frente contra su hombro, y durante un segundo, él no se movió. Después la rodeó con el brazo y Caroline sintió bajo la mano la fuerza contenida de su cuerpo y recordó, con un calor súbito, el beso de antes del baile. Jake bajó la mejilla hasta rozarle el cabello.

—No eres una estúpida —murmuró.

Caroline cerró los ojos.

—Estoy intentando creerte.

—Bien. Porque te lo repetiré cada vez que necesites escucharlo.

Ella soltó una risa pequeña, quebrada por las lágrimas.

—Eres un buen hombre, Jake Nerby. Y me siento más cerca de ti de lo que jamás estuve de Rupert. Nunca imaginé que eso pudiera ocurrir.

—Me alegro.

Caroline se apartó lo justo para mirarlo.

—Yo también.

Las palabras quedaron entre ambos, más íntima que una explicación.

Jake bajó la mirada a su boca. Caroline se dio cuenta, esta vez fue ella quien levantó una mano y tocó su mejilla.

—No quiero dormir sola esta noche —susurró.

Los ojos de Jake se clavaron en los suyos y su respiración se volvió más lenta, más difícil.

—Caroline, ¿sabes lo que me estás pidiendo?

Ella nunca había estado más segura de nada en toda su vida, porque desde que Rupert Clayne había vuelto a aparecer ante ella esa noche, no pensaba en lo que él podía destruir, sino en lo que Jake y ella estaban construyendo.

—Sí, y no quiero que te contengas.

Entonces Jake la besó. No como el primer beso antes del baile, con la duda cuidadosa del cruce inicial de una frontera. Esta vez el beso tuvo la ternura de antes y algo más profundo debajo, algo que los dos sintieron y ninguno quiso nombrar todavía.

Caroline respondió sin miedo. Sus dedos se deslizaron hasta la solapa azul de la casaca que ella había elegido para él y se aferró a la tela con intención de no soltarlo nunca.

Después del beso, se tomaron de la mano y subieron las escaleras en silencio, uno al lado del otro. No había prisa en sus pasos, pero sí una conciencia nueva entre ambos. Cada roce de sus dedos parecía decir algo que ninguno se atrevía aún a pronunciar en voz alta. La casa dormía a su alrededor, solo crujía la madera bajo sus pies; en el exterior, una ligera lluvia de otoño empezó a caer.

Jake abrió la puerta de la alcoba de Caroline y se apartó para dejarla pasar. Ella entró primero, él la siguió y cerró la batiente con cuidado. Durante un instante, no hicieron nada más que mirarse. La chimenea había caldeado la estancia. Las llamas se movían despacio, proyectaban reflejos dorados sobre los muebles, sobre las cortinas del lecho, sobre el vestido marfil que Caroline aún llevaba puesto. La luz del fuego prendía también en los ojos de Jake, volvía más intenso el azul de su mirada y marcaba las líneas firmes de su rostro con una suavidad que rara vez se permitía durante el día.

Caroline sintió que el corazón le latía con fuerza; no era miedo, era una emoción nueva que recorría su cuerpo y la sorprendió más que cualquier otra cosa. Se puso nerviosa, que se reflejó en el

temblor de sus manos y en una respiración algo más rápida. Tomó conciencia absoluta de la puerta cerrada, del silencio, de la cercanía de Jake, su esposo, aquel que se lo estaba dando todo sin pedir nada a cambio. Solo esperaba no decepcionarlo. La idea le resultó tan dolorosa que dio un paso atrás.

Jake pareció leer el temor en su rostro, porque se quedó quieto en el lugar.

—Caroline —dijo con la voz baja—. Podemos detenernos aquí.

Ella tragó saliva, la delicadeza de esa frase le apretó el pecho. Otro hombre no le habría permitido que diera un paso atrás. Jake sí. Jake seguía facilitándole espacio incluso entonces, incluso cuando sus ojos decían con claridad que contenerse le costaba más de lo que quería admitir.

Caroline se acercó a él.

—No quiero detenerme.

La respiración de Jake cambió.

—Tienes que estar segura.

—Lo estoy.

Él la miró como si esa certeza fuera un regalo que no sabía si merecía recibir. Caroline levantó una mano y tocó la solapa de la casaca azul, la tela era suave bajo sus dedos. Recordó el momento en que se la había entregado, su temor a que él creyera que intentaba cambiarlo, la forma en que Jake había distinguido de inmediato la diferencia entre imponer y cuidar.

—Esta noche —susurró— he vuelto a ver a Rupert.

La mandíbula de Jake se tensó. Ella negó con la cabeza antes de que la rabia pudiera instalarse entre los dos.

—Y he comprendido algo. Él me hizo sentir elegida cuando en realidad solo me estaba utilizando. Me hizo creer que el secreto era amor cuando solo era vergüenza disfrazada. Pero contigo... —la voz

le temblaba, deslizó los dedos hasta apoyar la palma sobre su pecho —, contigo no tengo que esconderme.

Algo se quebró en la expresión de Jake. No era dolor, era una emoción contenida, profunda, que cubrió su mirada.

—No —dijo él—. Nunca conmigo.

La promesa, sencilla y absoluta, terminó de deshacer la última resistencia de Caroline. Jake lo percibió y alzó la mano despacio, le rozó la mejilla con los nudillos. Ese contacto tan leve la estremeció más que cualquier gesto impaciente. Ella cerró los ojos un instante y volvió el rostro hacia su mano, aceptando la caricia.

Entonces él la besó. No fue un beso brusco, tampoco tímido, fue un beso lleno de todo lo que habían callado durante semanas: las tazas de té en la biblioteca, las noches en vela, el bebé moviéndose bajo su mano, la rabia contenida en un pasillo de Retliden House, la certeza de que algo entre ellos había dejado de ser solo protección.

Caroline le rodeó el cuello con los brazos, Jake la sostuvo por la cintura con una delicadeza que no lograba ocultar la fuerza de sus manos. La besó como si aún le preguntara, una y otra vez, si podía, si debía, si ella seguía allí porque quería.

Y Caroline respondió acercándose más. No sabía cómo explicarle con palabras que lo elegía. Que cada gesto suyo, cada espera, cada renuncia a reclamarle nada la había llevado hasta allí con más eficacia que cualquier promesa hermosa. Que no era gratitud lo que la hacía temblar entre sus brazos. Era deseo. Era confianza. Era algo más hondo, más intenso, más parecido a la felicidad de lo que se atrevía a nombrar.

Jake se apartó apenas, con la frente apoyada contra la suya.

—Dímelo otra vez —murmuró.

Caroline abrió los ojos.

—¿El qué?

—Que estás segura.

La emoción le llenó los ojos.

—Estoy segura.

Él cerró los párpados un instante, como si esas dos palabras le exigieran más dominio que cualquier amenaza. Después la besó en la frente, en la sien, en la mejilla... Y por último volvió a su boca, más despacio, con una ternura que hizo que Caroline sintiera el pecho demasiado lleno.

Las manos de Jake buscaron los lazos de su vestido, pero se detuvieron antes de tocarlos.

—¿Puedo?

Caroline asintió.

—Sí.

La palabra salió baja pero firme. Jake deshizo el primer lazo con cuidado, luego otro, y otro... No había prisa en sus dedos, no había torpeza, pero sí una reverencia silenciosa que la conmovió más de lo que esperaba. Caroline sintió que no la desvestía para poseerla, se acercaba a ella sin romper nada de lo que aún estaba aprendiendo a sanar.

La tela cedió poco a poco y el vestido resbaló por sus hombros con un susurro suave. Jake la miró, no como Rupert la habría mirado, con hambre disfrazada de adoración y mentiras dichas al oído. Jake la contemplaba con asombro, con deseo, pero también con una especie de respeto feroz, como si tuviera delante algo valioso y no acabara de entender por qué se le permitía tocarlo.

Caroline sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No me mires así —susurró—. Como si fuera algo hermoso.

Jake rozó su mejilla con el pulgar y la miró con una seriedad que le robó el aliento.

—Lo eres...

Una lágrima escapó de su mirada y Jake la besó antes de que llegara a su barbilla.

—Eres hermosa, más de lo que merezco —murmuró contra su piel.

Caroline cerró los ojos.

—Jake...

Se inclinó hacia él, lo abrazó con fuerza y escondió el rostro contra su cuello. Él la rodeó de inmediato, una mano en su espalda y la otra en su cabello, la sostenía sin pedirle que dejara de sentir. Durante un largo momento solo estuvieron así, de pie frente al fuego, con el vestido de Caroline caído a sus pies, la respiración de Jake junto a su oído y la noche entera detenida al otro lado de la puerta.

Cuando Caroline se apartó, fue ella quien buscó los botones de la casaca de Jake, él bajó la vista hacia sus manos.

—No tienes que...

—Quiero.

La frase lo silenció y Caroline desabrochó un botón, otro y otro... Sus dedos temblaban, pero no se detuvo. Jake la dejó hacer, quieto bajo su tacto, con una emoción contenida en la mirada que la hizo sentirse poderosa de una forma nueva. No poderosa sobre él, sino con él, porque por primera vez podía desear sin que eso la convirtiera en culpable.

La casaca cayó sobre una silla, después el chaleco. Jake seguía observándola, cada gesto le arrancaba un suspiro. Su esposa apoyó una mano sobre su pecho, allí donde el lino de la camisa dejaba sentir el calor de su cuerpo y el latido firme de su corazón.

—Eres real —dijo, casi para sí, incapaz de creerse que ese hombre le hubiera resucitado un corazón que habían lastimado.

Él cubrió su mano con la suya.

—Sí.

—A veces todavía me cuesta creerlo.

Jake inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de ella.

—Entonces tendrás toda una vida para comprobarlo.

Caroline lo miró. «Toda una vida». La frase quedó suspendida entre ambos, más íntima que cualquier caricia.

Entonces el bebé se movió, leve pero claro, bajo la capa fina de la camisola que aún la cubría. Caroline soltó una pequeña exhalación y bajó la mirada. Jake también lo hizo. La tensión cambió, se volvió ternura, una emoción compartida que los dejó a los dos en silencio.

Jake apoyó la mano en su vientre solo cuando ella lo guio hasta allí. El niño se movió otra vez. Él cerró los ojos un instante y Caroline apoyó la frente contra su pecho. Él la sostuvo con más cuidado todavía, era consciente de que en sus brazos tenía dos vidas que pensaba cuidar hasta su último aliento.

Después la condujo hacia el lecho, no hubo brusquedad, no hubo palabras innecesarias. Solo el fuego, las sombras moviéndose sobre las paredes, el roce de sus manos y la forma en que Jake se detenía cada vez que Caroline respiraba de manera distinta, buscándole los ojos, esperando siempre una señal.

Y Caroline se la dio. Una y otra vez con sus manos, con su boca, con la confianza creciente con la que se acercó a él hasta que ya no hubo espacio entre ambos para el miedo.

Esa noche, Jake la amó con su cuerpo, con delicadeza y pasión. Y Caroline, que durante demasiado tiempo había creído que el deseo podía ser una trampa y la ternura una mentira, descubrió entre sus brazos algo que no se parecía a nada de lo que había conocido antes.

No hubo vergüenza, ni sombras ni culpa. Solo Jake, su calor, su cuidado, su voz baja pronunciando su nombre como si fuera algo

precioso.

Y cuando la noche los envolvió por completo, Caroline comprendió que no estaba entregando una parte rota de sí misma, estaba regresando a ella junto a él. Entonces supo que eso era amor.

Amor...

Capítulo 13

Quedaban tres días para el viernes y Jake todavía no tenía nada sólido contra Rupert. Reconocía que estaba nervioso, no por miedo al chantaje, sino porque sabía con certeza que Clayne cumpliría su amenaza si no obtenía lo que quería. Aun así, él estaba decidido a no ceder.

Conocía demasiado bien a los hombres de esa calaña. Daba igual que vistieran paño caro, llevaran un título delante del nombre o se movieran entre arañas de cristal y copas de champán; todos estaban tallados por el mismo patrón. Si les entregabas dinero una vez, regresarían a por más en cuanto se les terminara. Y entonces Caroline, el niño y él quedarían atrapados en una red que Rupert tensaría cada vez que necesitara otra libra.

Esa mañana, como las dos anteriores, a Jake le había costado marcharse de casa. Dormía junto a Caroline, despertaba con ella cerca, con el calor de su cuerpo al otro lado de las sábanas, con la certeza todavía nueva de que eran marido y mujer de una forma íntima que le arrancaba un gemido cada vez que recordaba sus cuerpos unidos. Abandonar el lecho, la alcoba y una paz que le inundaba el alma le exigía una disciplina que ningún caso de Bow Street le había pedido jamás.

Pero era un hombre con demasiadas responsabilidades; y la felicidad, por extraña que le resultara aún, no lo eximía de cumplir con ellas. Así que se vistió, bajó las escaleras y fue a Bow Street. Allí, en su despacho, para mantener la mente ocupada, intentó sumergirse en un caso de fraude relacionado con seguros marítimos. Necesitaba apartar a Caroline, a Rupert y a las diez mil libras de sus pensamientos, aunque fuera durante unas horas. El caso, al menos, le permitió abandonar el despacho y dejar que el aire frío de noviembre le despejara la cabeza.

Fue primero a la Custom House, cerca del río, para verificar la titularidad de dos barcos cuya documentación presentaba inconsistencias menores. Nada evidente, nada que un hombre descuidado hubiera notado, pero eran el tipo de errores que los defraudadores sofisticados introducían deliberadamente para que parecieran simples descuidos administrativos, hasta que alguien los miraba con suficiente atención.

El funcionario que lo atendió, un hombre pequeño y meticuloso llamado Hobbs, llevaba treinta años custodiando registros con la devoción de un sacerdote hacia sus reliquias. Sacó los libros y copias que Jake había pedido, y aprovechó, como siempre, para mencionar otros documentos que podían ser de interés.

—Me alegra verlo, señor Nerby —dijo Hobbs, depositando una carpeta adicional sobre la mesa—. Llevo meses intentando que alguien de Bow Street eche un vistazo a esto.

Jake alzó la mirada.

—¿A qué?

—A un memorial presentado para acreditar una pretensión a una dignidad escocesa, supuestamente. —El hombre bajó la voz, aunque estaban solos—. Hay algo que no cuadra.

Jake abrió la carpeta. No era un expediente de barcos; de hecho,

no pertenecía a esa mesa, y precisamente por eso Hobbs lo había apartado. Contenía copias de partidas, extractos genealógicos, sellos, una carta de recomendación y referencias a registros heráldicos escoceses. El solicitante alegaba haber heredado por línea directa un antiguo condado del siglo XVI. Los papeles tenían el aspecto correcto; demasiado correcto, de hecho. El sello parecía adecuado, la caligrafía era formal, las fórmulas legales estaban donde debían estar y las referencias históricas parecían elegidas por alguien que sabía qué nombres debía pronunciar para impresionar a un funcionario cansado.

Pero Jake llevaba doce años mirando documentos falsos, testimonios falsos y hombres falsos. Había desarrollado un sentido especial para detectar cuándo algo se esforzaba demasiado en parecer auténtico. Leyó el nombre del solicitante: Rupert Clayne. Durante un instante, el frío no llegó de la calle y le subió por la espalda.

Jake cerró la carpeta despacio y se obligó a no mostrar emoción alguna.

—Necesitaré una copia certificada de esto —pidió.

Hobbs lo miró con atención.

—¿Cree que es importante?

—Creo que puede llegar a serlo.

—Haré preparar la copia. Y dejaré constancia de que queda bajo consulta de Bow Street.

—Hágalo.

Hobbs asintió, complacido de que al fin alguien hubiera visto lo que él llevaba meses señalando en silencio.

Una hora después, Jake salió a la calle con los documentos bajo el brazo. El aire frío de noviembre le golpeó la cara, pero apenas lo sintió. Se detuvo un momento en la acera, reorganizando lo que

sabía. Rupert Clayne no era quien decía ser. O, al menos, estaba intentando hacer pasar por legítimo algo que no lo era.

A decir verdad Jake ya lo sospechaba. Porque había visto el miedo en sus ojos la noche del baile, cuando le habló de investigar hechos. Durante un segundo, el conde había dejado de parecer un hombre indignado y se había convertido en algo mucho más revelador: un impostor que temía ser descubierto.

Jake aceleró el paso. Cuando llegó a Bow Street, encontró a Thomas Briggs sentado en una de las sillas frente al escritorio. El agente se quitó la gorra y se levantó de inmediato al oír la puerta.

—Señor, he descubierto algo que puede destruir al conde de Clayne.

Jake dejó los documentos sobre la mesa con un gesto brusco.

—Siéntese, Briggs. Y hable.

Thomas obedeció, dejó la gorra en la otra silla. El agente tenía una red de contactos que se extendía por los estratos de Londres como las raíces profundas de un árbol viejo: criados, cocheros, porteros, empleados de clubes, acreedores discretos, antiguas víctimas...

—Clayne mueve dinero por los clubes —explicó—. Mucho. Y nadie sabe de dónde sale.

Jake se sentó en su butaca.

—¿Por qué clubes?

—White's, principalmente. También Brooks's y Ferrell's. Son los lugares donde va quien quiere parecer que pertenece a la aristocracia incluso antes de que nadie le pregunte si realmente pertenece a ella.

Thomas extendió sus notas sobre el escritorio.

—Pero no se llama Rupert Clayne.

Jake se quedó inmóvil.

—Continúe.

—Se llama Alfred Bramond —narró Thomas—. Nacido en Bristol en 1782. Padre: comerciante textil arruinado, ya fallecido. Madre: costurera, también fallecida. Recibió una educación irregular, pagada durante un tiempo por un tío que murió sin dejarle nada. No posee título, renta conocida ni conexión aristocrática real.

Jake sintió cómo la rabia se le asentaba en el estómago, era fría y pesada.

—¿Alias?

—Al menos cuatro en los últimos diez años. Dos en Bath, uno en Edimburgo y otro en Londres antes de convertirse en Rupert Clayne.

—¿Cargos previos?

—Nada que llegara a juicio. Dos denuncias retiradas: una por fraude matrimonial en Bath, en 1809, y otra por deudas contraídas bajo nombre falso en Edimburgo, en 1811. En ambos casos, la denuncia desapareció antes de la vista.

Thomas lo miró.

—Es bueno haciendo desaparecer cosas.

Jake tomó las notas de Briggs. Tenía los dedos agarrotados, pero no por el frío.

—Llegó a Londres hace dos años buscando nuevas oportunidades —dijo el magistrado.

—Sí, y las encontró. Ha convencido a varios caballeros para invertir en empresas que no existen, ha obtenido crédito en tiendas con un nombre que no es suyo y ha usado su supuesta dignidad para abrir puertas que de otro modo nunca lo habrían hecho.

Jake apretó la mandíbula, nadie en la aristocracia lo había cuestionado. Y, en parte, eso lo enfurecía tanto como lo demás. Rupert tenía esa clase de presencia que llevaba a la gente a asumir que alguien, en algún lugar, ya había verificado lo necesario. Un

buen corte de casaca, una sonrisa segura y un título pronunciado con naturalidad bastaban para silenciar la prudencia.

Jake empujó la carpeta hacia Thomas.

—Mire esto.

El agente abrió el expediente. Sus ojos recorrieron las líneas con rapidez. Jake sabía que Thomas era uno de los mejores hombres analizando documentos. No se dejaba impresionar por sellos ni por fórmulas elegantes. Miraba el papel, la tinta, las fechas, los espacios, la presión de la pluma, y encontraba la mentira antes de que otros hubieran terminado de admirar la caligrafía.

—Es falso, señor —sentenció sin levantar los ojos.

—Yo he llegado a la misma conclusión.

Thomas pasó otra página.

—Partida alterada, esta firma está imitada. El sello parece bueno a primera vista, pero el borde no coincide con el original. Y aquí... — se inclinó un poco más— han envejecido el papel de forma artificial, y además, mal.

Jake sintió que algo oscuro y preciso se ordenaba dentro de él.

—Lo tenemos.

Thomas alzó la cabeza. La comisura de sus labios se movió apenas.

—Sí, señor, lo tenemos.

Jake cerró la carpeta.

—No por el título.

—No solo por el título.

—Por falsificación documental, uso de documentos falsos, obtención de crédito bajo falsas pretensiones. Y si conseguimos que alguno de esos nobles admita haberle entregado dinero por creerlo conde de Clayne, fraude.

—Cuando salga la verdad, hablarán —dijo Thomas—. Tal vez no

por honor, pero sí por miedo a parecer idiotas.

—El orgullo es un testigo muy útil cuando se le hiere en el lugar adecuado.

Thomas asintió.

—Necesitamos una orden.

Jake miró la carpeta un momento. Durante semanas había imaginado muchas formas de destruir a Rupert Clayne. Algunas eran rápidas, otras brutales; sin embargo, ninguna le habría permitido volver a casa con la conciencia limpia.

Pero lo que tenía frente a él era mejor, mucho mejor, y definitivo. Se aseguraría de que ese farsante no levantara cabeza nunca más; desde luego que no le destrozaría la vida a ninguna otra mujer. Caroline había sido la última.

—Prepararemos las declaraciones —manifestó Jake—. Hobbs certificará la documentación. Usted conseguirá a uno de los acreedores y al menos a un comerciante que le haya concedido crédito por su falso título. Después llevaremos todo ante otro magistrado.

Thomas arqueó una ceja.

—¿Otro magistrado?

Jake sostuvo su mirada.

—Clayne no tendrá ni una grieta por la que escapar. No dirá que lo perseguí por un asunto doméstico ni que usé Bow Street para vengar a mi esposa.

Thomas lo observó durante un segundo. Luego inclinó la cabeza.

—Buena decisión.

—Quiero la orden antes del viernes.

—La tendrá.

—Y hasta entonces, ningún movimiento brusco. Que siga creyendo que estamos contra la pared.

—¿Quiere que piense que pagará el chantaje?

La mirada de Jake se enfrió.

—Quiero que piense lo que le resulte más cómodo. Los hombres como Clayne cometen errores cuando se sienten así.

Thomas recogió sus notas.

—Entendido.

Jake apoyó la mano sobre la carpeta.

—Antes necesito hablar con Caroline.

El agente se detuvo.

—¿Antes de actuar?

—Sí.

—Señor...

—Quiero que ella sea la primera en saberlo.

Thomas no dijo nada durante un momento. Después guardó las notas dentro de su carpeta con la eficiencia de siempre.

—Entonces vaya a casa.

Jake alzó la vista.

—¿Eso es una orden?

—Un consejo.

—Los consejos de mis subordinados empiezan a ser una costumbre irritante —soltó con una sombra de humor.

—Solo cuando tiene usted tendencia a necesitarlos.

Jake le dirigió una mirada amistosa. Thomas se colocó el sombrero bajo el brazo, ya en la puerta, dijo:

—Señor.

—¿Qué?

El agente dudó apenas.

—Lady Caroline es lo mejor que le ha pasado en la vida.

Jake se quedó inmóvil. Thomas abrió la puerta antes de que pudiera responder, pero se detuvo un instante en el umbral.

—Y, señor..., que aquella noche estuviera usted cerca del río no fue casualidad. No sé qué fue exactamente, pero algunos lo llamarían «destino».

Salió antes de que Jake pudiera replicar; aun así permaneció quieto, con la mirada fija en la puerta cerrada.

«Destino».

Repitió la palabra en silencio, casi con desconfianza. Nunca había sido un hombre dado a creer en esa clase de cosas. Creía en hechos, pruebas, decisiones y consecuencias. Sin embargo, aquella noche junto al río había cambiado el curso de su vida de una forma que ninguna lógica terminaba de explicar. Quizá Thomas tuviera razón. Quizá el destino no siempre llegaba como una revelación solemne. Quizá, a veces, era solo un hombre caminando en la dirección equivocada en el momento exacto. Una mujer al borde del agua. Una mano que alcanzaba a sujetarla antes de que fuera demasiado tarde.

Y Caroline.

Ella, que había llegado a su vida como una responsabilidad y se había convertido en la razón por la que deseaba volver a casa. Jake no pensó más en ello, al menos intentó no hacerlo. Permaneció sentado en el despacho, con la carpeta de Clayne delante y los pensamientos ordenados de una forma que ya no era solo profesional.

Rupert no era un conde, no era un caballero, ni tan siquiera era Rupert Clayne. Era Alfred Bramond, un falsificador, un estafador y un cobarde que había elegido a Caroline porque sabía reconocer la bondad y la inocencia. Ella fue una presa fácil; él la sedujo para satisfacer su deseo, sin importarle que al hacerlo la destrozaría.

Jake cerró la carpeta, después se levantó, tomó la chaqueta, los guantes y el sombrero, y salió de Bow Street.

Iba a casa.

Capítulo 14

Jake llegó a Montagu Square más temprano de lo habitual. La tarde aún no había terminado de oscurecer, y una luz gris y fría se filtraba entre la niebla que empezaba a caer sobre la calle. El carruaje se detuvo frente a la casa con un crujido de ruedas húmedas. Jake descendió con la carpeta bajo el brazo, los guantes en una mano y el peso de lo descubierto en Bow Street instalado en el pecho.

Al entrar, no encontró a Caroline en la biblioteca, de hecho era lo normal, pues nunca volvía tan pronto. Durante las últimas semanas, esa estancia se había convertido en su lugar de regreso. Lo esperaba allí siempre: sentada junto al fuego, con un libro en el regazo, una taza de té preparada y un plato de galletas de mantequilla en la mesa baja. El solo pensamiento de esa rutina solía bastar para deshacerle una parte del cansancio.

Pero esa tarde la biblioteca estaba vacía. Entonces oyó voces en el piso superior, una era de Caroline; otra, de Hetty; y la tercera, mucho más rápida y nerviosa, de Bess. No parecían alarmadas, al contrario, había en esas voces una alegría contenida, un murmullo de entusiasmo femenino que llenaba la casa de una calidez acogedora. Jake dejó el sombrero y los guantes sobre la consola del *hall*, conservó la carpeta bajo el brazo y subió las escaleras.

Las voces procedían de la alcoba de Caroline, bueno, también la suya, pues había empezado a pertenecerles a ambos de una forma nueva, silenciosa e intensa, muy intensa. La puerta estaba abierta y Jake se detuvo en el umbral.

Caroline, Hetty y Bess estaban de pie frente a una cuna. No se trataba de una pieza ostentosa, de esas que los aristócratas encargaban para impresionar a otras mujeres antes incluso de que naciera el niño. Era de madera clara, bien pulida, con balancines suaves, barrotes torneados y un pequeño dosel de muselina recogido en la cabecera. Una manta blanca, doblada con cuidado, descansaba en el interior. A un lado, sobre una silla, había telas suaves, cintas, pequeños lienzos y una pila de prendas diminutas todavía sin terminar.

Bess sostenía una de ellas entre los dedos con la solemnidad de alguien que había recibido una reliquia.

—Es tan pequeño que casi da miedo tocarlo —dijo.

—Los bebés suelen ser pequeños, Bess —respondió Hetty.

—Sí, pero una cosa es saberlo y otra verlo en forma de camisita.

Caroline se rio y Jake se quedó inmóvil. Esa risa lo alcanzó antes de que pudiera prepararse. Era ligera, verdadera, sin la sombra de Retliden House ni el peso de Rupert Clayne. La risa de una mujer que, por un instante, no estaba sobreviviendo al pasado, sino imaginando el futuro.

—Buenas tardes —saludó él.

Las tres mujeres giraron la cabeza a la vez. Bess dio un respingo tan acusado que casi dejó caer la camisita. Hetty reaccionó con más compostura, aunque se apresuró a hacer una reverencia. Caroline, en cambio, se iluminó, y Jake sintió que la tensión en el pecho por lo que había descubierto se le aflojaba de golpe.

—Has vuelto temprano —dijo ella.

—Eso parece.

Bess hizo otra reverencia, esta vez demasiado profunda.

—Señor, nosotros..., es decir, nosotras... estábamos mirando la cuna, señor. No de una forma indebida. Solo mirándola, bueno, milady la miraba, yo sostenía cosas.

Hetty cerró los ojos un instante.

—Bess...

—Sí, lo sé, estoy mejor callada.

Jake casi sonrió.

—No parecía una actividad delictiva —mencionó con un matiz gracioso.

Bess lo miró con una mezcla de alivio y adoración.

—No, señor, nada delictiva.

Hetty tomó a Bess del brazo con discreción.

—Creo que deberíamos bajar a comprobar si Mrs. Barrow necesita ayuda.

—¿Ahora?

Hetty la miró.

—Ahora.

Bess abrió la boca, miró a Caroline, luego a Jake, después a la cuna, y por fin pareció comprender algo.

—Oh, sí, desde luego. Mrs. Barrow necesita mucha ayuda.

Al intentar retroceder, tropezó con la silla donde estaban las telas, logró sujetarlas en el último segundo y salió de la habitación con una reverencia torpe. Hetty la siguió, no sin dedicar antes a Caroline una mirada cargada de discreta complicidad.

El matrimonio se quedó solo. Ella se acercó a él y, sin decir nada, le tomó la mano. Sus dedos eran cálidos, Jake bajó la vista hacia ellos antes de dejarse arrastrar hasta la cuna.

—Ha llegado esta mañana —explicó Caroline—. No esperaba que

la trajeran tan pronto.

Jake miró la pieza con atención. Durante toda su vida había sabido interpretar documentos, mentiras, rostros, escenas del crimen, pero no estaba preparado para la fuerza silenciosa de una cuna vacía, no por mucho tiempo.

El niño pronto estaría allí, sería su hijo, no de sangre, no de origen, pero suyo de una forma que cada día le parecía menos discutible.

—¿Te gusta? —preguntó Caroline.

Jake tardó en responder.

—Sí.

Ella lo miró, buscando más en la expresión del rostro de su esposo.

—¿De verdad?

Él rozó con la mano uno de los barrotes torneados.

—Es perfecta.

El rostro de Caroline se suavizó con una felicidad tan clara que Jake habría firmado cualquier documento del mundo con tal de conservarla allí un poco más.

—No quería algo demasiado grandioso —dijo ella—. Mi madre habría elegido una cuna con más dorados, más encaje, para que las visitas la admiraran.

—Esta parece hecha para un niño, no para las visitas.

Caroline sonrió.

—Eso pensé.

Jake dejó la carpeta sobre una cómoda cercana, aunque no apartó del todo su conciencia de ella. Rupert seguía allí, dentro del cuero oscuro, esperando entrar en la conversación. Pero por un momento Jake quiso demorarlo.

Caroline se inclinó sobre la cuna y alisó la manta con la palma.

—He pensado que podríamos ponerla aquí.

Jake la miró.

—¿Aquí?

—En nuestra alcoba.

La palabra «nuestra» le produjo una emoción breve, intensa y difícil de ocultar.

—¿Durante el día?

Caroline negó despacio.

—También por la noche. Al menos los primeros meses.

Jake guardó silencio, no porque la idea le disgustara, sino porque no era lo que habría esperado de una mujer criada como Caroline. Las damas de su posición solían tener una *nursery* preparada, una niñera contratada y toda una estructura doméstica destinada a mantener al niño cuidado, limpio, alimentado y convenientemente apartado de la vida adulta hasta la hora establecida.

Caroline leyó la sorpresa en su rostro.

—Sé que no es lo habitual.

—No he dicho eso.

—No hacía falta.

Jake no lo negó. Ella apoyó una mano sobre el borde de la cuna.

—Tendremos niñera si es necesario. Y Hetty y Bess ayudarán. Mrs. Barrow ya ha decidido, aunque no lo haya dicho en voz alta, que supervisará cada manta, cada fuego y cada cucharada de caldo que entre en esta habitación.

—No esperaba menos de ella.

—Pero no quiero que nuestro hijo crezca en una habitación lejana, atendido por mujeres que le hablarán de sus padres como si fuéramos visitas importantes.

Jake se quedó muy quieto y Caroline bajó la mirada hacia la

manta.

—Yo crecí así. Rodeada de institutrices, niñeras y normas. Tenía que pedir permiso para ver a mis padres. Recuerdo esperar en pasillos, con el vestido bien colocado y las manos quietas, hasta que alguien decidía si era un momento conveniente para que mi madre me recibiera. —Su voz no se quebró, eso lo hizo peor—. No quiero eso para nuestro bebé, Jake.

Él la miró. La luz gris de la ventana le rozaba el perfil y la dotaba de un halo vulnerable. Pero no había fragilidad en la forma en que sostenía esa decisión. Había una ternura firme, una voluntad nueva que no pedía disculpas por amar demasiado pronto a un niño que todavía no había nacido.

—No quiero que tenga que pedir permiso para que esté con nosotros —manifestó ella.

Jake sintió que la garganta se le cerraba. Había conocido mujeres hermosas, mujeres inteligentes, mujeres valientes. Pero Caroline tenía una forma de ser que lo dejaba sin defensa. No una bondad dócil ni decorativa, no esa dulzura educada que la aristocracia aprobaba porque no incomodaba a nadie. La suya era otra cosa, era una bondad que recordaba el dolor y decidía no repetirlo. Una bondad que elegía con plena conciencia construir algo distinto, algo mucho mejor.

—Entonces dormiré aquí —sentenció Jake.

Caroline levantó la vista.

—¿No te molesta?

—No.

—Te recuerdo que los bebés lloran.

—Es lo que tienen que hacer.

—Y también nos despertará.

—Tú ya me despiertas a veces.

Ella abrió los ojos con sorpresa. Jake comprendió demasiado tarde lo que había dicho. Un rubor suave subió al rostro de Caroline; sin embargo, no fue vergüenza. En su mirada había una calidez íntima que le recordó el lecho compartido, sus cuerpos unidos y la dificultad creciente de Jake de abandonarla cada mañana.

—Jake Nerby —murmuró ella—, ¿acaso no quieres que te despierte?

—No me estoy quejando. Si de algo pudiera quejarme sería de que me despiertas demasiado poco.

Caroline soltó una risa baja y él habría querido pintar ese instante: la cuna todavía vacía entre ellos y la certeza de que, por una vez, el futuro ya no era una amenaza.

Pero la carpeta seguía sobre la cómoda y Caroline la vio. Entonces su sonrisa se apagó poco a poco.

—Has vuelto temprano —manifestó—. ¿Ha pasado algo?

Jake no respondió de inmediato. Caroline miró su rostro y él vio cómo la felicidad que acababa de iluminarla cedía espacio a una preocupación serena.

—Tengo que hablar contigo —expuso Jake tomando la carpeta de la cómoda.

Caroline palideció un poco, aunque no preguntó nada. Se sentó en el borde de la cama con cuidado y una palma sobre el vientre. Jake hizo lo mismo, no demasiado cerca al principio, hasta que ella extendió la mano y buscó la suya, él se la dio.

Entonces empezó a hablar. No se lo contó todo con detalle, porque no hacía falta. No le habló de cada documento, de cada sello alterado, de cada nombre falso ni de todas las ciudades por las que Rupert había pasado dejando deudas, denuncias retiradas y mujeres que quizá habían preferido callar. Pero le explicó lo esencial: que Rupert Clayne no era quien decía ser, que el título que usaba podía

no pertenecerle, que había pruebas de falsificación, de engaños y de dinero obtenido bajo falsas pretensiones. Le contó que Thomas había confirmado varios alias y que Bow Street prepararía una orden.

Caroline escuchó sin interrumpir. Eso fue lo que más le dolió a Jake, ya que la vio cambiar mientras hablaba. La alegría de hacía unos minutos se retiró de su rostro como la luz cuando una nube cubre el sol. Se quedó pálida; aun así no tembló, no lloró, no desvió la mirada. Pero la tristeza del pasado apareció en sus ojos, no por Rupert, comprendió Jake, sino por la confirmación final de que todo, absolutamente todo de ese hombre había sido una mentira desde el principio. El nombre. El título. Las promesas. La forma en que la había mirado.

Jake se detuvo.

—Caroline...

Ella bajó la vista hacia sus manos unidas.

—Sigue.

—Ya sabes lo suficiente.

—Quiero oírlo de ti.

Él apretó los dedos alrededor de los suyos.

—Lo vamos a detener.

Caroline cerró los ojos.

—¿Cuándo?

—Pronto, antes de que venza el plazo que nos dio para pagar su chantaje. Quería que lo supieras antes que nadie.

Ella abrió los ojos y lo miró. Esa frase pareció alcanzarla de una forma que él no había previsto.

—Antes que nadie —repitió.

—Sí.

—Podrías haberlo hecho sin decírmelo.

—No podía.

—Otros lo habrían hecho.

—Yo no soy otros.

No lo dijo con orgullo, solo como una verdad. Caroline respiró hondo; y durante un instante, Jake vio pasar por su rostro varias emociones: alivio, dolor, vergüenza, rabia. Después, algo más firme.

—Haz lo que tengas que hacer.

Él la observó con cuidado.

—No quiero que te sientas apartada de esto.

—No me siento apartada.

—Ni usada como excusa.

—No.

Caroline giró un poco más hacia él.

—Quiero que lo detengas, Jake. No por venganza, no por mí solamente. Merece que lo detengas por todas las mentiras que ha contado, por todas las personas a las que haya usado. Y por lo más importante: por nuestro hijo, para que su nacimiento no esté marcado por un hombre que solo sabe destruir.

Jake levantó una mano y le rozó la mejilla.

—La justicia hará su trabajo.

—¿Y tú?

—Yo también.

Ella lo miró con una mezcla de ternura y advertencia.

—Jake, sabes a lo que me refiero.

—Con pruebas —dijo él—. Con testigos, con una orden y sin darle una grieta por la que escapar.

Caroline asintió.

—Es lo correcto.

—Pagará por lo que ha hecho.

Ella bajó la mirada.

—Durante mucho tiempo pensé que quería oír eso.

—¿Y ahora?

Caroline tardó en responder. La habitación estaba tranquila. La cuna permanecía junto a la ventana, blanca y nueva, ajena a los nombres que aún dolían. El fuego de la chimenea crepitaba con suavidad. Fuera, la tarde terminaba de apagarse.

—Ahora quiero que termine —mencionó ella—. Quiero que deje de ocupar un lugar entre nosotros.

Jake sintió que esas palabras eran más importantes que cualquier declaración de odio y venganza.

—Lo haré.

—No quiero que su recuerdo entre en esta habitación, ni en la biblioteca ni en el cuarto donde duerma nuestro hijo cuando sea mayor. No quiero que su nombre tenga más peso que lo que estamos construyendo.

La voz le tembló al final, pero no se rompió. Jake dejó la carpeta a un lado y tomó sus dos manos entre las suyas.

—Mírame.

Caroline obedeció.

—Rupert no tiene nada aquí.

Ella soltó el aire despacio.

—No.

—Nada.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas, aunque esta vez no parecían de miedo y sufrimiento.

—¿Sabes qué es lo extraño? —susurró.

—Qué.

—Escuchar su nombre ya no me duele igual. —Suspiró y continuó—: Antes me devolvía al río, a la vergüenza, a la sensación de haber sido tan tonta que no merecía ni siquiera compasión. Pero

ahora no. Ahora escucho su nombre y me entristece; me enfurece, incluso. Pero ya no me devuelve a aquel pretil, Jake.

Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Estoy aquí.

Él cerró los ojos un instante, la emoción le estaba golpeando con más fuerza que la rabia. Cuando volvió a mirarla, Caroline seguía allí, sentada a su lado, con la mano sobre el vientre, la cuna junto a la ventana y el futuro de ambos respirando en silencio entre ellos. Ella se inclinó hacia él con la confianza de saber que su esposo siempre estaría allí, a su lado.

Jake la recibió de inmediato. La rodeó con los brazos y la atrajo contra su pecho, con cuidado de no apretarla demasiado. Caroline escondió el rostro en su cuello, y él sintió su respiración temblar una vez antes de calmarse.

—Gracias por decírmelo primero —murmuró ella.

Jake apoyó la mejilla en su cabello.

—Siempre serás lo primero para mí.

Caroline se quedó quieta entre sus brazos.

—¿Siempre?

Jake bajó un poco la cabeza, lo suficiente para hablar cerca de su oído.

—Siempre que algo afecte a tu vida, a nuestro hijo o a esta casa, lo sabrás de mí antes que de nadie.

Ella se apartó apenas para mirarlo.

—Eres muy peligroso cuando haces promesas, Jake Nerby.

—¿Peligroso?

—Porque las cumples.

Él le rozó la mejilla con el pulgar.

—Entonces conviene que tengas cuidado con las que me pides.

Caroline sonrió entre lágrimas, fue una sonrisa pequeña,

cansada pero verdadera.

En ese momento, el bebé se movió bajo su mano. Ella bajó la mirada, sorprendida, y luego tomó la mano de Jake para llevarla hasta su vientre. Él sintió el movimiento apenas un segundo después: leve, firme, vivo.

La cuna seguía vacía junto a la ventana, con la certeza de que pronto estaría ocupada. Jake apoyó la otra mano en la espalda de Caroline y la sostuvo mientras el niño se movía otra vez.

—Creo que está de acuerdo —susurró él.

—¿Con qué?

—Con que Rupert no tiene nada aquí. —Miró la cuna, después a Caroline—. Es un niño sensato.

Ella soltó una risa suave contra su pecho. Y por primera vez desde que había salido de Bow Street con la carpeta bajo el brazo, Jake sintió que la rabia dejaba de ocupar su corazón. Rupert solo era un expediente que Jake llevaba entre las manos para sacarlo, por fin, de sus vidas.

Porque allí estaban Caroline, la cuna y el bebé que se movía bajo su palma. Eso era lo real. Eso era lo que iba a proteger.

Siempre.

Capítulo 15

El viernes amaneció con nieve. No era una nevada limpia ni generosa, sino esa nieve indecisa de Londres, mezclada con humedad y niebla, que caía en copos pequeños antes de deshacerse sobre los adoquines. El frío se colaba bajo los abrigos, empañaba los cristales de los carruajes y mantenía rígidos a los lacayos que esperaban junto a las puertas.

Jake estaba frente a White's, medio oculto en la sombra de una esquina. Llevaba más de media hora allí. No necesitaba estar presente, de hecho, era mejor que no lo estuviera. La orden no la había firmado él, y tampoco iba a ejecutarla con sus propias manos. Había insistido en que todo se hiciera sin una sola grieta por la que Rupert Clayne pudiera escapar después, así que otro magistrado se había encargado de todo. Las pruebas estaban revisadas, los testigos preparados, los documentos certificados y los hombres de Bow Street se ocuparían del arresto.

No habría nada de pasillos oscuros, ni de puños ni de venganza disfrazada de justicia, tal como le había prometido a Caroline. La ley haría su trabajo; aun así, necesitaba verlo.

White's se alzaba al otro lado de la calle con toda su dignidad de piedra, ventanas altas y cortinas pesadas. Por esa puerta habían

entrado durante meses hombres que se creían capaces de distinguir a un caballero de un impostor con solo mirar el corte de una casaca. Allí Rupert Clayne había bebido, apostado, sonreído y pronunciado un título que no le pertenecía, entre hombres demasiado orgullosos para sospechar que habían sido engañados.

Jake mantuvo la mirada fija en la entrada, la nieve le rozaba el ala del sombrero y se derretía en el cuello del abrigo. Pero no sentía frío. Pensó en Caroline sentada junto a la cuna del bebé, con una mano sobre el vientre y los ojos llenos de una tristeza que ya no la destruía. Pensó en su voz al decir que escuchar el nombre de Rupert ya no la devolvía al río. Pensó en la forma en que había apoyado la cabeza en él después, no como una mujer rota, sino como alguien que por fin podía descansar. Rupert había intentado destruirla de nuevo con chantajes y amenazas, pero no había conseguido nada ni lo conseguiría nunca más.

La puerta de White's se abrió y Jake se enderezó. Primero salió Thomas Briggs, llevaba el sombrero bajo, el abrigo oscuro salpicado de copos y una expresión sobria. Tras él aparecieron dos oficiales de Bow Street. Entre ambos, con las muñecas aseguradas y el rostro pálido de furia contenida, salió Rupert Clayne, o mejor dicho: Alfred Bramond. El falso conde, el falsificador, el hombre que había convertido la mentira en oficio y el encanto en arma.

Por un instante, Rupert intentó mantener la compostura. Alzó la barbilla, quizá pensaba que ese simple gesto le devolvería el título, la dignidad y la protección de la nobleza. Pero incluso desde la otra acera Jake vio la tensión de su boca, el modo en que miraba alrededor, calculando cuántos habían presenciado su caída. Pero, sobre todo, apreció el primer destello de miedo verdadero cuando comprendió que su porte perfecto, su sonrisa y sus modales no bastarían para recuperar lo perdido.

Un murmullo se extendió en la entrada del club. Un caballero que acababa de llegar se detuvo con una mano en la empuñadura del bastón. Otro asomó desde el interior, atraído por la alteración. Un lacayo abrió demasiado los ojos antes de recordar su lugar y mirar al suelo.

Rupert dijo algo y Thomas no respondió. Uno de los oficiales lo condujo hacia el carruaje que esperaba junto al bordillo. No era un carruaje elegante, no llevaba escudo ni lacayo de librea. Solo era un puñado de madera oscura, ruedas salpicadas de barro y la sobriedad desagradable de los vehículos que no conducían a una cena o baile.

Jake soltó el aire despacio. Ya estaba hecho, lo habían detenido. Lo llevarían a Bow Street primero; después, si todo seguía el curso debido, a prisión, para esperar la vista. Habría declaraciones, cargos, hombres ofendidos que fingirían que siempre habían sospechado de él, acreedores de pronto valientes y documentos que hablarían con más claridad que cualquier rumor. Rupert Clayne ya no controlaba la historia.

Jake dio un paso fuera de la sombra. No cruzó la calle del todo, solo avanzó lo suficiente para que Rupert lo viera. El falso conde giró la cabeza en ese mismo instante. Y entonces sus ojos se encontraron.

Durante un segundo, todo quedó suspendido: la nieve, el ruido de los cascos, el murmullo de White's, la mano de Thomas sobre la portezuela abierta.

Rupert comprendió de inmediato y Jake lo notó en su rostro. La rabia llegó primero; después, la humillación. Y por debajo de ambas, más pequeña pero mucho más satisfactoria, apareció la certeza de que había sido él.

Jake no sonrió del todo, bastó con sostenerle la mirada, con dejar que Rupert viera en sus ojos que sus papeles falsos, sus títulos

inventados, sus deudas, sus seducciones y sus amenazas se habían terminado. Desde ese momento cada mentira tendría un castigo, esta vez nadie iba a apoyarlo.

Rupert movió los labios, pero Jake no oyó lo que dijo, tampoco le importó. Thomas sí miró hacia él un instante, apenas fue un gesto, una confirmación silenciosa: hecho. Jake inclinó la cabeza como respuesta.

Rupert fue introducido en el carruaje. La portezuela se cerró con un golpe seco. El cochero tomó las riendas, los caballos sacudieron la cabeza bajo la nieve y el vehículo se alejó poco a poco de White's, y se llevó al hombre que había hecho de la mentira un medio de vida.

Jake permaneció quieto hasta que desapareció calle abajo. Entonces pensó en todas ellas, no solo en Caroline, aunque su esposa fuera el centro de todo. Pensó en las otras mujeres que jamás conocería, que quizá habían escuchado la misma voz, las mismas promesas, la misma mentira pronunciada con distinto nombre. Mujeres que habían callado porque el silencio parecía menos peligroso que la vergüenza. Mujeres a las que Rupert había dejado atrás con deudas, rumores, reputaciones dañadas o un miedo que nadie habría sabido detectar. Tal vez nunca podría reparar todo lo que él había roto, pero Rupert Clayne pagaría, por Caroline y por ellas, por cada mentira que había usado como una llave.

Jake se dio la vuelta, no sintió júbilo y lo sorprendió un poco. Durante semanas había imaginado ese momento con una satisfacción feroz. Había pensado que ver a Rupert detenido le proporcionaría una alegría oscura, casi violenta. Pero lo que sintió fue otra cosa: alivio, una calma fría y la certeza de que una puerta se cerraba.

Por encima de todo estaba el deseo urgente de volver a casa

junto a Caroline, a la cuna junto a la ventana, al niño que se movía bajo su mano, a la biblioteca donde el fuego estaría encendido. Quizá habría té, aunque fuera demasiado temprano para su costumbre de la tarde.

Entonces Jake empezó a caminar hacia Montagu Square. La nieve seguía cayendo, ligera y húmeda, sobre los hombros de su abrigo. Las calles estaban frías, las ruedas de los carruajes cortaban el barro y Londres continuaba con su ruido de siempre, indiferente a que un hombre acabara de ser arrancado de una mentira y otro acabara de comprender una verdad.

Porque allí, en mitad de la calle, con White's a su espalda y el nombre de Rupert Clayne por fin reducido a un expediente, Jake lo supo: amaba a Caroline. La certeza no llegó con violencia, tampoco lo derribó ni lo dejó sin aliento. Fue un deseo tan sencillo como pensar en ella y querer volver a escuchar su risa junto a la cuna. Ninguna victoria le importaba tanto si no podía entrar después en su casa y verla levantar la vista al oír sus pasos.

Amor...

La palabra ya no le pareció una debilidad. Tampoco una trampa, ni aquella vieja herida de haber querido una vez a una mujer que amaba a otro. Esta vez era distinto. Era Caroline, su esposa, su hogar. La mujer que había llegado a su vida al borde del río y, sin pretenderlo, había cambiado la dirección de todos sus pasos.

Jake aceleró el ritmo. Rupert Clayne iba hacia Bow Street y él iba a casa. Y supo con absoluta claridad cuál de los dos destinos le importaba más.

Llegó a Montagu Square con nieve en los hombros y una certeza ardiéndole bajo las costillas. No se detuvo a sacudirse el abrigo antes de entrar. Tampoco dejó pasar el tiempo necesario para ordenar sus pensamientos, como habría hecho en cualquier otro

momento. Abrió la puerta, cruzó el umbral y se quitó el sombrero con un gesto automático, casi brusco.

El *hall* estaba cálido. Olía a carbón, cera limpia y pan tostado. Mrs. Barrow apareció desde el pasillo lateral con un paño en las manos, dispuesta a reprender a Bess por algo que todavía no había ocurrido. Al ver a Jake tan temprano, se detuvo.

Lo miró y no preguntó nada de inmediato. Nell tenía esa habilidad incómoda de observar a una persona como si estuviera leyendo una carta. Sus ojos castaños recorrieron el abrigo húmedo, el rostro frío por la calle, la tensión de la mandíbula. Después se posaron en su mirada. Algo en ella cambió, la boca, que casi siempre llevaba apretada por costumbre o desaprobación, se suavizó apenas.

—Ha vuelto temprano, señor.

Jake dejó el sombrero sobre la consola.

—Sí.

Nell lo observó un segundo más.

—¿Debo preocuparme?

—No.

La respuesta la sorprendió más que si hubiera dicho lo contrario. Jake lo vio en la forma en que sus cejas se elevaron una fracción de segundo.

—¿Dónde está mi esposa?

La pregunta salió demasiado rápida. Nell no sonrió, pero algo parecido a la satisfacción le cruzó los ojos.

—En la cocina, señor, desayunando.

Jake sabía que desde que vivía en esa casa le gustaba desayunar abajo, no en el comedor como haría cualquier dama de su clase.

—Milady dice que las tostadas saben mejor en la cocina y...

Jake fue hacia el semisótano sin esperar a que Nell terminara de

hablar. Sin embargo, la escuchó detrás de él, una exhalación suave que pudo haber sido una risa contenida o una muestra de desaprobación doméstica. Con Nell, ambas cosas solían parecerse mucho.

La estancia estaba llena de calor. El fuego de la cocina de hierro ardía con firmeza; la tetera descansaba cerca, soltando un vapor leve. Sobre la mesa había una jarra de leche, mantequilla, salchichas, un plato de tostadas y un tarro de mermelada de naranja. Caroline estaba sentada a un lado, con un vestido sencillo de mañana y un chal sobre los hombros. Tenía una taza entre las manos y el cabello recogido de forma más práctica que elegante.

Al oírlo, levantó la vista.

—Jake...

La sorpresa le iluminó el rostro primero, después llegó la preocupación. Dejó la taza sobre la mesa.

—¿Ha pasado algo?

Él se quedó en el umbral, de pronto no supo cómo moverse. Había cruzado media ciudad con una frase en el pecho que lo había empujado hacia casa con más urgencia que cualquier orden, cualquier arresto, cualquier triunfo. Pero ahora que Caroline estaba allí, con las mejillas coloreadas con suavidad, lo que sintió en ese momento lo dejó casi sin palabras.

Caroline se levantó despacio, una mano apoyada en el borde de la mesa.

—Jake, ¿qué ocurre?

Él respiró hondo.

—Sí, ocurre algo.

Ella palideció un poco.

—¿El qué?

Jake dio un paso dentro de la cocina.

—Ha pasado algo.

Caroline llevó una mano a su vientre de manera inconsciente.

—¿Rupert?

Él negó con la cabeza. No porque Rupert no importara, sino porque no quería que su nombre ocupara el primer lugar entre ellos.

—Te amo.

La frase cayó en la cocina con una sencillez que pareció detener el mundo. Caroline se quedó inmóvil. La mano que tenía sobre el vientre subió despacio hasta su pecho, necesitaba contener allí el golpe de esas palabras. Sus labios se separaron apenas. Respiró con dificultad, porque algo demasiado grande no le cabía dentro.

—Jake...

Él avanzó otro paso.

—Vengo de White's. Han detenido a Clayne, lo llevarán a Bow Street y esperará juicio.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas, pero Jake no se detuvo ahí, no podía.

—Debería haber venido a decirte eso primero, supongo que habría sido lo razonable. Pero lo único que he pensado al verlo subir al carruaje que lo llevaría a Bow Street ha sido que quería volver aquí, a ti, y decirte esto antes que cualquier otra cosa.

Caroline se llevó los dedos a la boca, una lágrima le resbaló por la mejilla. Jake la miró con una emoción que ya no intentó ocultar.

—Te amo, Caroline.

Esta vez las palabras salieron más bajas, pero más firmes.

—Te amo cuando me esperas en la biblioteca con té. Te amo cuando cuidas de esta casa como si siempre hubiera sido tuya. Y te amo cuando hablas de nuestro hijo con la emoción de saber que estamos construyendo un futuro juntos.

Caroline soltó un sonido pequeño, quebrado, y dio un paso hacia

él. Jake cruzó la distancia antes de que ella pudiera hacerlo.

La recibió con cuidado, porque estaba embarazada, porque temblaba, porque todavía había una mesa, una silla y demasiada emoción entre ambos. Pero Caroline lo abrazó con fuerza, enterró el rostro contra su pecho, y él la rodeó como si por fin hubiera llegado al único lugar donde la mañana podía terminar.

—Yo también te amo —confesó ella.

Las palabras salieron contra su abrigo húmedo, casi ahogadas. Jake cerró los ojos y Caroline se apartó apenas para mirarlo. Tenía las mejillas mojadas y una sonrisa temblorosa en los labios.

—Yo también te amo, Jake Nerby —repitió.

Él alzó una mano y le secó una lágrima con el pulgar.

—Dilo otra vez.

Ella soltó una risa suave, rota por la emoción.

—Te amo.

Jake la besó, no fue un beso urgente, aunque llevaba ardiéndole desde que había emprendido el camino a casa. Fue un beso lleno de alivio, de nieve deshaciéndose en las sombras que ahora se iluminaban de caminos que por fin conducían a casa. Caroline se aferró a las solapas de su abrigo, y él sintió bajo sus manos el calor de su espalda, la curva de su vientre entre ambos, la vida que habían decidido llamar suya.

Cuando se separaron, ella apoyó la frente contra su pecho.

—Entonces ya lo han detenido —manifestó ella en voz baja.

—Sí.

Caroline respiró hondo.

—Se acabó.

Jake apoyó la mejilla sobre su cabello, sintió cómo la tensión de su esposa salía de su cuerpo poco a poco.

—Aún falta el juicio; habrá declaraciones, habrá ruido y algunos

intentarán fingir que siempre sospecharon de él.

—Por supuesto.

—Y si él se atreve a contar algo de nuestro hijo, nadie lo creerá. Ya no puede lastimarte.

Caroline cerró los ojos.

—No podía hacerlo desde hace tiempo.

Jake se apartó lo justo para verla, ella sostuvo su mirada un momento, luego volvió a abrazarlo, un abrazo que hablaba de amor, solo amor, y una certeza nueva y tranquila que alcanzó con fuerza el corazón de Jake.

En el pasillo crujió una tabla. Jake levantó la mirada y se percató de que Nell estaba en la puerta de la cocina. No dijo nada, miraba a Caroline en brazos de Jake, luego observó la mesa del desayuno y el abrigo mojado que él seguía llevando puesto en una cocina que ella mantenía con disciplina de general.

—Se le va a enfriar el té, milady —mencionó.

Caroline soltó una risa contra el pecho de Jake. Mrs. Barrow volvió la vista hacia él.

—Y usted está dejando mis losas sucias con los zapatos manchados de barro, señor.

Su voz no tenía ninguna dureza; aun, así Jake miró el suelo.

—Mis disculpas.

Caroline se limpió las mejillas con los dedos, sin soltarse del todo de Jake.

—Mrs. Barrow...

Nell levantó una mano.

—No necesito oír nada que no me corresponda, milady. —Hizo una pausa—. Pero me alegra lo que estoy viendo.

Jake y Nell se sostuvieron la mirada, y la gratitud brilló en los ojos de ambos.

Después el ama de llaves se volvió con dignidad.

—Iré a decirle a Bess que prepare más tostadas. Si entra aquí y los ve así, dejará caer algo.

Y desapareció por el pasillo. Caroline se carcajeó, esta vez con más libertad. Jake la miró como si esa risa fuera una cosa recién descubierta y tan necesaria como el aire que respiraba.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Con tantas emociones no lo sé. Hace un momento, sí.

—Entonces siéntate.

—Jake...

—Estás llorando, embarazada y de pie en una cocina fría.

—La cocina no está fría.

—No contradigas a un hombre que acaba de declararse.

Caroline lo miró con una mezcla de amor y diversión.

—¿Ese es tu nuevo argumento para ganar discusiones?

—Pienso usarlo mientras funcione.

Ella sonrió y Jake sintió, con una claridad serena, que podría vivir cien años persiguiendo esa sonrisa y no considerarlo tiempo perdido.

La condujo hasta la silla y la ayudó a sentarse. Después se quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de una silla con una mueca, porque sabía que Nell lo desaprobaba de inmediato, pero solo sería un momento. Después, se sentó junto a Caroline y ella empujó hacia él una tostada.

—Come.

Jake miró la tostada, luego a ella.

—¿Me das órdenes?

—Sí.

—Veo que el amor te ha vuelto autoritaria.

—No, solo hambrienta y práctica.

Él tomó la tostada. Caroline lo observó en silencio, con los ojos

aún brillantes.

—Durante mucho tiempo creí que nadie me elegiría así. No después de todo.

Jake dejó la tostada en el plato y tomó su mano sobre la mesa, ella entrelazó los dedos con los suyos.

—Creo que el destino nos eligió a ambos —expresó él.

La emoción regresó a los ojos de ella, pero esta vez no lloró, se limitó a sonreír.

Mientras, la nieve seguía cayendo al otro lado de las ventanas altas del semisótano. No obstante, en la cocina, el fuego ardía, el té humeaba y el mundo, por una vez, parecía haberse reducido a lo esencial: una mesa de madera, una mano enlazada con la suya, el niño moviéndose con suavidad bajo el corazón de Caroline y la certeza de que Rupert Clayne, Alfred Bramond o cualquier otro nombre que hubiera usado ya no podía alcanzar lo que existía allí.

Jake había visto caer al impostor esa mañana. Sin embargo, su verdadera victoria estaba sentada frente a él, con lágrimas secándose en las mejillas y amor en la mirada.

Caroline apretó su mano.

—Te amo —repitió, más bajo.

Jake sintió que esas dos palabras se asentaban en él con una paz que no había conocido nunca.

—Ahora lo sé —dijo, su esposa arqueó una ceja, él casi sonrió—. Pero puedes repetirlo cuando quieras.

Caroline rio y, esta vez, Jake sí sonrió.

Capítulo 16

El año nuevo trajo el juicio de Rupert Clayne. O de Alfred Bramond, como por fin empezó a llamarlo la prensa.

Para entonces, Londres ya conocía suficiente de la historia y era el tema del que se hablaba en todos los hogares y todos los rincones de la ciudad. Los mismos hombres que habían bebido con él en White's, que lo habían saludado en Ferrell's y que habían repetido su supuesto título con naturalidad comenzaron a asegurar que siempre habían visto algo dudoso en sus modales. Algunas damas recordaron, de pronto, que su sonrisa era demasiado medida. Varios comerciantes descubrieron, con admirable memoria tardía, que sus pagarés nunca les habían parecido del todo sólidos. Londres no perdonaba tan fácil haber sido engañado. Y menos aún cuando el engaño lo había dejado en ridículo.

Jake no llevó a Caroline al tribunal. No porque ella no tuviera valor para soportarlo, sino porque no pensaba permitir que ese hombre volviera a ocupar una mañana entera de su vida. Caroline ya había entregado demasiado tiempo al miedo, a la vergüenza y al nombre de Rupert Clayne. Además, necesitaba descansar. El resfriado, sumado a las incomodidades del embarazo, le había robado demasiadas noches de sueño.

Así que fue él. La vista se celebró en una mañana fría de enero, con el cielo encapotado y un viento húmedo que traspasaba los abrigos. Thomas Briggs estaba allí, junto a los testigos. También compareció el funcionario que había certificado las irregularidades de los documentos, un comerciante que había concedido crédito bajo la promesa de una renta inexistente y un caballero demasiado pálido para sentirse cómodo al admitir que había confiado dinero a un hombre solo porque lo creyó conde.

Rupert entró con la cabeza alta. Jake, desde su lugar al fondo, observó ese último esfuerzo por representar el papel hasta el final. La casaca era sobria; el cuello, impecable; la expresión, contenida. Incluso acusado, Rupert parecía confiar en que la apariencia pudiera salvarlo una vez más.

Pero los documentos hablaron. Y en esta ocasión lo hicieron mejor que él. Se leyeron nombres falsos. Fechas alteradas. Sellos usados sin derecho. Cartas de recomendación nacidas de manos que no existían. Deudas contraídas bajo una dignidad que no le pertenecía. Promesas de inversión vacías. Créditos obtenidos gracias a una identidad fabricada con paciencia y descaro.

Rupert intentó sonreír una vez, pero el gesto murió antes de llegarle a los ojos.

Jake no sintió satisfacción al verlo. Bueno, no exactamente. De hecho, durante semanas había imaginado que ese momento le proporcionaría un placer oscuro, una victoria capaz de compensar el daño hecho a Caroline. Pero lo único que sintió fue una calma severa. Y, sobre todo, la certeza de que la verdad, por fin, había encontrado una sala lo bastante grande para ser escuchada.

Cuando el jurado regresó, el silencio se extendió como una mano sobre todos los presentes.

«Culpable».

Una palabra que lo resumía todo. Y a Jake le bastó. Vio cómo el rostro de Rupert perdía color, cómo apretaba la mandíbula y el instante exacto en que comprendió que ya no había salón al que retirarse, ni dama a la que convencer, ni acreedor al que engañar ni título falso que pudiera abrirle otra puerta.

El juez dictó sentencia con voz firme: transporte penal durante catorce años. La sentencia no significaba una temporada en prisión y después el regreso discreto a Londres. Significaba exilio, primero Newgate, quizá después un pontón húmedo sobre el Támesis, y, al final, un barco de convictos rumbo al otro lado del mundo.

Allí Rupert Clayne no tendría clubes, ni acreedores impresionables ni damas a las que engañar con un título inventado. Tendría un número, una condena y años de trabajo bajo la autoridad de hombres que no iban a inclinarse ante una casaca bien cortada.

Rupert levantó la cabeza de golpe. Y entonces, la máscara se quebró del todo. No gritó, no suplicó, era demasiado orgulloso para eso. No quería darle un espectáculo a Londres con el que reírse una buena temporada. Aun así, el miedo le cruzó los ojos con una claridad brutal. Sin embargo, no era el miedo de un hombre arrepentido. Era el de un hombre que, tras pasar años mintiendo, acababa de descubrir que los engaños ya no le servirían de nada.

Jake permaneció inmóvil. Catorce años lejos de Londres, de Caroline, de cualquier salón donde pudiera volver a inventarse un apellido, una fortuna o una promesa. Desde luego que no reparaba todo lo que había roto, pero era una distancia real entre Rupert y las vidas que había intentado destruir.

Cuando terminó la sesión, Thomas se acercó a Jake en el pasillo.

—Ya está, señor.

Jake miró hacia la puerta por la que se habían llevado al condenado.

—Sí.

Thomas guardó silencio un momento.

—Su esposa debería saberlo cuanto antes.

Jake asintió.

—Lo sabrá de mí.

No se quedó a escuchar comentarios. No le interesaban las especulaciones de los caballeros ofendidos ni el rumor creciente de un escándalo que esa misma tarde correría por los clubes, las mesas de té y las columnas de sociedad. Los periódicos no tendrían piedad, hablarían del falso conde de Clayne, del impostor de los salones, del estafador que había engañado a comerciantes, caballeros y casas respetables. Un hombre condenado por documentos falsos y crédito obtenido bajo una identidad inventada. Bien sabía que se estaría hablando de Alfred Bramond durante meses, hasta que otro escándalo jugoso lo sustituyera.

Jake volvió a Montagu Square antes de la hora habitual y encontró a Caroline en la biblioteca, sentada junto al fuego en el sofá neoclásico que había sustituido a las butacas, que estaban colocadas en perpendicular. Un chal de lana cubría sus rodillas, y estaba bordando una manta para el bebé. El resfriado y el embarazo la obligaban ya a moverse con más cuidado, y aun así, cuando él entró, levantó la vista con esa atención inmediata que todavía lo desarmaba. Jake cerró la puerta tras de sí.

—Ha terminado —mencionó él.

Caroline se quedó muy quieta.

—¿El juicio?

—Sí. —Se acercó a ella—. Lo han declarado culpable.

El bordado resbaló suavemente sobre su regazo. Caroline cerró los ojos, pero no lloró, no al principio. Solo dejó escapar el aire, despatio, como si hubiera estado conteniéndolo desde una noche de

septiembre junto al río.

Jake se arrodilló frente a ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Lo han condenado a transporte penal durante catorce años.

Caroline abrió los ojos, en ellos no hubo alegría. Eso lo conmovió más que cualquier estallido. Había el brillo de un alivio profundo, casi doloroso. Pero también una tristeza serena por la muchacha que había sido, por la confianza traicionada, por todas las versiones de sí misma que Rupert había intentado reducir a vergüenza.

—Catorce años —repitió ella.

—Sí.

Caroline miró hacia el fuego y durante un rato no dijo nada. Jake sabía que su esposa no necesitaba que le arrancaran las palabras. Solo necesitaba que alguien se quedara el tiempo suficiente para que pudiera encontrarlas.

—Pensé que sentiría más satisfacción —murmuró al fin.

Jake le acarició los nudillos con el pulgar. Ella volvió la mirada hacia él.

—Y tú, ¿cómo te sientes? —le preguntó.

—Siento alivio.

Caroline asintió muy despacio.

—Sí. Eso es, así me siento yo también.

La primera lágrima cayó sin ruido. Jake la vio descender por su mejilla, pero no la limpió de inmediato. Había lágrimas que no pedían ser detenidas, solo acompañadas.

—No me alegra su desgracia —manifestó ella—. Pero me alegra que ya no pueda hacernos daño.

—Desde luego que no podrá.

—Ni a otras mujeres.

Jake apretó sus manos.

—No durante mucho tiempo.

Caroline bajó la vista hacia sus dedos unidos.

—Entonces se ha hecho justicia.

La frase llenó la habitación de una paz que no había estado allí antes. Jake se levantó y se sentó junto a ella en el sofá. Caroline se inclinó hacia él, y Jake la rodeó con un brazo. Durante un rato permanecieron así, frente al fuego, sin necesidad de más palabras.

Rupert Clayne había sido muchas cosas: una mentira, una amenaza, una sombra alargada sobre el comienzo de su matrimonio. Pero ese día se había convertido en algo distinto: en un hombre condenado por sus pecados, un recuerdo que empezó a perder fuerza en ese mismo momento.

Caroline apoyó una mano sobre su vientre. El niño se movió bajo la palma, con esa firmeza cada vez más evidente que hacía que Jake sintiera una emoción difícil de nombrar. Ella miró hacia abajo y después hacia él.

—Nuestro hijo no conocerá su voz y no crecerá bajo su amenaza.

Jake cubrió su mano con la suya.

—No.

Caroline respiró hondo. Esta vez, cuando lloró, lo hizo con una suavidad que no pertenecía al dolor, sino al descanso.

—Gracias —susurró.

Jake frunció apenas el ceño.

—No me des las gracias por hacer lo que debía.

—No te las doy por eso.

Él la miró. Entonces, Caroline levantó una mano y le tocó la mejilla.

—Te las doy por no permitir que el odio se quedara a vivir con nosotros.

Jake cerró los ojos un instante. Sus palabras lo habían

conmocionado más que la sentencia del juez. Cuando volvió a mirarla, Caroline estaba allí: su esposa, la mujer que había sobrevivido al río, al escándalo, a la mentira y al miedo. La mujer que ahora llevaba a su hijo bajo el corazón y hablaba de justicia sin permitir que la venganza le ensuciara la voz.

Jake inclinó la cabeza y la besó con ternura.

—Te amo —dijo contra sus labios.

Caroline apoyó la frente en la suya.

—Yo también te amo.

En los clubes, en los salones, en los periódicos y en las mesas donde la gente honorable fingía no disfrutar demasiado de la caída de un impostor, el nombre de Rupert Clayne continuaría dando vueltas durante días. Pero en Montagu Square, el asunto terminó de otra manera, con el fuego encendido, con las manos enlazadas, con un bebé entre ambos. Tenían un futuro y la certeza, tranquila y profunda, de que la justicia no había borrado el daño, pero sí había cerrado la puerta por la que el pasado intentaba volver.

El parto empezó el primer martes de abril, antes del amanecer, con la quietud engañosa que tienen las cosas importantes antes de comprender que han comenzado.

Jake lo supo en el momento en que Caroline se incorporó en la cama y permaneció sentada, con la espalda recta, aferrándose a las sábanas.

—¿Caroline? —preguntó, incorporándose también, aún con el velo del sueño cubriéndole la mirada—. ¿El bebé ya viene?

Ella tardó un instante en responder.

—Creo que... sí.

Jake se despertó de golpe. Se levantó, apartó las cortinas y dejó que la primera claridad gris del amanecer entrara en la estancia. Después regresó junto a su esposa. Caroline tenía los labios apretados y los ojos cerrados, y respiraba con suavidad en un intento por contener el dolor dentro.

—¿Te duele? —preguntó, agachándose frente a ella.

Caroline abrió los ojos, pero no contestó hasta que los pinchazos en la espalda menguaron. Entonces soltó un suspiro.

—Sí.

Jake miró su vientre, redondo y tenso bajo el camisón. Sabía que las mujeres llevaban pariendo desde el principio de los tiempos, pero saberlo no servía de nada. Porque era Caroline quien estaba allí, pálida, concentrada, con los dedos cerrados sobre las sábanas.

Durante años había visto hombres sangrar sin apartar la mirada. Había entrado en callejones oscuros, interrogado asesinos y enfrentado pistolas cargadas con menos miedo del que sintió al verla contener esa primera oleada de dolor.

Ella pareció advertir su preocupación, porque levantó una mano y la apoyó en su mejilla.

—Todo saldrá bien —murmuró.

Jake le sonrió apenas.

—Se supone que eso debo decírtelo yo.

—Tu presencia ya lo hace.

Sus palabras lo desarmaron más que el miedo. Se incorporó, no sin antes inclinarse para besarla en la mejilla.

—Pediré que vayan a buscar a la comadrona.

—Jake.

Él se detuvo en la puerta. Caroline respiró hondo, con una mano todavía sobre el vientre.

—Vuelve.

La palabra no fue una súplica, era una necesidad sencilla, dicha con la confianza de saber que acudiría. Jake sostuvo su mirada.

—Siempre.

Salió de la alcoba y se dirigió hacia la cocina. A esa hora tan temprana, Nell y Bess estarían preparando el desayuno. En el pasillo se encontró con Hetty, que llevaba colgado del brazo un vestido de Caroline recién planchado.

—Buenos días, señor —saludó ella, sorprendida.

Jake solía levantarse temprano para acudir a Bow Street, pero esa mañana su preocupación debía de ser evidente.

—Mi esposa está despierta. Te necesita.

Hetty comprendió al instante. La sorpresa desapareció de su rostro y fue sustituida por la seriedad.

—Sí, señor.

Y aceleró el paso hacia la alcoba sin hacer más preguntas. Jake siguió hasta la cocina, nada más entrar, los ojos de Bess y Nell se posaron en él. No hizo falta que pronunciara una sola palabra para que ambas entendieran que la señora de la casa se había puesto de parto.

—Iré a buscar a la comadrona —dijo el ama de llaves, quitándose el delantal—. Voy a por mi capa.

Bess empezó a moverse de un lado a otro.

—¿Y yo qué hago? ¿Pongo agua a hervir?

Estaba tan nerviosa que tropezó con una silla y la hizo caer. Nell la reprendió con una mirada.

—Primero, respira. Segundo, prepara café para el señor. Después lleva a la alcoba de la señora paños limpios y agua fresca en una palangana para refrescarle el rostro, y procura no desnucarte al subir las escaleras.

Bess tragó saliva.

—Sí, Mrs. Barrow.

Jake permaneció en la cocina. Necesitaba un café con urgencia, no porque tuviera sueño, sino porque no sabía cuánto duraría el parto y necesitaba algo caliente entre las manos para aplacar los nervios.

Bess le dejó la taza delante con manos temblorosas.

—Todo saldrá bien, señor —dijo, con una convicción que parecía más nacida del deseo que de la experiencia.

Jake miró a la muchacha.

—Eso espero, Bess.

—Mrs. Barrow dice que las mujeres llevan haciendo esto desde siempre.

—Eso también me lo he dicho yo.

Bess lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Y le ha servido?

Jake tomó un sorbo de café.

—No, en absoluto.

La joven pareció alarmarse, pero Nell, que ya se colocaba la capa para salir, la fulminó con una mirada.

—Paños limpios, agua en una palangana, Bess.

—Sí, paños limpios, agua en una palangana. Ah, y sin desnucarme.

La muchacha salió casi corriendo. Nell se detuvo junto a Jake antes de marcharse.

—La señora es fuerte.

—Lo sé.

—Más de lo que cree.

Jake miró al techo, hacia la habitación donde Caroline lo esperaba.

—Eso también lo sé.

Nell asintió, satisfecha con la respuesta, y salió en busca de la comadrona.

Por suerte, no tardó en regresar.

La comadrona era una mujer alta y delgada, de cabello canoso y espalda más recta que la de una joven. Llevaba una bolsa de cuero oscuro y una expresión práctica que Jake habría apreciado en cualquier otro contexto.

Él esperó apenas un instante antes de subir de nuevo. Al llegar a la alcoba, oyó voces al otro lado y llamó con suavidad.

Hetty abrió.

—¿Cómo está? —preguntó Jake en voz baja.

—Bien, señor, algo asustada, como es natural en las primerizas.

—¿Puedo entrar?

Hetty lo miró un momento, luego se hizo a un lado. Caroline estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, las manos sobre el vientre y una postura de concentración absoluta mientras atravesaba otra oleada de dolor. Levantó la vista cuando él entró, y algo en su rostro cambió. No se relajó, fue más bien una emoción de tranquilidad que le sobrevino al verlo allí.

Jake cruzó la habitación sin apartar los ojos de ella.

—Aún tardará —indicó la comadrona—. No se preocupe, está todo controlado.

Caroline no apartó la mirada de Jake.

—Quiero que te quedes.

La comadrona tenía, sin duda, sus propias opiniones sobre la presencia de hombres en las habitaciones durante los partos, pero las guardó con una discreción que Jake apreció. También debió de ver la manera en que Caroline lo miraba.

—Puede quedarse, si así lo desea —concedió.

Jake se acercó al lecho y se sentó junto a su esposa. Le tomó la

mano, Caroline cerró los dedos alrededor de los suyos, con fuerza.

—No sé si seré buena en esto —susurró.

—Yo tampoco sé si seré bueno en esto.

Ella soltó una risa breve, ahogada por el dolor.

—Eso no ayuda.

—Entonces tendré que mejorar.

El amago de sonrisa que le arrancó valió más que cualquier respuesta. Jake le apartó un mechón húmedo de la sien. No sabía si debía hacerlo, pero Caroline inclinó apenas la cabeza hacia su mano, y eso le bastó.

—No te preocupes si eres buena o no en esto. Solo tienes que superar las próximas horas —dijo él en un tono bajo—. Yo estaré aquí para hacerlo juntos.

Los ojos de Caroline se llenaron de emoción, pero la siguiente contracción le robó cualquier palabra. Jake sintió cómo su mano se cerraba con fuerza alrededor de la suya.

—Aprieta cuanto quieras —aseguró.

—Podría romperte los dedos.

—He tenido peores heridas.

La comadrona, desde el otro lado de la cama, emitió un sonido seco que quizá fue diversión. Caroline respiró como le indicaban y Jake no apartó la mirada de ella ni un segundo. Y para que el tiempo no se hiciera insoportable, empezó a contarle, entre contracción y contracción, las anécdotas más absurdas que había vivido en Bow Street: el ladrón que había intentado esconder un reloj robado dentro de una tarta, el cochero que juró haber atropellado a un fantasma y el caballero que, tras negar durante media hora haber estado en una taberna, fue delatado por el loro del dueño, que repetía su nombre con una absoluta falta de discreción.

Caroline rio una vez, no mucho, no sin dolor, pero rio. Y Jake,

que habría entregado cualquier cosa por ahorrarle lo que aún quedaba por venir, se aferró a esa risa para darle el apoyo que necesitaba para seguir.

Capítulo 17

El parto duró ocho horas, pero no todas pesaron igual. Algunas transcurrieron con una lentitud espesa, marcada por el crepitar del fuego, los pasos discretos de Hetty y la voz serena de la comadrona, que daba instrucciones con la calma de haber acompañado ese trance cientos de veces. Otras, en cambio, parecieron precipitarse sin aviso, como si el tiempo perdiera forma y todo quedara reducido a la respiración de Caroline, a sus dedos aferrados a la mano de Jake y al esfuerzo inmenso de traer una vida al mundo.

Hetty permaneció siempre donde debía: cerca, atenta, útil, sin ocupar más espacio del necesario. La comadrona se movía con precisión tranquila. Y Jake no se apartó de su esposa. Ni una vez.

Caroline buscaba sus ojos cada vez que el dolor le robaba el aire. Él estaba allí. Siempre allí. Le hablaba en voz baja, le apartaba el cabello húmedo de la frente y le refrescaba el rostro con un paño sumergido en agua fría; le recordaba que respirara, que apretara su mano, que no estaba sola. Para ella, bastaba.

A la una del mediodía, cuando la comadrona dijo que ya casi estaba, todo se aceleró de una forma que tomó a Caroline desprevenida. El dolor cambió, la habitación pareció estrecharse alrededor de ella. Por un instante, el miedo quiso abrirse paso.

Pero entonces oyó la voz de Jake.

—Mírame, Caroline.

Ella obedeció.

—Estoy aquí —dijo él—. Sigue mi voz.

Y lo hizo. Se aferró a él, a su mirada, a esa presencia firme que había llegado a su vida una noche junto al río y que desde entonces no había vuelto a soltarla.

Después llegó un último esfuerzo, una orden suave de la comadrona, el susurro emocionado de Hetty y, de pronto, un sonido nuevo llenó la estancia.

Un llanto, fuerte e indignado, llenó el ambiente.

Caroline cerró los ojos un instante mientras las lágrimas le resbalaban por las sienes. El bebé había llegado al mundo. Era un niño y su voz no tenía nada de pequeña para alguien tan diminuto.

La comadrona hizo cuanto debía hacer con manos expertas y movimientos seguros. Hetty se volvió de espaldas para secarse las lágrimas, convencida de que nadie la veía. Jake, en cambio, se quedó inmóvil junto al lecho, con la mano de Caroline todavía entre las suyas y el rostro transformado por un asombro silencioso.

Unos minutos después, la comadrona acercó al niño, ya envuelto en una tela limpia. Caroline lo recibió primero y durante unos segundos no existió nada más: ni el cansancio, ni el dolor ni los meses de miedo, vergüenza y espera. Solo existía ese rostro pequeño y arrugado, los puños cerrados, los párpados entreabiertos y la expresión ofendida de considerar el mundo una interrupción intolerable.

Caroline soltó una risa temblorosa entre lágrimas.

—Hola —susurró.

El niño movió la boca, protestó con un sonido mínimo y volvió a fruncir el ceño.

—Tiene carácter —dijo Jake, con la voz áspera.

Caroline alzó la vista hacia él. Lo encontró contemplando a su hijo con una felicidad tan desnuda que le llegó al alma. Sus ojos turquesa brillaban de una manera que ninguna palabra podía describir del todo. No había distancia en su rostro. No había duda. No había ni una sombra de que ese niño pudiera ser menos suyo por no llevar su sangre.

Solo había amor, amor a raudales.

—¿Quieres tenerlo en brazos? —preguntó ella.

Jake bajó la mirada hacia el recién nacido. Por primera vez en todas esas horas, pareció realmente asustado.

—Es muy pequeño.

La comadrona emitió un sonido seco.

—Todos los recién nacidos lo son, señor.

Hetty soltó una risa ahogada y se apresuró a fingir que ordenaba unas telas. Caroline sonrió. La comadrona le dio a Jake unas instrucciones breves, precisas, y un momento después tenía al niño en brazos.

Lo sostuvo con más cuidado del que había puesto en nada a lo largo de su vida. Más que con un documento decisivo, con una pistola cargada o con cualquier prueba capaz de mandar a un hombre a prisión. El niño pesaba poco, demasiado poco para todo lo que acababa de cambiar.

Jake lo contempló en silencio. Tenía la piel enrojecida, los ojos apenas abiertos y los puños apretados contra el pecho. Parecía furioso por haber sido arrancado de un lugar cálido y empujado a un mundo lleno de luz, voces y padres demasiado emocionados para comportarse con sensatez.

—Bienvenido a nuestras vidas, hijo —murmuró.

Caroline se llevó una mano a la boca. No encontró una palabra

capaz de contener lo que sintió al verlos así. Jake estaba de pie junto al lecho, con el niño en brazos. Era su esposo, que había elegido amar lo que otro hombre había abandonado. Se había convertido en padre no por obligación ni por honor, ni siquiera por compasión, sino por esa forma suya de ver la vida. Los adoró en silencio bajo la luz limpia de abril que entraba por las ventanas.

Jake alzó la vista hacia ella.

—¿Qué nombre le pondremos?

Caroline no necesitó pensarlo. Lo supo con la misma certeza con la que una vez había sabido que su vida había cambiado al verlo aparecer junto al río.

—Se llamará como su padre... —sus ojos se llenaron de lágrimas — Jake.

Él se quedó inmóvil, pero bajó la mirada hacia el niño. La humedad que le llenó los ojos fue tan evidente que Caroline no fingió no verla. Tampoco dijo nada, solo dejó que el silencio hiciera su trabajo.

La comadrona miró a Hetty. Hetty miró a la comadrona. Ambas comprendieron que la pareja necesitaba intimidad.

—Volveremos enseguida, milady —mencionó la comadrona.

Salieron con discreción y cerraron la puerta sin hacer ruido. Jake, con el niño en brazos, se sentó junto a Caroline con un cuidado reverente. Para él la cama, la madre y el recién nacido formaban parte de algo sagrado que no se atrevía a perturbar.

Caroline apoyó la cabeza en su hombro, durante un rato no hablaron. El niño hizo un pequeño sonido, movió una mano diminuta y luego volvió a quedarse quieto, acurrucado contra el pecho de Jake.

—Jake Nerby —susurró Caroline.

Él cerró los ojos.

—No tenías que hacer eso.

—Sí tenía.

—No por mí.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Por él también. Quiero que lleve el nombre del hombre que será su padre cada día de su vida.

La emoción le cruzó el rostro antes de que pudiera ocultarla.

—Caroline...

Ella le tocó la mejilla.

—Tú lo rescataste antes de que naciera, Jake. A los dos.

Él negó despacio.

—Tú también me rescataste a mí.

Caroline no respondió, Jake inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso lento, profundo, lleno de todo lo que había ocurrido desde esa noche en el río hasta esa mañana de abril. El miedo. La ternura. La espera. La casa cambiada. La cuna junto a la ventana. La certeza de que el destino sí existía. Quizá no siempre llegaba con grandeza, sino con un llanto furioso en una habitación iluminada por el sol de abril.

Cuando se separaron, Jake apoyó los labios en la frente de Caroline.

—Te amo —susurró.

Después miró al niño y depositó un beso suave sobre su mejilla diminuta.

—Os amo.

Caroline se limpió las lágrimas con los dedos, aunque otras nuevas ocuparon su lugar.

—Yo también os amo a los dos —dijo—. Más que a nada en este mundo.

El niño protestó con un pequeño gemido, como si considerara

que la emoción de sus padres era excesiva para su primer día de vida.

Jake bajó la vista hacia él.

—Tendrás que acostumbrarte.

Caroline soltó una risa débil, se sentía agotada pero feliz.

Jake la rodeó con un brazo, manteniendo al niño seguro contra él. Fuera, abril seguía avanzando sobre Londres con su luz clara y las calles húmedas. En la casa, quizá Nell estaría fingiendo no esperar noticias al pie de la escalera, Bess habría olvidado algo sobre la mesa y Hetty estaría llorando en algún pasillo con la dignidad de quien intenta no hacerlo.

Pero allí, en esa alcoba, el mundo cabía entero en un lecho, en una mujer exhausta, en un hombre con lágrimas encerradas en los ojos y en un niño llamado Jake Nerby que acababa de llegar a la vida con la fuerza suficiente para cambiarla para siempre.

Dos semanas después del parto, Cecily y Reginald fueron a conocer al bebé. No llegaron con el estruendo de los nobles, sino con una discreción casi cautelosa. Llevaron regalos para el nieto: una manta bordada, un sonajero de plata, varias prendas diminutas de lino fino y una cesta de dulces que Mrs. Barrow recibió con una aprobación tan visible como inusual.

—Muy considerado —manifestó el ama de llaves.

En boca de Nell, eso equivalía casi a una ovación.

Jake recibió a los duques en el salón. Cecily llevaba un vestido de tarde impecable y el sombrero colocado a la perfección; Reginald tenía la expresión grave de siempre. Sin embargo, había algo distinto en ambos, como una quietud nueva, una prudencia que

antes no estaba allí. Quizá fuera arrepentimiento, o solo el principio de algo que todavía no sabían nombrar.

Caroline bajó unos minutos después con el pequeño Jake en brazos. A las dos semanas, su hijo ya poseía esa presencia específica de los bebés que han decidido que el mundo existe para su conveniencia. Dormía cuando quería, protestaba cuando algo le disgustaba y aceptaba ser admirado con una dignidad que habría resultado cómica si no fuera porque todos en la casa parecían dispuestos a rendirle tributo.

Cecily se quedó inmóvil al verlo. Durante un instante, la duquesa de Retliden no pareció una mujer acostumbrada a dirigir salones, corregir modales y medir reputaciones. Pareció solo una abuela enfrentada a algo demasiado pequeño y demasiado importante para manejarlo con estrategia.

—¿Puedo? —preguntó.

Caroline la miró con una leve sorpresa, Cecily jamás pedía permiso, y menos de ese modo.

—Sí —respondió—. Pero sujétale bien la cabeza.

La duquesa extendió los brazos y Caroline le entregó al niño despacio, guiándole las manos.

—Así, una mano aquí. Eso es.

Cecily obedeció, de hecho no tenía demasiada práctica; Caroline lo supo y su esposo también. Sostenía a Jake con una torpeza casi vulnerable, temía que un movimiento equivocado pudiera hacerle daño. Tal vez era la primera vez en muchos años que Cecily Retliden sostenía a un recién nacido sin delegar esa ternura en otra mujer.

El pequeño Jake frunció el ceño, movió la boca y emitió un pequeño sonido de disgusto.

—Oh —murmuró Cecily.

—No es nada —explicó Caroline—. Hace eso cuando está

decidiendo si le agrada o no.

Jake, desde el sillón, bajó la mirada para ocultar una sonrisa. Cecily observó al bebé durante un momento largo. En su rostro no había una sonrisa ensayada, ni cálculo ni esa evaluación constante con la que solía mirar a los demás. Solo había una atención silenciosa y un brillo húmedo que se le acumulaba en los ojos sin atreverse a caer.

—Se parece a Caroline de pequeña —mencionó en voz baja.

La reciente mamá se quedó muy quieta.

—¿Sí?

Cecily no levantó la vista del niño.

—Los ojos..., cuando tú naciste tenías una expresión muy parecida. Daba la impresión de que sabías dónde estabas y además estuvieras tomando nota de todo.

Nadie dijo nada durante un instante. El comentario habría podido parecer ligero en otra boca, pero en la de Cecily era casi una confesión. Significaba que recordaba, que había mirado a su hija alguna vez con suficiente atención como para guardar esa imagen durante más de veinte años.

Reginald estaba detrás de su esposa, rígido como siempre, pero con la mirada fija en el niño. También en sus ojos había un brillo sospechoso. No intentó acercarse demasiado y no pidió sostenerlo. Quizá no sabía cómo o quizá le asustaba descubrir que algo tan pequeño pudiera hacerle sentir tanto.

Jake observó la escena en silencio. Vio a Caroline mirar a su madre, no había reconciliación todavía. Había heridas antiguas que no podían cerrarse porque un niño hubiera nacido ni porque una abuela retuviera las lágrimas ante una manta de lino. Pero sí había algo distinto: una grieta en la distancia. Una primera tabla tendida sobre un abismo que hasta entonces nadie se había atrevido a

cruzar.

Reginald dio un paso al frente; aun así, no dijo nada. Solo apoyó una mano sobre el hombro de Caroline. El gesto duró poco, apenas unos segundos, era torpe, contenido. Pero era también el gesto de un hombre que no sabía expresar con palabras lo que acababa de comprender: que no había protegido a su hija y que él no había hecho nada por cambiarlo.

Caroline bajó la mirada hacia esa mano. Después cubrió los dedos de su padre con los suyos, solo fue un momento, pero bastó.

Jake apartó la vista hacia la ventana. Había instantes en la vida de su esposa que no le pertenecían. Él podía protegerla, amarla, darle una casa, un nombre y un futuro, pero no podía reparar por ella todos los silencios de su infancia. Ese trabajo, si llegaba a hacerse, tendría que empezar entre ella y quienes habían fallado cuando debían haberla protegido. De modo que se limitó a observar, con una emoción tranquila, cómo una hija y sus padres intentaban encontrar una forma nueva de mirarse.

Cecily devolvió el bebé a Caroline y lo hizo con una lentitud que la delató más que cualquier palabra.

—Es un niño hermoso —dijo.

—Sí —respondió Caroline, acomodando a Jake contra su pecho—. Lo es.

Reginald carraspeó.

—Tiene buena constitución.

Caroline lo miró y Jake casi sonrió. Era una frase absurda para decir de un recién nacido, pero en boca del duque sonaba como el elogio más sincero que sabía ofrecer.

—Gracias, padre.

Reginald asintió, serio. Cecily se levantó poco después, y al pasar junto a Jake, se detuvo. Lo miró con esa expresión suya de

evaluación constante, aunque esta vez había algo diferente en ella. La arrogancia seguía allí, desde luego, Cecily Retliden no habría sabido despojarse de ella sin quedarse desnuda. Pero bajo esa capa de orgullo había una verdad incómoda, y en esta ocasión no intentó esconderla del todo.

—Cuidó de mi hija —dijo, Jake se levantó, ella sostuvo su mirada — cuando yo no supe cómo hacerlo.

La frase quedó suspendida entre ambos. No era una disculpa completa, a decir verdad no tenía la forma humilde ni directa que otra persona habría usado. Pero Jake entendió lo que costaban en Cecily esas palabras, porque equivalían a abrir una puerta que llevaba años cerrada con llave.

—Caroline merecía que alguien la cuidara —dijo él.

La duquesa bajó apenas la barbilla.

—Sí —admitió—. Lo merecía.

Eso sí fue una disculpa, no por completo, pero casi. Reginald se acercó a su esposa y, antes de salir, se detuvo en el umbral y miró a Jake. Su expresión tampoco era de gratitud, había demasiado orgullo todavía para eso. Pero sí había reconocimiento; y una especie de respeto serio, de hombre a hombre, que meses atrás habría sido impensable.

—Buenas tardes, Nerby.

Jake inclinó la cabeza.

—Buenas tardes, excelencia.

El duque dudó una fracción.

—Cuide de ellos.

Jake miró a Caroline y al niño antes de responder:

—Siempre.

Reginald asintió una vez, después siguió a su esposa. La puerta se cerró y la casa quedó en silencio.

Caroline permaneció sentada en el sofá con Jake en brazos, mirando hacia el lugar por donde sus padres acababan de salir. Su rostro tenía la expresión de estar procesando algo que no se comprendía en un instante. Algo que quizá requeriría días, tal vez, incluso, años.

Jake fue a sentarse a su lado. No dijo nada al principio. Había momentos en que la cercanía sostenía mejor que las palabras.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

Caroline respiró hondo.

—Sí. O lo estaré.

Jake esperó, ella bajó la mirada hacia su hijo. El pequeño Jake dormía con la placidez absoluta de los recién nacidos y con la tranquilidad de saber que estaba en unos brazos amorosos.

—Mi madre ama a nuestro hijo —dijo Caroline—. Solo que no sabe cómo mostrarlo sin que se le note demasiado.

Jake le rozó la mano.

—Eso parece cosa de familia.

Caroline lo miró, y una sonrisa pequeña le curvó los labios.

—¿Me estás llamando «orgullosa»?

—Jamás me atrevería.

—Mentiroso.

Él inclinó la cabeza y besó sus nudillos. La sonrisa de Caroline se suavizó, después volvió a mirar hacia la puerta.

—Y mi padre... —Se detuvo—. Mi padre ha estado más cerca de mí hace un instante de lo que estuvo en toda mi infancia.

La frase no fue amarga y eso la hizo más triste. Jake sintió el impulso de decir algo contra Reginald, de condenar tantos años de distancia, de proteger a Caroline incluso de recuerdos que ya no podían cambiarse. Pero se contuvo, la rabia no tenía cabida en ese momento.

—A veces un pequeño paso significa atravesar un abismo —se limitó a decir.

Caroline lo miró, sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque no llegaron a caer.

—Sí —susurró—. Eso es exactamente lo que ha parecido.

Jake le besó la mejilla. Luego, Caroline apoyó la cabeza en su hombro, con su hijo dormido entre ambos.

Durante un rato se quedaron así, sin hablar. En algún lugar de la casa, Bess dejó caer algo y Nell pronunció su nombre con una severidad que hizo sonreír a Caroline contra el hombro de Jake.

La vida seguía y eso era lo extraordinario.

Jake miró a su esposa y a su hijo. Pensó que había entrado en esa familia siete meses atrás por la puerta estrecha de un trato práctico, un acuerdo urgente, una solución necesaria para una mujer desesperada y un niño que aún no había nacido.

Y, sin embargo, allí estaba ahora. En el salón de su propia casa: con su esposa apoyada en él, con su hijo dormido en sus brazos, con unos duques orgullosos aprendiendo, tarde y con torpeza, a pedir perdón sin saber pronunciar del todo la palabra.

Todos habían cambiado. Caroline ya no confundía obediencia con amor. Reginald y Cecily empezaban a mirar a su hija no como una extensión de su nombre, sino como una hija a la que podían perder si no hacían algo para remediarlo.

Y él, Jake Nerby, que una vez había creído que el amor era una herida antigua, una puerta cerrada, una cosa destinada a otros hombres, ahora sabía que a veces llegaba de la forma menos esperada. Y había sido una bendición.

Caroline se movió apenas.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Jake miró a su hijo, luego a ella.

—En que esta casa está demasiado silenciosa.

En ese preciso instante, el bebé frunció el ceño, abrió la boca y soltó un llanto indignado.

Caroline parpadeó y Jake suspiró.

—Retiro lo dicho.

Ella soltó una risa suave, cansada y feliz. Y el sonido llenó la habitación de una manera que ninguna disculpa, ningún título y ninguna sentencia habrían podido igualar.

Caroline apoyó una mano sobre su vientre, todavía discreto bajo la tela del vestido. Jake siguió el gesto con la mirada.

No era necesario decir nada. Los dos sabían lo que significaba esa curva apenas insinuada. Una nueva vida crecía en silencio, sin miedo, sin vergüenza, sin secretos que la ensuciaran antes de nacer.

Su primer hijo de tres años dormía en la alfombra, junto al fuego, con un caballo de madera apretado contra el pecho y el cabello revuelto sobre la frente. Tenía la misma obstinación de Caroline cuando fruncía el ceño y la misma forma seria de mirar de Jake cuando intentaba comprender el mundo.

Caroline volvió la vista hacia la carta doblada sobre el escritorio. Alfred Bramond había muerto lejos de Londres, lejos de los salones donde había mentido, lejos de las mujeres a las que había herido y de los hombres a los que había engañado. Ni siquiera el castigo había logrado corregirlo. Había llevado su oscuridad consigo hasta el otro lado del mundo, y allí, al final, esa misma oscuridad lo había devorado.

Durante mucho tiempo, Caroline había creído que ciertas personas podían destruirlo todo y seguir caminando con una sonrisa

intacta. Ahora sabía que no siempre era así. A veces la justicia tardaba. A veces llegaba con el rostro severo de un juez, otras con el lento desgaste de las propias mentiras. Pero llegaba. Y los corazones oscuros, tarde o temprano, encontraban la sombra que ellos mismos habían sembrado.

Jake se acercó a ella y le cubrió la mano con la suya sobre el vientre.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, ya que se había pasado toda la mañana vomitando.

Caroline miró a su hijo dormido. Luego al hombre que estaba a su lado, ese hombre que la había encontrado junto al río cuando ella creía que todo había terminado. No la había salvado una sola vez, sino cada día después, eligiéndola, respetándola, amándola hasta que ella aprendió a mirarse de nuevo sin vergüenza.

Sonrió.

—Bien, muy bien.

Y era verdad. Porque Rupert Clayne, Alfred Bramond o cualquiera de los nombres que hubiera usado ya no pertenecía a su historia. Había sido una tormenta, una herida, un camino oscuro que el destino utilizó para cruzarla, de forma extraña y dolorosa, con el único hombre capaz de llevarla de vuelta a la vida.

Caroline no había sido rescatada solo del río. Había sido rescatada del miedo, de la culpa, de la obediencia y de la soledad.

Y Jake también había sido rescatado aquella noche de una vida ordenada, fría y solitaria; de la resignación de creer que el amor era una puerta cerrada para siempre.

Se habían encontrado cuando ninguno de los dos esperaba ya un milagro. Y, sin embargo, allí estaban con un hijo dormido junto al fuego y con otro creciendo bajo sus manos. Pero sobre todo con una casa llena de risas, pasos pequeños, té caliente, galletas de

mantequilla y promesas cumplidas.

Caroline había comprendido que el futuro no pertenecía a quienes tomaban lo que no era suyo ni a quienes convertían la mentira en refugio. El futuro pertenecía a quienes eran capaces de amar sin destruir, de proteger sin poseer, de quedarse cuando quedarse lo cambiaba todo.

Jake inclinó la cabeza y besó su sien. Caroline cerró los ojos. Fuera, Londres, con sus cosas buenas y malas, seguía avanzando bajo un cielo pálido de primavera. Dentro, en cambio, el mundo era pequeño, cálido y feliz. No hacía falta nada más.

Una vez el destino la había llevado hasta el borde del agua. Después le había ofrecido una mano que había sido el comienzo de todo lo que merecía vivir.

Fin

La sacó del río sin saber quién era. Cuando lo supo, ya era demasiado tarde para no importarle.



El magistrado jefe **Jake Nerby** lleva años viendo de lo que es capaz la aristocracia inglesa cuando nadie mira. No le gustan sus salones, no le gustan sus títulos, y no le gustan sus reglas. Pero **cuando saca a una joven del Támesis en mitad de la noche** y descubre quién es, le ofrece lo único que puede salvarla: su apellido.

Lady Caroline Retliden está embarazada de un hombre que mintió, sobre todo. Si su familia lo descubre, perderá al bebé, perderá su libertad y perderá la oportunidad de decidir por sí misma. **El trato que acepta con Jake no es de amor ni de confianza.** Es de supervivencia.

Mientras Jake investiga al farsante que engañó a Caroline y la familia de ella intenta moldearlo a su conveniencia, un amor silencioso e inesperado comienza a nacer entre ambos. **Y quizá se abra paso en dos corazones que nunca creyeron volver a amar.**

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles junto con su marido, el amor de su vida, y sus tres hijos y nietos. Como amante de los animales tiene tres perritos de lo más traviesos y varios gatos. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica le llevó a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas. Su constancia y su capacidad de superación la llevaron a publicar su primera novela, *Suaves pétalos de amor*, que estuvo nominada a los Premios Dama 2010 a la mejor novela romántica erótica y que resultó premiada en los Premios Cazadoras del Romance 2010. Además, *Una segunda oportunidad*, fue nominada al Mejor Romance Actual Nacional 2014 en los Premios RNR 2014. Desde entonces sigue luchando y superándose; y es por este afán de ampliar conocimientos y horizontes que ha estado formándose en varios cursos. En la actualidad sigue escribiendo y publicando en el sello de Selecta de Penguin Random House.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Encarna Magín

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788410341401

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

Rescatada por el destino

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Sobre este libro

Sobre Encarna Magín

Créditos